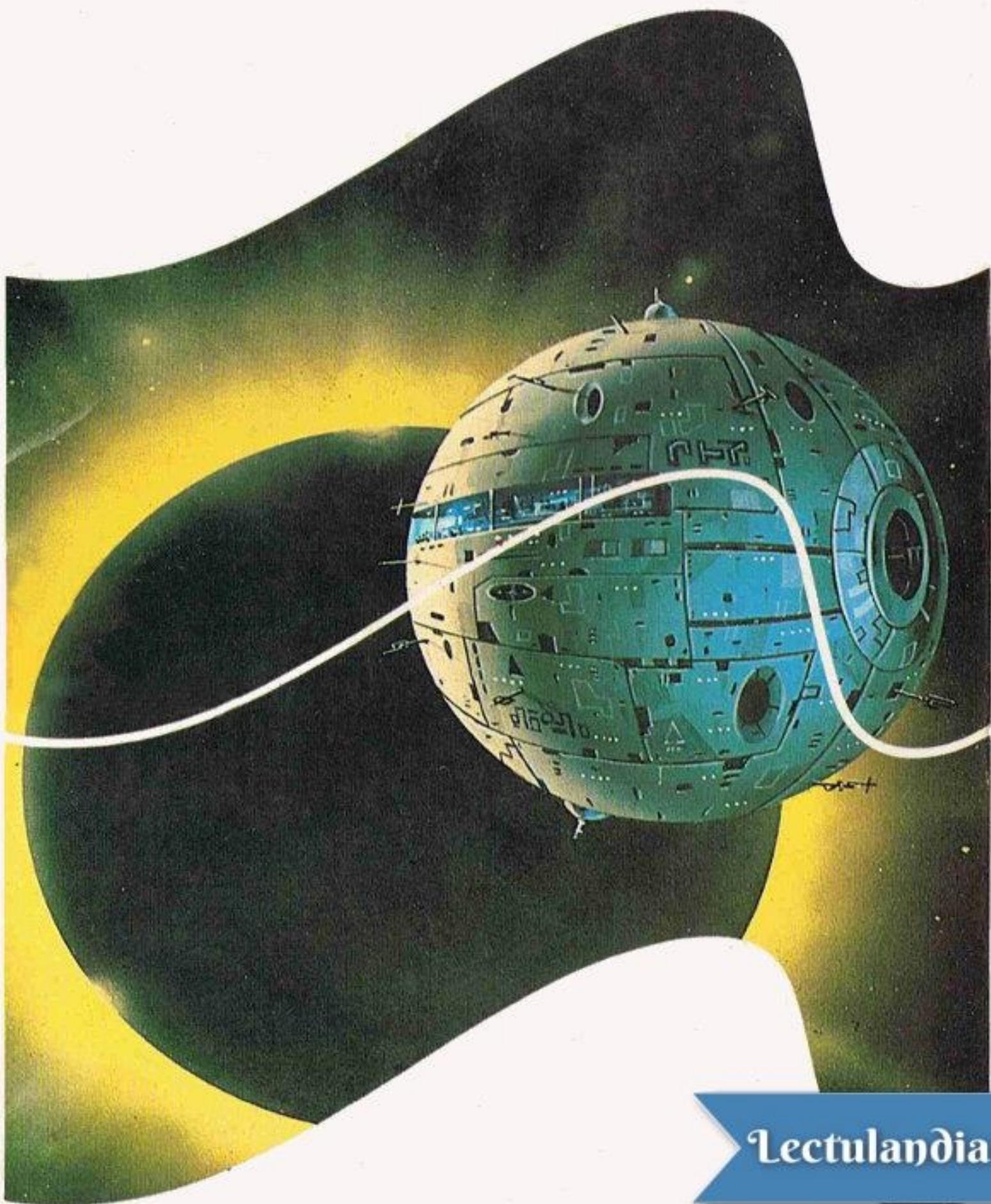


# Ypsilon Minus

HERBERT W. FRANKE



Lectulandia

*Ypsilon Minus*, como otras obras de Franke, desarrolla —sobre la base de un profundo conocimiento científico de la materia— las implicaciones de una posible (por no decir probable) pesadilla tecnocrática situada en un futuro próximo. Apartándose de las estridencias y fáciles efectismos a que nos tienen acostumbrados este tipo de narraciones, el autor analiza con rigor y perspicacia una inquietante problemática que ya empieza a formar parte de nuestra vida cotidiana.

**Lectulandia**

Herbert W. Franke

# **Ypsilon Minus**

ePub r1.0

Titivillus 15.11.15

Título original: *Ypsilon Minus*  
Herbert W. Franke, 1976  
Traducción: Roberto Bein

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRESENTACIÓN

## Entre el 68 y el 84

Han pasado diez años desde la revuelta juvenil del mayo francés, y faltan poco más de cinco para 1984, fecha en la que el troskista George Orwell situó su famosa parábola antistalinista.

Escrita a medio camino entre ambas fechas, en *Ypsilon Minus* confluyen el espíritu antitotalitario de Orwell y el de mayo del 68.

El autor, experto en cibernética (fue uno de los primeros en ocuparse de la grafía de computadoras, y actualmente es profesor de estética cibernética en la Universidad de Munich), perfila en su novela una típica «pesadilla tecnológica» de corte orwelliano, doblemente inquietante por la solidez y verosimilitud de sus premisas científicas.

Teniendo en cuenta datos tales como que la computadorización de huellas digitales ya es un hecho, es evidente —o debería serlo— que el poder no está demasiado lejos de lograr un control prácticamente absoluto sobre el individuo, y nadie mejor que Franke para recordarnos este peligro, tan inmediato que la fecha elegida por Orwell se reviste de un siniestro halo profético.

Pero ahí está el mayo francés, parece decirnos el autor con su referencia a una conspiración de estudiantes de la escuela de programadores. Ahí están unas Brigadas Rojas capaces de tener en jaque a todo un Estado y a las fuerzas combinadas de los más implacables aparatos policíacos del mundo. Ni la sofisticación ni la brutalidad de la moderna pseudodemocracia han podido detener a un grupúsculo de jóvenes decididos.

No se trata —ni en la realidad histórica que nos ha tocado vivir ni en la novela que van a leer— de caer en la exaltación romántica de la rebelión individual o grupuscular. Pero el mismísimo Mao, poco sospechoso de exaltador de individualismo (como no fuera del propio) dijo «una chispa puede incendiar el bosque».

*Ypsilon Minus* parafrasea implícitamente la sentencia de Mao y nos recuerda que una chispa de inteligencia puede incendiar el bosque cibernético en el que intentan apresarlos.

Es un hecho bien conocido que cuanto más complejo y centralizado es un sistema o un organismo, más vulnerable se vuelve a ciertos ataques en determinados puntos vitales. Cortad en dos de un hachazo una estrella de mar, y saldrán dos estrellas de mar. Dadle un discreto golpe de nudillo en la sien al «rey de la creación», y lo dejaréis seco.

Con un complejo sistema burocrático y/o cibernético ocurre lo mismo. Se trata de

hallar los puntos vitales y atacarlos con los golpes adecuados, como en karate. Y ésta es precisamente la advertencia implícita más interesante del libro: para luchar contra computadoras hay que conocerlas, y este conocimiento es más importante, más potencialmente eficaz que cualquier explosivo, como afirma textualmente el autor hacia el final de la novela.

Una novela en la que el pesimismo crítico característico de la mejor ciencia ficción no desemboca —como tan a menudo ocurre— en el derrotismo, sino en un apasionado canto subversivo.

Una novela que, por su homenaje implícito a quien utilizó la ciencia ficción para denunciar el stalinismo y a quienes reivindicaron la imaginación contra el totalitarismo de las presuntas democracias, parece especialmente oportuno publicar cuando se cumplen diez años del mayo francés y faltan poco más de cinco para un 1984 cuya semejanza con el descrito por Orwell no será mera coincidencia, como no hagamos algo para evitarlo.

*Carlo Frabetti*

# 1

Este día no se diferenciaba en nada de otros mil.

Despertarse a las seis de la mañana. El habitual gentío en los lavabos. Hacer cola por la vajilla del desayuno, por la leche sintética, por pan y mermelada.

Por la mañana: gimnasia. Entrenamiento psíquico. Instrucción. Ben Erman había empleado la hora privada, de once a doce, en hacer renovar su autorización para consultar la biblioteca de microfilmes y en presentar una solicitud para obtener un nuevo *overall*.

De doce a catorce: hacer cola para la comida. Una vez más le habían dado el reborde del pan de algas; era tan duro que ni siquiera había intentado deshacerlo. Lo había tirado al evacuador de basuras, junto con los platos de papel y la vajilla plástica.

El viaje en el tren colgante... Era una cesura en su actividad cotidiana, una pausa entre el trabajo individual y el social y un breve lapso sin tareas, sin compromisos. Iba sentado en una cabina unipersonal, solo, mirando desde lo alto las calles con sus pasarelas y sus trenes colgantes, con el torbellino de las masas humanas... Desde allí parecía que los muros encerraran un líquido viscoso y arremolinado. El aire dentro de la cabina era bueno. Ben no necesitaba utilizar su filtro respiratorio. Ese quizá era el motivo por el que durante esos minutos siempre se sentía como liberado, como si no fuera él mismo una parte de aquella ciudad agitada.

A las catorce: comienzo de la jornada laboral de cuatro horas.

Ben Erman era investigador en la central de computadoras: un puesto que no correspondía más que a los integrantes de la categoría R.

Por ahora, nada le indicaba que éste sería un día especial.

Ben se sentó en su silla rodante, movió la palanca de la alimentación de corriente hacia la derecha y pulsó su número de identificación: 33-78568700-16 R. Se encendió una lucecita roja. Ben esperó unos segundos; luego apareció un trazo en la pantalla electrónica fluorescente: se había establecido la conexión con la unidad de trabajo; el sistema de interacción estaba preparado. Al mismo tiempo, arriba, a la derecha, aparecían las cifras velozmente cambiantes del reloj de control que vigilaba el tiempo de cálculo y el valor del cálculo. Ben solicitó los datos del día anterior, y luego se abocó a aquellos puntos que aún no había considerado: los resultados de las revisiones médicas y de los tests psiquiátricos, las listas de medicamentos y drogas — que se hubieran suministrado por vía oficial—, el número de contactos ajenos con personas de fuera del bloque de viviendas propio, el comportamiento durante el ocio, etc.

Hasta ahora, el examinando no había ido mal. Los resultados no eran mejores ni peores que los de otros mil que había inspeccionado. Subiría o bajaría una categoría... Eran, desde luego, decisiones importantes para el afectado, pero insignificantes para la estadística.

Pero luego, el número de identificación de la valoración integral fue bajando rápidamente, comenzando por las respuestas al cuestionario de pruebas psicológicas regulares, que mostraban un descenso nítido. Asimismo, las afirmaciones que el examinando había hecho en las horas obligatorias de autocrítica ofrecían resultados sorprendentemente bajos al evaluarlas según las pautas sociales. Una impresión demoledora fue la que dio, finalmente, la enumeración de los programas televisivos y de las películas —aquí surgió claramente una preferencia por los arquetipos negativos (introducidos en la programación con finalidades de test) y con una tendencia muy marcada por elementos destructivos—. Antes de dirigirse al grupo de calificación siguiente, Ben conmutó la computadora a emisión gráfica. El punto rojo se encontraba aún muy por encima de la raya que dividía las categorías Y- y Z-. Pero era evidente que se le acercaba cada vez más.

En ese momento, una mano se posó en el hombro de Ben. «¡Hola, Ben!» Era Olf Peman, el vecino de Ben en el nicho de trabajo a su izquierda.

Olf no echó más que un vistazo sobre la pantalla.

—¡Vaya! Un caso interesante..., ¿por qué no nos has llamado?

Olf salió corriendo del nicho de Ben, pero —como era de esperar— sólo para buscar a los demás colaboradores de la sección.

En el fondo, esto incomodaba a Ben; habría preferido seguir tratando este caso un rato él solo, para estar completamente seguro... Todavía no era un hecho que la curva de valoración siguiese bajando. Algunos valores de calificación más, y todo podría resultar una falsa alarma.

Además, a Ben jamás le había agradado el tratamiento que el personal daba a los casos Y negativos. Por cierto que se trataba de degenerados, de extraños encubiertos que la sociedad debía eliminar. Y sin embargo, ¿podía hablarse aquí de intención o de culpa? ¿No era más bien un destino que, por algún motivo, se dirigía contra cualquiera de ellos, demasiado trágico para esperar y celebrar las decisiones últimas, el juicio final, como si fueran un fallo deportivo?

Pero ahora ya era tarde: los investigadores, estadísticos y analistas salían en masa de todas las cabinas y se agolpaban alrededor de él.

Le costaba esfuerzo seguir trabajando concentrado... El destino de un hombre no dependía ni más ni menos que de su atención; un error —aun cuando la computadora lo corrigiera más adelante— sería enojoso y vergonzante. Jamás le había tocado un caso Y negativo, al igual que a muchos de sus colegas, algunos de los cuales eran más antiguos que él en esa sección. Y ¿qué podía ser más divertido para todos ellos que el que Ben ahora comenzara a equivocarse en sus cálculos, que se volviera inseguro, que se mostrara incapaz...?

Ben ahora había aminorado su ritmo de cálculo, pero había logrado concentrarse. Pese a las voces detrás de él, al murmullo, a los consejos de los sabihondos, seguía examinando con tranquilidad todas las calificaciones: los resultados de la enseñanza programada, el registro de los contactos, el comportamiento durante el ocio, las

fluctuaciones durante las vacaciones...

Desde luego, los médicos y los psicólogos, los investigadores del comportamiento y los sociólogos, los organizadores y los controladores, se ocuparían del caso. Tratarían de descubrir dónde se había producido un paso en falso: en el condicionamiento genético, en los programas psicológicos de la enseñanza, en la organización del comportamiento, en la información autorizada para el consumo general o en influencias indeseables de la oferta de ocio. De todos modos, se trataba de meros intentos de explicación y no de una revisión: la decisión ya estaba tomada hacía tiempo. Se trataba de precauciones para el futuro, para evitar otros casos parecidos, era una completación de las medidas de control y de supervisión. Con eso, él, Ben, ya no tenía nada que ver. Era un investigador y no un organizador. En realidad, un caso tal no tenía por qué afectarle; para él no significaba más que números y símbolos en pantallas fluorescentes, tiempo de trabajo empleado eficientemente al servicio de la sociedad, tal vez un punto a favor en su trayectoria profesional, un premio, quizá hasta la asignación a una nueva categoría.

Ben llegó a las últimas calificaciones. El murmullo detrás de él se volvió más débil, la tensión fue creciendo. Y después, cuando el punto rojo desapareció definitivamente por debajo de la línea divisoria horizontal, un suspiro atravesó la sala, y luego todos dieron gritos de júbilo, aplaudiendo y palmeándose mutuamente los hombros. Sólo Ben estaba como paralizado en su silla, y a pesar de que le estrechaban las manos y lo felicitaban estaba separado de ellos como por un muro, tratando de entender qué había ocurrido y preguntándose cuál había sido su contribución y por qué lo felicitaban. Miró fijamente la pantalla, donde ahora se veían los resultados sumarios de los diversos ámbitos de calificación, hasta que al final, como la suma de una vida, por así decirlo, apareció el resultado irrevocable: Y-.

## Relación de los fundamentos de la filosofía de la historia

Como demuestra el análisis estadístico, en los desarrollos históricos a menudo intervienen procesos casuales, que conducen los resultados por vías incontrolables. De ese modo, antes de la hora cero se llegó a menudo a situaciones imprevisibles, que colocaban a los responsables de las decisiones ante problemas irresolubles. Los intentos de solución se limitaban en general a acciones cuya influencia resultaba breve. Al poco tiempo, otros acontecimientos casuales disminuían su eficacia, y vagos intentos de mejorar la sociedad eran víctimas de las crecientes turbulencias. El hombre era un mero instrumento de la historia, pero no su creador. Su libertad estaba considerablemente restringida por la situación de elevado desorden.

La situación descrita es típica de la sociedad arcaica antes de la hora cero. *En nuestro estado de la uniformidad y del orden hay que eliminar las influencias entrópicas en la historia.* De ahí surge la necesidad de una planificación precisa de los desarrollos históricos, que se ha vuelto posible gracias a una técnica electrónica de simulación altamente desarrollada. Distinguimos los programas CORTAHIST y LARGAHIST en la planificación a corto y largo plazo. En la planificación a corto plazo no sólo se elaboran en detalle los desarrollos deseados —relevancias sociológicas, medidas de formación técnica, asistencia médica, entrenamiento psicológico, etc.—, sino también las intervenciones necesarias para ello. Las medidas anunciadas se publican en el lenguaje SIMPLON, universalmente comprensible. Se difunden según el programa VARIATORFACT mediante el sistema de comunicaciones SELECTOR y se transmiten a los integrantes de las clases operativas A y B. La planificación a largo plazo se limita, por ahora, a la elaboración de proyectos de metas y a la asignación de su importancia relativa en función de los recursos disponibles. Por ahora se renuncia a indicaciones detalladas para su realización, pero está prevista una sucesiva ampliación de la programación a corto plazo en el ámbito de largo plazo.

El reconocimiento de un desarrollo defectuoso de la historia exige también medidas para su corrección. El fundamento filosófico para ello es el principio positivista de la información de la realidad: ésta es la suma de todas las informaciones correlacionables. Por eso, el Instituto para la Planificación de la Historia tiene incorporada una sección para la corrección de la historia. Tiene la tarea de volver a fijar los hechos históricos de modo tal que constituyan el trasfondo lógico-causal de la historia moderna. De este modo debería lograrse eliminar todos aquellos puntos oscuros de nuestra imagen del mundo que siguen evocando aún hoy día un pasado sombrío y que pesan sobre la psique de los ciudadanos. *El estado perfecto necesita también una historia perfecta.*



## 2

La jornada laboral de Ben tocaba a su fin. Había necesitado dos horas, cuarenta y ocho minutos y tres segundos de tiempo de cálculo para concluir que uno de ellos ya no tenía nada que hacer en la comunidad. El intervalo tras la concreción del objetivo había sido breve —todos ellos debían cubrir sus cuotas de trabajo. Se habían ofrecido mutuamente farma-gotas, y Olf había sacado una botella de licor tonificante del armario en el que estaban los cassettes con las cintas magnéticas—, al salir de la cabina de Ben, todos estaban de buen humor. También éste sentía la euforia artificial, la energía liberada por la bebida, pero faltaba la ocasión para aplicarla adecuadamente. Sólo le quedaban quince minutos para recuperar al menos en parte el tiempo perdido; se dedicó al caso siguiente. Estableció la conexión con el almacén de datos y solicitó los datos identificatorios y las cifras en clave. Pocas fracciones de segundo más tarde tenía ante sí todas las indicaciones necesarias y estaba dirigiéndose hacia el duplicador Xerox cuando se dio cuenta del número en clave que había aparecido: 33-78567800-16 R. Lo miró una vez más..., ¿un error de la máquina? ¡Qué otra cosa podía ser! Pidió su revisión y corrección... Pasaron unos segundos de espera; luego, la respuesta: indicación correcta... y de nuevo el mismo número: ¡su número!

Esa tarde, Ben no siguió trabajando. Había tardado un rato hasta comprenderlo, pero luego tuvo que confirmárselo a sí mismo: había recibido la orden de autoexaminarse.

Este caso era tan inesperado y tan extraño que, por un buen rato, Ben no estuvo en condiciones de hacer nada. Un examen... eso no debía significar necesariamente algo negativo; con gran frecuencia, el generador de casualidades elegía a personas que debían atravesar el molino del control. Sin embargo, en esos casos hasta ahora jamás había ocurrido una anomalía. Y en la mayoría de los casos existía alguna sospecha fundada; en general, según lo demostraban los cálculos, solía ser inevitable el traslado a una categoría inferior. Al pensar en eso le corrió un escalofrío por la espalda. Le quedaba claro que eso podía tocarle a cualquiera, sin excepción. Cualquiera podía suscitar sospechas, y en general también había motivos para ello. Por cierto que para la mayoría era difícil averiguarlos —cuando no imposible—. Algunas respuestas equivocadas en las encuestas, una elección desfavorable en el material de lectura o en los compañeros de juegos, momentos de sospecha por reacciones desacostumbradas en el entrenamiento psíquico, etcétera. Pero todo eso difícilmente era aplicable a él, pues sabía con exactitud en qué ocasiones se corría peligro de presentar un flanco débil. Por cada película policíaca que miraba, marcaba dos o tres emisiones históricas o sociales —aunque después pasara esas horas dormitando en las últimas filas—. Y compensaba todo contacto con el frívolo de Rex Oman, su amigo, con charlas con su psicoentrenador o con el primero del grupo. Ben no podía imaginarse qué actitud suya podía haber resultado sospechosa.

Pero a esto se agregaba el caso increíble de que debía realizar su propia investigación. ¿Podía tratarse de un truco especialmente refinado y casi jocoso de los controladores? Pero al poco tiempo rechazó esta idea; pues si había una cosa cierta lo era el hecho de que los controladores no dejaban ver el menor asomo de humor en su trabajo. Ni corrían riesgo alguno. Quedaba, pues, una sola posibilidad, pero tan improbable como la otra: un error de la máquina...

Pero también se interrumpió en esta idea. La máquina no se equivocaba jamás, y si se presentaba ahora la casualidad, sin duda sumamente rara, de que un investigador tuviera el encargo de analizar su propio caso, podía deberse simplemente a que se habían olvidado de excluir esta posibilidad. De todos modos, eso podría comprobarse. Ben tenía acceso a los programas, y no había nada más simple que informarse sobre este punto... Estaba por pulsar el teclado de su teletipo, cuando de pronto recordó que lo que pensaba hacer no formaba parte de la rutina habitual de su trabajo. A pesar de que no había instrucción alguna que se lo prohibiera, tampoco había ninguna norma que se lo sugiriera... Lo que quería hacer no estaba prescrito, por lo cual era, cuando menos, sospechoso. Y en ese momento se dio cuenta, con alarmante nitidez, de que no encontraría una salida de su situación sin hacer peligrar su *status* de miembro leal de la Sociedad Libre.

Ben había desconectado el sistema de interacción, dos minutos antes de la hora. Simplemente no estaba en condiciones de seguir trabajando ese día. La interrupción le resultaba conveniente..., quería aclarar sus pensamientos.

Antes de abandonar el edificio entró al lavabo. Se hizo verter un cuarto de litro de agua potable en el vaso de papel y tomó dos tabletas: una para calmarse y otra para animarse.

Hoy había preferido viajar solo a su casa, pero al llegar al final del largo pasillo se encontró con Olf, quien le puso la mano en el brazo y lo dirigió hacia la salida.

—Eres un hombre de suerte —le dijo—. ¡Quisiera que me tocara un caso igual! Estoy seguro de que te darán por lo menos veinte puntos de premio.

Al salir por la compuerta tuvieron que colocarse sus filtros respiratorios, lo cual frenó un poco la verbosidad de Olf. Igual que durante los últimos días, hacia la noche bajaba el *smog*, y los velos de polución apenas les permitían encontrar la cercana parada de los trenes colgantes.

Ben hizo un intento de librarse de su insistente interlocutor.

—Estamos un poco retrasados; tal vez encuentre una barquilla vacía.

—¡Tonterías! —dijo Olf—. Tendrías que esperar por lo menos media hora. Ven, subamos; aún quedan asientos libres.

Tomaron asiento y Olf se quitó su filtro respiratorio. Tampoco aquí dentro el aire era bueno, pero se podía respirar sin irritar las mucosas.

—Ya me estoy preparando para las vacaciones —informó Olf. Era de suponer que

pronto volvería a hablar de sus propios asuntos—. Esta vez me he decidido por un curso de esquí. Han convertido el viejo distrito carbonero del norte en un parque de vacaciones de invierno. Pistas de hielo, nieve artificial, etcétera. Mucho más agradable que el frío verdadero. ¿Te parece bien que corra por las bajadas? ¿O podrían tomarlo por agresividad?

Ben se encogió de hombros. No le había prestado atención a Olf. ¿Cómo debía comportarse? Desde luego era posible comentar su dilema con el psiquiatra; pero eso era lo *último* que haría. No podía soportar a Bengt Haman —cosa que, naturalmente, no dejaba traslucir.

—Si además me inscribo en un grupo de canto meditativo, incluso tendría algunos puntos de evaluación a mi favor; ¿qué opinas al respecto? Aún no estoy seguro si me conviene pedir pernoctar en una colonia de vacaciones o si es preferible que duerma en casa. Creo que me decidiré por la colonia de vacaciones. Eso ciertamente me exigirá algunas formalidades, pero tengo tiempo para realizarlas.

Había orden de discutir todas las dificultades personales con el personal psicológico, pero en el caso de Ben se trataba, por ahora, de un problema laboral. La autoridad competente era el jefe de sección Oswaldo Efman, y Ben se le habría confiado sin más ni más si ya hubiera llegado a la conclusión de que el problema era suficientemente serio para una consulta oficial. Quizá ni siquiera se tratara de una equivocación o de un caso especial no considerado, ¿por qué habría de ser necesario prever excepciones para el control de la propia persona? Ya se tratara de él mismo o de otra persona, de todos modos no podía hacer más que seguir su rutina: analizar punto por punto, confeccionar una relación de las calificaciones y evaluarlas, decodificar los resultados de los tests, etc.

—Creo que el deporte invernal me sienta bastante bien —dijo Olf. Siguió hablando sin fijarse en que Ben apenas lo escuchaba—. ¿Ya has visto cómo salté del disco giratorio a la acera rodante? No tengo el más mínimo problema de equilibrio. Me imagino que esquiar debe de ser algo parecido. Por los éxitos deportivos también nos dan puntos, ¿verdad?

Ben despertó sobresaltado de sus meditaciones.

—Desde luego, pero creo que eso sólo vale para deportistas profesionales, no para los aficionados.

—¡Qué lástima! —Olf intentó mirar a través de las ventanillas. A pesar de que se limpiaban diariamente estaban recubiertas de una gruesa capa de suciedad—. Aquí tengo que bajar. ¡Que te vaya bien!

Se abrió paso a través del gentío. Ben debía seguir dos estaciones más. El tren se elevó vibrando un poco; la aceleración apretó contra los cojines de gomaespuma a los viajeros que habían encontrado asiento. Ben estaba intranquilo; sin llamar la atención se tocó el cuello, buscando la arteria con la yema de los dedos para controlar su pulso. ¡Casi cien! Sacó otro calmante de su cajita y lo tragó sin agua. ¡Ojalá surtiera efecto! Más de tres pastillas tan seguidas: como todos los demás, ya había tenido una

vez esa experiencia; se creía no volver jamás al estado normal, tan fuerte era la sensación de malestar. En fin, podría soportar una más.

Al saltar del calor del interior del coche a la niebla fría, sintió una punzada en el hombro. Tendría que volver a aplicarse rayos. Siguió caminando con la cabeza gacha, respirando con dificultad a través de su filtro respiratorio. Hoy hubiera preferido no cenar, pero las tarjetas de comida no entregadas habrían faltado en el recuento y se habrían registrado en su protocolo individual. Se colocó en las largas colas en el pasillo de la cantina y se alegró de que ni delante ni detrás de él hubiera algún conocido. No se fijó en lo que la máquina automática le empujó sobre el plato de cartón y casi se habría olvidado de simular atención cuando después de la comida se transmitieron las noticias. En la gran pantalla en el frente de la sala apareció el locutor presentando a algunos colaboradores valiosos: un bio-técnico que había obtenido un altísimo aprovechamiento de las algas, y un empleado de las obras sanitarias que tenía en su haber más de diez mil cloraciones exitosas. Siguieron los «Informes del mundo del trabajo»: escenas de una fábrica de cojinetes de bolas y de un taller en el que se producían cerdas de nylon para dispositivos de limpieza. Los últimos datos de la comuna fueron celebrados con los habituales aplausos espontáneos: se había inaugurado un nuevo tramo del ferrocarril metropolitano, y había concluido una fructífera convención sobre los problemas de la ergonomía. En el medio se proyectaron los cortos de dibujos animados, que señalaban de modo gracioso los errores más habitualmente cometidos: una limpieza insuficiente del instrumento de trabajo, el consumo excesivo de electricidad y de agua útil. Finalmente se llamó la atención sobre los plazos de vencimiento de la entrega de formularios para diversas acciones sociales, y después del boletín meteorológico que indicaba los horarios de la lluvia prevista para el día siguiente, quedaron autorizados para levantarse y abandonar la sala.

Esta vez, Ben renunció a la hora de lectura, para la cual tenía un permiso especial. Sólo se sentó por unos minutos en el teatro de música espacial, dejando que incidieran en él los sonidos vaporosos y crecientes —y constató, sin embargo, que no podían apartarlo de sus cavilaciones.

Luego se preparó para irse a dormir, un poco más temprano que los demás, que siempre aprovechaban el tiempo libre del atardecer hasta el último minuto. El dormitorio estaba casi vacío, la mayor parte de los camarotes estaban desocupados. Ben tenía uno en la cuarta fila; subió por una escalerilla. Eran cuatro metros cuadrados, y le pertenecían sólo a él. Dos armarios, un altavoz —conectado al programa radiofónico público—, su cama. Con los puntos excedentes de los últimos meses se había comprado una manta colorida y una funda para la almohada; de ese modo, su lecho se diferenciaba agradablemente del gris unitario de los demás. Y en los costados de los armarios había pegado las etiquetas de la última colecta. Podría haberlas cambiado por dados de chocolate con menta, pero eran tan bonitas que prefería guardárselas.

Todos los demás días, al cerrar la cortina y aislarse así del mundo público, había sentido siempre cierta satisfacción, una especie de armonía entre él y la sociedad, en una interacción dialéctica recíproca que, en un plano superior, era, sin embargo, una unidad. Pero esta sensación hoy se le escapaba, de modo que como última esperanza no le quedaba más que Blondy, su muñeca para dormir. Ya había jugado con la idea de cambiarla por el otro modelo, un poco más pequeño, la negra Blacky, pero al final jamás había podido decidirse por el cambio. Ahora estaba contento de no haberlo hecho. La acostó a su lado en la cama, se apretó contra ella y gozó con la sensación de calor que siempre le transmitía. Acarició los cabellos artificiales rubios con sus dedos y apretó su mejilla contra la de ella. Por fin notó que se desvanecían sus ideas inquietantes y que seguía habiendo momentos en la vida —recompensas por el trabajo realizado al servicio de la comunidad— que nadie podía quitarle. Incluso desaparecieron sus dolores en el hombro, y se abandonó a los cariñosos esfuerzos de la muñeca... controlada y dirigida por un sistema de realimentación.

## **Manifiesto del Comité de Seguridad Social**

Según el condicionamiento biológico de su estructura física y psíquica, el objetivo del ser humano es la actividad. En la época arcaica, su actividad le servía para la supervivencia. Al no existir instancias responsables de la ejecución de medidas necesarias y eventualmente omitidas, toda la existencia humana se veía sometida a una incesante coacción que no puede armonizar con los fundamentos de nuestro estado moderno. Por ello, el estado ha asumido el sustento y la asistencia de los ciudadanos, precondition para la libertad y la felicidad.

Las medidas de esta índole requieren también una modificación de las funciones e ideas del hombre. Los equipos de las secciones de planificación antropológica están preparando las intervenciones que liberen al hombre de la coacción de una actividad y vigilia constantes también a nivel biológico. Antes de que este problema haya sido resuelto, nuestra situación debe ser evaluada como un estado de transición. A pesar de que es perfectamente posible reducir el nivel de actividad, sobre todo mediante fármacos, sigue subsistiendo la necesidad de tener en cuenta un resto irreductible de potencial de acción. Por esta causa deberá ocuparse a los inteligentes de las clases C a H de forma condicionada y a los de las clases I a T de forma exclusiva en actividades pseudoprofesionales. Se trata de un tipo de ejercicio de las profesiones que se corresponde exteriormente con los estratos ocupacionales habituales de la era arcaica, pero a los que les falta el componente productivo. Las ejecuciones de tareas inevitables deberán compensarse con procesos de dispersión. Por ahora, los integrantes de las clases no adaptadas U a X pueden emplearse en prestaciones de servicios bajo la forma de trabajo corporal, por el cual se compensa su potencial energético. Se trata sobre todo de actividades para cuya automatización haría falta emplear más sistemas de robots.

Por tanto, se corresponde con la estrategia de planificación excluir de momento cierta parte de las medidas para el sustento vital —sobre todo las de aprovisionamiento y de servicios— de la automatización y de la computadorización. Sin embargo, los preparativos para la adopción de la automatización total están casi completados; ésta podrá concretarse en cualquier momento y a breve plazo, en cuanto se haya solucionado el problema biológico-antropológico.

### 3

Al día siguiente, cuando Ben entró en su cuarto de trabajo y se sentó ante su pupitre, le pareció que algo había cambiado..., pero no lograba descubrir qué era. Las consolas estaban limpias y brillantes como siempre, la pantalla antiestática centelleaba igual que los otros días, las cintas magnéticas en el sistema de entrada estaban tensas, estaba encendida la luz verde de control, la indicación del seleccionador de direcciones estaba en cero. Los cuadrados grises de los cajones bajo los que se ocultaban las entrañas electrónicas estaban perfectamente dispuestos en el recinto, las aristas se ordenaban en un sistema de coordenadas octogonales sin la menor desviación. Éste era su sitio de trabajo, como lo había venido siendo desde hacía meses y años, y sin embargo, hoy le parecía distinto. Pero era él mismo quien había cambiado; era su relación con los instrumentos, con su tarea, con el sentido de ésta...; de pronto, la vieja división absoluta entre sujeto y objeto había quedado suprimida. Ya no se sentía ajeno, porque se trataba de sí mismo.

Se había propuesto realizar su trabajo igual que siempre. No había ninguna norma que lo dispusiera a hacer otra cosa. Y tampoco veía motivo alguno para desviarse de la rutina. Si en su comportamiento se mostrara la más mínima desviación de la norma, él lo constataría del mismo modo que cualquier otro lo habría hecho. Pero ya al activar el programa y llamar los primeros datos, sintió que su corazón volvía a latir con fuerza, que su respiración se aceleraba y que miraba fija y tensamente la pantalla... Cogió la cajita de pastillas y dejó deslizar dos de las tabletas blancas en su boca. Tranquilidad y concentración: con el auxilio de la química y de la farmacología podría cumplir su tarea. Y quería cumplirla.

Solicitó la primera calificación: verificación rutinaria. Datos del programa genético, de los protocolos de educación, de los cursos de enseñanza psíquica: resultados de los exámenes sí/no a preguntas formuladas *ad hoc*, cruces en casillas cuadradas, agujeros punzonados o espacios no marcados... En estos símbolos estaba codificado su yo; él era eso, con su existencia física y psíquica, con sus modos de comportamiento y rutinas, con su modelo de impulsos y con sus motivaciones, con sus preferencias y debilidades.

Se sobresaltó nuevamente, introdujo los datos en el almacén, los hizo sumar, integrar, restar y diferenciar, ordenar y comparar, volver a escribir y evaluar.

Obtuvo un resultado promedio, no destacado en ningún sentido. Eso no era precisamente halagüeño, porque en secreto, como tantos otros, Ben se consideraba algo especial, más bien un individuo que un promedio representativo de la sociedad normada. Por otra parte, el resultado era tranquilizador. Quizá también habían surtido su efecto las pastillas, pero esos números hablaban por sí solos: se correspondían por completo con su situación en la clase R; no insinuaban el menor cambio y menos aun suponían una reclasificación inferior.

Como segundo paso, Ben repasó sus datos médicos. Aquí, todo estaba

consignado: su grupo de Clon, sus datos de nacimiento, su coeficiente de crecimiento, sus vacunaciones e inmunizaciones, la fluoración de sus huesos y dientes, la pigmentación de su piel. Estaban apuntadas tanto sus enfermedades infantiles como sus accidentes menores en el hogar y en la calle, desde la uña arrancada hasta el golpe en la rodilla. Estaban registrados los medicamentos que le habían suministrado y las cantidades de algodón y de esparadrapo que le habían asignado. Tras la finalización de la fase constitutiva, a los veintiún años (que significaba al mismo tiempo el fin del condicionamiento), apenas aparecían enfermedades. Estaba sano; y volvió a recordar que la satisfacción que sentía por eso no era la misma que la que le procuraba constatarlo en un extraño. Se estaba investigando a sí mismo e, inevitablemente, lo que de allí surgía no le resultaba indiferente.

La calificación médica tampoco había llevado a un resultado fuera de lo común. No había en él ninguna enfermedad oculta que se hubiera insinuado en el transcurso de las revisiones sanitarias obligatorias, expulsándolo de las filas de los normales. Todo estaba en orden, todo correspondía a su clasificación: grado R. Se reclinó en la silla y respiró con alivio: quizá todo aquello no fuera más que un mal sueño. Pero justo en ese momento y sin que reconociera un motivo, notó algo desconcertante que le hizo hervir la sangre: en este protocolo no figuraba nada de su dolor en el hombro. Hasta ahora, apenas lo había tomado en cuenta: recordaba que varios años atrás se había hablado de un accidente, y una vez había visto en un espejo una débil cicatriz que iba del nacimiento del cuello hacia atrás. Era relativamente raro que sintiera dolores, y se había acostumbrado tanto que apenas los notaba. Tan sólo ahora este pequeño mal ganaba importancia: al darse cuenta de que faltaba en su protocolo médico.

De nuevo comenzó a cavilar. ¿Qué hacer? Se obligó a serenarse, intentó dominar la situación de modo lógico y llegó a la conclusión de que oficialmente no tenía motivo alguno para seguir investigando la cuestión. Pues normalmente no se habría enterado de esta incongruencia. Para él, como investigador, esa cicatriz no existía; como persona, no podía ignorarla, y si se ocupaba de ella era un asunto privado.

Unos ruidos, pasos y fragmentos de conversaciones lo arrancaron de sus cavilaciones. También se sentía una voz de mujer; por tanto, sólo podía tratarse de Oswaldo Efman y de su secretaria Gunda. Gunda Iman era la única mujer de la sección, lo cual acentuaba la posición destacada de Oswaldo, quien pertenecía a la categoría F. Muchos no tenían claro por qué Oswaldo necesitaba precisamente una mujer como colaboradora, y corrían rumores de que él y ella practicaban cosas ignominiosas. Ben siempre había rechazado vehementemente tales afirmaciones; le parecía imposible que Oswaldo fuera capaz de cometer tan repugnante crimen. Esto, por cierto, aún no respondía la pregunta de por qué toleraba la presencia de una mujer (con lo cual nunca podía evitarse por completo alguna situación embarazosa), alimentando así las fantasías perversas del personal. Pero la conducta de los integrantes de la categoría F era extraña en más de un sentido, y no valía la pena

devanarse los sesos por eso.

Oswaldo hubiera sido la única persona a la que Ben habría consultado gustoso; pero hasta ahora no había podido decidirse a hacerlo. ¿Quién podía predecir la reacción de Oswaldo? Tal vez habría podido darle un consejo paternal, calmando con una palabra tranquilizadora todo el desasosiego al que Ben se sentía sometido. Pero era igual de pensable que Oswaldo se apartara indignado, lo cual habría vuelto insoportable la situación de Ben.

Ben conmutó el sistema de interacción a «intervalo». Ingirió rápidamente una tableta para aumentar la conciencia de su propia valía y salió al pasillo. A pocos metros de él, delante de la entrada del nicho de su vecino, estaban Oswaldo, Olf y Gunda. Al ver a Ben, Oswaldo interrumpió la conversación y se le acercó. Le estrechó la mano.

—Aún no he tenido ocasión de felicitarte. ¡Enhorabuena! Tus deducciones son perfectas; acaban de darme el informe.

—No he hecho más que cumplir con mi deber —dijo Ben—. Ha sido una casualidad que yo...

Oswaldo alzó la mano en señal de desacuerdo.

—¡No, no! Ya ha sucedido a menudo que los colegas rechazaran tales casos y los devolvieran a la central. Y actuaban correctamente; no es cosa de cualquiera asumir semejante responsabilidad.

Hasta ahora se habían quedado junto a los demás, pero ahora Oswaldo se dirigió al nicho de trabajo de Ben. Eso era justamente lo que Ben habría querido evitar: Oswaldo siempre se había interesado por el trabajo de Erman y, por tanto, era posible que le pidiera algunos datos sobre el nuevo caso.

—Dicho sea de paso —prosiguió Oswaldo—, tenía la intención de proponerte para un curso sobre psicoprogramación. Si lo apruebas, y de eso no me cabe duda, podremos darte una tarea de más alta calificación. Ni siquiera es imposible que lleve aparejada una elevación a la categoría Q.

Entretanto habían llegado al sitio de trabajo de Ben, y Oswaldo se sentó con naturalidad en la silla de aquél, echando una mirada a los apuntes desparramados en el pupitre.

—¿En qué estás trabajando ahora? ¿Otro caso interesante?

«Ahora debo decírselo, éste es el momento oportuno —se dijo Ben—. Está bien dispuesto hacia ti, muestra comprensión, te ayudará...» En vez de eso se oyó decir a sí mismo:

—Nada especial, Oswaldo. Ningún problema...

Oswaldo suprimió la conmutación de intervalo y pulsó algunas teclas. Ben sintió un leve temblor que quería apoderarse de su cuerpo, pero respiró hondo varias veces y logró dominarse.

Unos símbolos centellearon en la pantalla; las líneas se disponían en columnas. Ben se relajó con una espiración al constatar que el texto era totalmente neutral. Se

trataba de los valores integrales de la primera calificación, y en ellos era de todo punto imposible notar algo sorprendente. Y, sobre todo, arriba sólo aparecía el número índice del caso, pero no su propio número identificatorio.

Oswaldo verificó también el resultado del segundo complejo de calificación y luego se apartó desinteresado.

—Realmente, un caso de rutina. En realidad es demasiado simple para ti. Procuraré que en el futuro puedas ocuparte de problemas más interesantes.

¿Había guiñado un ojo al decirlo? ¿Podía percibirse un dejo de ironía en sus palabras? No; Ben sólo se lo imaginaba. Era la mala conciencia la que actuaba en él..., la culpa en la que comenzaba a enredarse: por su falta de confianza, por su indecisión.

Ahora casi le habría confesado todo a Oswaldo, pero en ese momento éste se levantó, y además se había acercado Gunda.

—Ah, casi me había olvidado. ¿Has traído la carpeta? —le preguntó a la mujer.

Se la alcanzó, y Oswaldo extrajo una tarjeta magnética.

—En nombre de la administración central te hago entrega de un bono de puntaje: ¡64 puntos! Empléalos bien.

¿Había vuelto a guiñar un ojo?

Ben musitó unas palabras de agradecimiento, pero Oswaldo lo interrumpió:

—¡No hay motivo para agradecerme nada! Los premios se calculan según un sistema de puntos. ¡Agradéceselo a la computadora, si quieres! —Él mismo se sonrió de su broma, y también se rió Gunda, pero era una risa burlona. Ambos le estrecharon la mano a Ben, lo saludaron con la cabeza y salieron al pasillo.

Ben se sentó en su silla y miró fijamente la tarjeta magnética. Sesenta y cuatro puntos... en cualquier otra oportunidad habrían sido una fiesta para él. ¿Y ahora? Introdujo la hoja elástica con el recubrimiento de material sintético imantado en el bolsillo superior de su chaqueta y volvió a ocuparse de la pantalla. Comenzó a trabajar con interés, sistemática, rápida y metódicamente...

Después de dos horas era un hecho: en su vida faltaban tres años. La comprobación no había sido simple: había requerido todo el refinamiento de un investigador experimentado en descubrir síntomas ocultos de algo fuera de lo común. Pues en las actas, desde luego, no había huecos. Datos médicos, resultados de tests, cursos de repetición, exámenes, consumo de energía eléctrica, el comportamiento durante el ocio, los índices de selección de emisiones deportivas, lúdicas y recreativas..., todos los datos eran completos y homogéneos. Pero aquí justamente estaba la clave para la comprobación: había tres años en los que el grado de homogeneidad era extrañamente alto. No había ningún acontecimiento destacado, nada que hubiese dejado huella alguna, ningún punto de referencia para los recuerdos. De los protocolos médicos, en cambio, podía extraer los datos de aquellos tratamientos con rayos que le habían sido prescritos de vez en cuando para curar su hombro enfermo. Comenzaban de modo repentino: justamente después de aquellos

tres años problemáticos. Y finalizaban de modo igualmente súbito.

Por supuesto, Ben intentó recordar aquella época. Pero desde entonces habían pasado diez años, y ¿qué significan tres años sin acontecimientos destacados? Ante su ojo interior sólo desfilaron la cotidianeidad de las celdas, salas de clase y sitios de trabajo, conversaciones triviales con vecinos y colegas, juegos en el psico-grupo, un poco de tensión en los acontecimientos deportivos y en las películas, un poco de excitación con Blondy, su muñeca, una heterogeneidad gris, una serie de imágenes pálidas, fragmentos del pasado, indiferentes, irrelevantes... Y por más que se esforzaba por hallar el mínimo signo de algo fuera de lo común en su memoria, no encontró nada.

## Comunicación interna sobre la cuestión de las emociones

La inquietud emocional del hombre sigue manifestándose como un desagradable factor de perturbación en la estructura social. En el sentido cibernético, las emociones son señales accionadas por asociación y que devienen conscientes, que señalan la relevancia de una situación. Se distinguen emociones positivas y negativas, según que se quiera llevar al individuo a mantener determinada situación o a evadirla. En un medio arcaico, las emociones tienen una función biológica: estimulan al individuo a comportarse razonablemente, por ejemplo, a proteger su propio organismo y a aprovisionarlo, o bien, a defenderse de daños o peligros y a evitarlos.

En nuestro estado social moderno, la protección y el aprovisionamiento del ciudadano no pueden dejarse librados a la aparición incontrolada de impulsos emocionales. Estas tareas las asume el estado y ya no están supeditadas a la intervención del individuo, por lo cual las emociones deben ser evaluadas como un resto de circunstancias biológicas arcaicas, que en nuestra situación social ya no tiene sentido. Es especialmente desagradable el hecho de que las emociones surjan a menudo sin una causa reconocible, con lo cual llevan a modos de comportamiento imprevisibles y, por tanto, incalculables y con consecuencias perturbadoras. Ése es el motivo por el cual algunos equipos de la sección de investigación antropológica se ocupan en excluir las emociones o bien en modificar su función de modo que puedan serle útiles al ciudadano. Así, por ejemplo, las emociones positivas del entusiasmo y de la alegría podrían aplicarse como premio por una adaptación óptima, por una obediencia acrítica de las líneas directrices, etc.

La situación expuesta lleva a que se considere importante la implementación de la investigación de las emociones, de su desencadenamiento, control y supresión, como programa de gravitación primordial. Tras las experiencias habidas hasta ahora, para ello se dispone especialmente de tres caminos:

a) Influir en las emociones mediante la asociación, método ya conocido en la época arcaica, por ejemplo para el apoyo de sistemas económicos capitalistas. Al público se le ofrecen signos, figuras o conceptos asociados a las emociones correspondientes. Ejemplos:

hombres jugando - alegría vital

muchachas bonitas - atracción erótica

escenas de lucha y tortura - agresión.

Este procedimiento demuestra ser poco eficaz, porque el interpelado se va insensibilizando ante influjos de esta naturaleza y luego los pasa por alto. Pero puesto que, por otra parte, es el mejor método para influir simultáneamente en grupos grandes, sigue utilizándose también en nuestra socioestructura, para

bien del individuo. Esto ocurre especialmente en las horas del entrenamiento psíquico, mediante el recitado en común de versos y sentencias.

b) Influir en las emociones mediante fármacos. De la época arcaica conocemos estupefacientes y drogas con los que los hombres pasaban a los estados emocionales agradables por ellos ambicionados. La mayor parte de estos medios tenía una acción múltiple, es decir que estimulaba varios centros emocionales, con lo cual llevaba a estados de ánimo no coordinados. Durante la última década anterior a la hora cero, los médicos y psiquiatras introdujeron una serie de preparados que ya permitían un efecto mucho más dirigido. En los centros médicos de la dirección de investigaciones se han obtenido progresos notables en los últimos tiempos. Hoy día tenemos a nuestra disposición una serie de preparados con los cuales es posible provocar o suprimir a voluntad determinados impulsos emocionales. El grado de intensidad, así como la duración del efecto, presentan ciertas variantes individuales, pero puede fijárselos dentro de determinados límites. Con la ayuda de estos medios, que se incorporan al agua potable o a alimentos de consumo general, se ha logrado atenuar determinados impulsos emocionales que hasta ahora habían causado molestias a los ciudadanos. Esto vale sobre todo para sentimientos eróticos y sexuales que en los tiempos arcaicos llevaban con frecuencia a acciones irreflexivas y contradictorias. En una época en que todo el amor del ciudadano se dirige al estado y en cuyo afecto alcanza su plena satisfacción, los sentimientos de esta índole son superfluos y molestos.

c) Estimular las neuronas por vía eléctrica. Este método ofrece las perspectivas más favorables para tener bajo control la escala de las emociones. Su desventaja estriba en que hay que introducir delgados alambres de plata en el cerebro del sujeto, lo cual, de todos modos, sucede sin dolor alguno. Depende sobre todo de la precisión con que se coloca la punta activa: un problema que aún no ha sido totalmente resuelto (pequeñas desviaciones han generado a menudo reacciones indeseadas). Actualmente se trabaja en una proyección cartográfica tridimensional de los puntos del cerebro emocionalmente reactivos, con el objetivo a largo plazo de una estimulación por computadora. Por ahora, el método es demasiado caro para beneficiar con él a la totalidad de los ciudadanos. Sin embargo, se aplica en casos aislados y sobre todo en casos especiales como desviaciones patológicas o criminales. El método del estímulo eléctrico se aplica además en la generación de sueños sintéticos y en la activación de la memoria.

El día siguiente: un domingo. Raciones dobles de mermelada, de bío-café. La fiesta semanal en el salón, lectura de la constitución, canto, extractos del programa social, un orador del teatro popular, música. Hacer cola para la comida; para celebrar el día, platos y vasos de cartón de colores. Condimento de soja para el pastel de proteínas. Cerveza estimulante. Final del campeonato de baloncesto, un viaje aburrido hasta el campo de deportes, dos horas de aglomeración en el camino de vuelta.

Una hora hasta la cena... Era lo que Ben había estado esperando. Se encaminó hacia su camarote y cerró la cortina. Se echó en la cama, pero esta vez no era Blondy la que le interesaba. Se cercioró de que no hubiera quedado una pequeña abertura entre la cortina y la pared por la que se pudiera examinar su celda. Luego extrajo su caja de pastillas y la bolsa de plástico que había llenado de agua en el lavabo. Las píldoras eran secas y difíciles de tragar, y además se disolvían más pronto si se las acompañaba con agua. Primero tomó seis pastillas para la concentración, y, luego de meditar un rato, cuatro más. Era consciente de que se sentiría terriblemente mal, pero estaba dispuesto a soportarlo. Estaba tendido en el colchón de gomaespuma, la cabeza apoyada en la almohada, con los ojos cerrados, e intentaba concentrarse en episodios de mucho tiempo atrás. Sentía que, a consecuencia de los preparados químicos, se iba modificando su conciencia, que algunas cosas se volvían excesivamente nítidas y dolorosamente precisas, que los contrastes se endurecían y los movimientos se convertían en relámpagos centelleantes. No le quedaba claro, naturalmente, de qué forma podía motivar la evocación del pasado, y lo intentó de varios modos. Su corazón latió ansioso al sentir que le salía cada vez mejor, y de pronto una multitud de detalles inundó su conciencia. Docenas de imágenes que surgían de la nada en rápida sucesión y desplazadas por otras nuevas... Pero pronto se desilusionó: no eran más que nimiedades que irrumpían como una inundación en su conciencia. Vio a personas que había perdido de vista desde hacía mucho tiempo..., pero eran las habituales charlas sobre deportes y juegos, sobre comida y muñecas, sobre consumo de energía y premios. Se veía a sí mismo en las situaciones más diversas, casi sorprendido de la vivacidad con que se presentaban estas cosas sepultadas, pero no eran más que un triunfo del equipo de hockey de sus preferencias, una canción de moda que le había gustado especialmente, pasajes de películas de aventuras y policíacas. Pero también surgió una gran cantidad de recuerdos desagradables: respuestas equivocadas dadas al psiquiatra, el encuentro vergonzoso con una mujer que había intentado tocarle, la tarjeta magnética perdida que de pronto había reaparecido...

Y luego, la serie de imágenes se interrumpió, se oscureció, se nubló, y eran olas de malestar las que inundaban todo, y luego yacía en su camarote, retorciéndose de dolor, llamó al médico, al psiquiatra, al moderador...

Despertó en el consultorio del médico de zona, sintiéndose débil y vacío, pero el malestar había desaparecido como por arte de magia, de modo que esperaba poder enfrentarse a las preguntas que le harían.

Un integrante del control psíquico estaba de pie al lado de la cabecera de su cama; junto a él, el moderador y el médico. Éste meneó la cabeza en señal de que se podía interrogar al paciente...

—¿Cuántas pastillas has tomado? ¿De qué pastillas se trataba? ¿Por qué lo has hecho? Has desatendido una prohibición. ¿No sabes que la ingestión está limitada?

Ben lo sabía, y no tenía sentido negarlo.

—No me había propuesto nada en especial —dijo en voz baja e intentando darle a su voz un tono seguro—. Simplemente, quise probarlo. No creía que sería tan grave.

—Sabes que hay severas penas para el abuso de pastillas. El progreso de la farmacología impulsado por nuestro sistema político está destinado a ayudar al hombre a resolver sus problemas. Pero esto presupone ciudadanos responsables. Presupone que las normas sean cumplidas. Y estas normas tienen un sentido. El organismo humano no tolera los agentes bioquímicos de modo ilimitado. Reacciona contra las sobredosis mediante un sistema de defensas, cuyas consecuencias acabas de sentir. Pertenece a la categoría R y deberías haber sabido qué consecuencias traía tu paso irreflexivo. ¿Por qué lo has hecho?

Ben lo sabía muy bien. Y sabía también que no era de ningún modo el cuerpo humano el que se defendía contra las sustancias químicas a través del malestar. Por el contrario, a cada pastilla se le añadía una pequeña dosis de un preparado que provocaba esta reacción. Lo cual era un buen medio para limitar a la medida deseada la ingestión de las tabletas que generaban todas las emociones deseadas. Y se trataba de una medida razonable y por demás efectiva. Ben acababa de comprobarlo. No esperaba que resultaría tan terrible; recordó horrorizado la última hora en que daba vueltas en la cama, desamparado. Pero evidentemente había un antídoto eficaz, y se lo habían aplicado. Esto ahora le ayudaba, pues podía contestar sin descubrir su punto flaco. Lo había meditado bien.

—No me interesaba estar *high* —declaró—. Sólo intenté lograr recordar mejor unos cursos que había realizado hace algunos años... sobre programación de la docencia y de la enseñanza. Como la primera pastilla para la concentración no surtió efecto, tomé algunas más sin pensar en nada malo. Eso fue tonto de mi parte..., lo reconozco. Y merezco un castigo. Pero no ha sido con mala intención.

¡Ahora venía el momento crucial! Si le creían, le tocaría el castigo habitual: sustracción de puntos, cosa que podía soportar, máxime con su reciente premio. Pero si no le creían, tenía que contar con un psico-interrogatorio, y entonces daba igual si se decidían por un apoyo mediante psicofármacos o mediante estímulos cerebro-eléctricos... Se descubriría todo aquello que todavía había logrado ocultar.

Fueron unos segundos angustiosos... Luego el controlador hizo una marca en la tarjeta personal, que tenía en la mano, y se la entregó a Ben.

—Has actuado de modo muy irreflexivo —le dijo—. Pero ya has tenido tu castigo. Ha sido la primera vez, de modo que te salvarás de la sustracción de puntos. ¡Que te sirva de escarmiento! —Saludó al médico y al moderador y se alejó.

Ben se levantó y dio unos pasos temblorosos. El moderador lo acompañó y lo sostuvo. Hasta ahora se había dominado, pero en ese momento dio rienda suelta a su rabia.

—¡Semejante porquería en mi bloque! —Cerró la mano alrededor del brazo de Ben y lo sacudió—. ¡Y estos tíos ni siquiera te castigan! Claro... a ellos les da igual; y a nadie le interesa cómo me las tendré que arreglar. ¡Te juro que esta noche has de pensar en mí!

Esa noche hubo diez falsas alarmas, y los ocupantes del dormitorio tuvieron que bajar, apenas vestidos, por la escala de incendios y reunirse en el patio, antes que se los ahuyentara nuevamente hacia sus camas. La mayoría sabía a quién se debía eso, y las miradas que rozaban en secreto a Ben eran todo menos benévolas.

Como todo día de semana, el lunes siguiente también comenzó con el trabajo individual. Su sentido era el de mantener entrenados corporal y mentalmente a los miembros de la comunidad, de conservar sus capacidades, de renovar sus conocimientos, de mantenerlos informados con respecto a los programas políticos. Eran especialmente importantes la limpieza psicógena, el entrenamiento en el dominio de sí mismo y en la flexibilidad, aquellos ejercicios que les permitían sofocar en su origen cualquier error antes que se produjera. El comportamiento en comunidad era un punto esencial, igual que la motivación que llevaba a una conducta social positiva. Las orientaciones erradas, como el individualismo o las posturas egocéntricas, se sacaban a la luz sin piedad; para ello servía el entrenamiento psíquico, el trabajo común en el grupo, los juegos de preguntas y respuestas, en los que se demostraba inmediatamente si alguien tendía al egoísmo, si perseguía una ilación individual de las ideas, si quería guardarse sus vivencias emocionales para sí, etcétera. El director del psico-grupo de Ben era Bengt Haman.

Cada hora duraba cuarenta minutos; el tercio restante se empleaba en retirar los cuestionarios, los buriles de escritura magnética, las plantillas para los programas de enseñanza, etcétera.

Esa mañana, Ben se adelantó desconsideradamente, logrando resolver las formalidades inevitables en pocos minutos. De ningún modo había renunciado a su objetivo de desvelar su propio pasado, y ahora intentaba hacerlo de otro modo; había también un camino oficial.

A pesar de que le resultaba desagradable congraciarse con Bengt, hasta ahora no había podido ahorrárselo, ni sería distinto en el futuro.

—He tenido un caso Y negativo —informó—. Por eso me han dado un premio de sesenta y cuatro puntos, y el jefe de sección me ha deseado suerte. Eso me pone muy

contento. Pero no me queda muy claro si no es un signo de vanidad o de orgullo. ¿Cómo puedo combatirlo?

Bengt lo miró con esa expresión de afecto inalterable que mostraba invariablemente en sus conversaciones con los miembros allegados.

—Muy bien —dijo—, has tenido un gran éxito. Y ese éxito debe atribuirse a tu labor diligente en pro de la comunidad. Tienes razón en alegrarte por ello. ¿O tienes la impresión de que ahora eres mejor que tus colegas?

Ben meneó la cabeza...

—Naturalmente que no. Sé exactamente que la mayoría habría realizado la tarea con la misma eficacia... sólo que no han tenido esa oportunidad. No obstante, todos lo celebran a la par mía, del mismo modo que yo me habría alegrado junto con ellos, si hubieran tenido la misma buena suerte. Pero una cosa no excluye la otra... al fin y al cabo, el premio lo he recibido yo solo y, por agradable que me resulte, me siento un poco separado de los demás.

El psiquiatra frunció el ceño por un instante, pero inmediatamente volvió a irradiar confianza y seguridad.

—Es un buen síntoma el que te cuestiones el asunto, y demuestra precisamente que no hay peligro. No obstante te anotaré unas oraciones eficaces a nivel psicógeno, y que puedes enunciar o pensar en tu tiempo libre; te ayudarán a superar tu problema. Que el premio sea un motivo para que en el futuro te emplees aún más a fondo en tu trabajo.

—Desde luego —dijo Ben— ése es también uno de los motivos por los que quería hablarte. Me han anunciado que he de participar en un curso sobre psico-programación. Ahora bien, he tratado de recordar todo lo que en su momento había aprendido al respecto, pero he comprobado que se me han borrado algunos puntos. Por eso quiero formular un pedido de reactivación de la memoria. Quería pedirte que apoyes este pedido.

Bengt frunció el ceño una vez más, con más persistencia que la anterior.

—¿Reactivación de la memoria? ¿Cómo es que conoces esa posibilidad? —Miró a Ben inquisidoramente, colocando luego su mano en el hombro de éste, como disculpándose—. Ah, claro, eres investigador; quizás, tú mismo ya hayas utilizado este medio. En fin, si sirve a un buen objetivo... apoyaré tu petición.

Saludó a Ben y se acercó al pupitre de mando de la computadora de enseñanza desde la que dirigía su curso. Ya había sonado la campanilla para comenzar la clase, y pronto el recinto se llenó de voces de los integrantes del grupo que comenzaban con sus habituales ejercicios de relajación espiritual:

«Somos una comunidad alegre y confiada.»

«Cada uno de nosotros está para el otro.»

«No tenemos secretos entre nosotros.»

«Nuestro pensamiento es libre y espontáneo.»

«No tenemos nada que ocultarnos mutuamente.»

«Somos integrantes de la Sociedad Libre.»

## **Cancionero del entrenamiento psíquico. Extracto del registro “Amor al Estado”**

¡Somos personas felices!  
¡Somos ciudadanos satisfechos!  
¡Vivimos en el mejor de los mundos!  
¡Vivimos en el Estado perfecto!  
Nuestro Estado —somos nosotros mismos.  
Nuestro Estado —vela por nosotros  
— nos protege.  
— nos preserva de las enfermedades  
— nos preserva de las penurias  
— nos convierte en seres felices.  
Somos el uno para el otro.  
Pertenece a nuestro Estado.  
Cada cual está para los demás.  
Todos ayudan a todos.

¡Nos sentimos protegidos!  
¡Nadie tiene dudas!  
¡Nadie tiene preocupaciones!  
¡Nadie tiene miedo!

Nuestra vida transcurre por senderos tranquilos.  
Nuestro destino está planificado.  
Nuestra vida está asegurada.  
Vivimos la mejor de las vidas.  
Somos personas felices  
— libres de preocupaciones  
— libres de dudas  
— libres de penurias.

Y la libertad es nuestra vida  
— y nuestra vida es nuestra suerte  
— y nuestra suerte es nuestro Estado.

Por la tarde, cuando Ben pulsó su programa apareció una información complementaria: 33-78568700-16 R ha formulado un pedido de reactivación de la memoria, pedido que ha sido rechazado.

Ben todavía no se había enterado del rechazo, y le resultó un poco inesperado obtener la respuesta por esta vía. Pero, además, el hecho le demostró que había algunas máquinas en la red de control desconocidas por él, y que, por tanto, debía actuar con cuidado.

En realidad debía codificar y evaluar esta información e introducirla en la estadística. Habría sido la primera mácula en la tabla de calificaciones. Algo le hacía vacilar, pero luego introdujo resueltamente este ítem en el almacén intermedio.

Seguía perturbándole el hecho de los tres años perdidos, y ya no podía distinguir si este interés era de naturaleza laboral o privada. Como él mismo no servía de fuente de información, existía tal vez la posibilidad de acercarse al enigma por medio de otras personas. Llamó el registro de contactos personales, pero tal como había esperado, resultó poco revelador: en la etapa en cuestión no aparecía ni una sola persona nueva en el círculo de sus conocidos. Pero Ben ya tenía la suficiente experiencia para estar informado sobre otras vías, cuando las más próximas no conducían a la meta. Si la investigación que partía de él era improductiva, tal vez podría establecerse algo a partir de la parte contraria. O, dicho de otro modo: si había personas contactadas que habían sido borradas del registro de Ben, él debía figurar en los registros de contactos de las personas en cuestión. Ello significaba ciertamente un inmenso trabajo de investigación, pero aplicando un programa *time-sharing* con preguntas intermedias fingidas, podía mantenerse dentro de los límites del tiempo de desarrollo permitido.

La computadora estuvo calculando durante cincuenta y tres minutos, veinte segundos y noventa y seis centésimas de segundo; luego aparecieron los siguientes nombres:

Jonathan Vauman — 63-10796950-17 V.

Barbara Teman — 11-64911430-12 T.

Hardy Weman — 14-5566850-19 W.

Aunque parecía no tener sentido alguno, Ben intentó desencadenar asociaciones en su cerebro mediante estos nombres, que de algún modo algo le decían, le resultaban vagamente conocidos, familiares. Pero ¿cuánto de eso era verdad y cuánto imaginación? Eran nombres como otros mil, números identificatorios que a los iniciados les proporcionaban información sobre el condicionamiento genético, sobre el grupo de Clon, sobre el distrito de vivienda, sobre el orden de calificación y sobre la valoración social, y que, sin embargo, nada decían sobre quién estaba detrás —una persona que vivía, actuaba, pensaba, sentía, un hombre con simpatías y antipatías, que se fija metas, las persigue, las logra o fracasa—. ¿Qué intenciones lo unían a

aquellos que se ocultaban tras los nombres de Jonathan, Barbara y Hardy? Estaban metidos en algún punto de esta ciudad, tenían tareas y obligaciones como él; pero tenían algo que él había perdido: recuerdos de una época borrada para él... así al menos lo esperaba.

Tan sólo poco a poco se le fue aclarando qué significaban esas tres líneas de letras luminosas. No eran ni más ni menos que la demostración de que no perseguía un fantasma, de que realmente había algo en su vida que alguna instancia había borrado. Era dable suponer que la prueba que le había sido encomendada ahora como tarea estaba relacionada con estos acontecimientos. Hasta ahora no había estado muy convencido de que algo de su pasado de pronto podría tomar cuerpo, y ahora había sucedido. No tenía la más mínima duda de que tendría que extraer la mayor cantidad posible de información de aquellas personas.

No era frecuente, pero a veces ocurría que hacía falta trabajo de campo para el tratamiento de un caso. En este estadio de su investigación no cabían dudas... Ben se planteaba una y otra vez si procedería de igual modo de tratarse de la calificación de un extraño, lo cual, en esta cuestión del trabajo de campo, era cierto sin duda alguna. En verdad estaba dispuesto a aplicar todos los medios, los permitidos y los no permitidos, para alcanzar su objetivo; pero no debía levantar sospechas, por lo que era importante comportarse exactamente de acuerdo a las normas y directrices.

Desde luego, había examinado las actas de las personas contactadas, había solicitado todos los datos, registros, resultados de tests y protocolos de investigación, de modo que sabía todo lo que de ellas se conocía... seguramente más de lo que ellas sabían sobre sí mismas. En estos datos estaban los protocolos de toda su personalidad y de sus datos biográficos; según la opinión del docente para descripción y documentación, fuera de esos datos no había nada que valiera la pena registrar. La lectura de los protocolos suministraba una mejor imagen de la personalidad que cualquier entrevista o investigación. Sin embargo, cosa que ningún investigador ignoraba, había excepciones a la regla, experiencia que Ben pudo verificar también en este caso. Pues por intensivamente que se dedicara a los datos, no hallaba el menor indicio de qué relación podría haber tenido con las personas sospechadas. En las listas se habían apuntado meramente las fechas de los encuentros, pero todas las demás preguntas quedaban incontestadas. Tal vez —como algunos sospechaban— aquí había una falla en el sistema, y quizás habría que haber extendido el control también al contenido de las conversaciones, a la actitud durante el contacto, a los impulsos emocionales, etcétera, en lugar de confiar sólo en la estadística. Por otra parte había que reconocer que este inmenso incremento de trabajo aportaría muy pocos frutos: sólo valdría para los casos excepcionales en los que aparecían auténticas desviaciones de la norma. Pero ¿no eran justamente aquéllos los casos a los que estaba destinado todo su trabajo?

## **Instrucciones para la modificación de la personalidad**

El material humano restante de la época arcaica es defectuoso en muchos sentidos y todavía no está completamente adaptado a la función del Estado perfecto. La adaptación de la descendencia es relativamente simple; en ella, la dificultad reside sobre todo en fallas genéticas pasadas por alto en el control (los métodos aún no están perfeccionados) o en mutaciones (que hasta ahora no han podido eliminarse por completo). Pero las desviaciones de este tipo se descubren bastante tempranamente en el curso de las diversas series de tests, de modo que es posible lograr la adaptación mediante terapia farmacológica o intervenciones quirúrgicas. Sólo en pocos casos resulta necesaria una extinción completa de la personalidad.

El mayor problema se presenta con los individuos que ya habían alcanzado el estadio adulto antes de la hora cero. En la mayoría de los casos se logra extinguir los recuerdos perturbadores de aquella época, de modo que resulta posible una concentración total en nuestro sistema de estado, pero siempre hay recaídas —recuerdos que aparecen de improviso, la reasunción de modos de conducta arcaicos, el estallido de impulsos de sentimientos indeseables e inadecuados.

Puesto que los acontecimientos de esa naturaleza no sólo perturban la estructura estatal, sino que también conllevan una grave carga nerviosa en los afectados, nuestro Estado ha tomado las precauciones necesarias para combatir estos fenómenos lo más tempranamente posible. Normalmente basta con una reducción general del nivel de actividad, con lo cual suele quedar eliminado el impulso para la activación de contenidos de la memoria ya sepultados. Pero a veces también pueden observarse casos persistentes — personas, en las que, sin causas reconocibles, se revitalizan amplias series de recuerdos—. El afectado cae en un estado patológico, cuyos síntomas son bien conocidos: intranquilidad motora, agresiones, insatisfacción que llega hasta la paranoia, actividades contestatarias y de sabotaje, alucinaciones. En determinadas circunstancias, las personas que padecen esta enfermedad incluso pueden intervenir destructivamente en nuestra estructura social; al conectar imágenes oníricas y alucinaciones activadas con la realidad de hoy, asumiendo ideas de este tipo como imperativos, hacen circular informaciones falsas, generando desconfianza y dudas entre las personas con las que se relacionan.

Los enfermos de este tipo deben tratarse como casos especiales; en primer término hay que averiguar las causas de su estado. Las investigaciones pertinentes se elaboran en un trabajo común con el Instituto de Investigaciones Prehistóricas; de esta forma se logra diferenciar los fantasmas del pasado y las alucinaciones nuevas que surgen en el paciente. En la terapia se aplican los conocidos medios psicológicos, farmacológicos y microquirúrgicos del cerebro. En general, sólo una terapia combinada logra una moderación; no se trata sólo de calmar al paciente y de reintegrarlo a la sociedad, sino, y sobre todo, de una extinción de los contenidos de la memoria que provocan la perturbación. El mejor método ha demostrado ser la modificación de la personalidad. Las lagunas parciales en los recuerdos logradas con el *shock* de memoria se sustituyen con contenidos sintéticos. Para ello se necesita una labor coordinada de psicólogos del individuo, médicos e historiadores, con objeto de lograr conexiones plausibles respecto de los desarrollos históricos así como nexos lógicos con el presente. Lo más recomendable es componer historias de vida poco espectaculares que correspondan, poco más o menos, al promedio representativo del ciudadano medio. Pese a que de este modo suelen conseguirse curaciones totales, es conveniente tener en observación a los pacientes afectados durante varios años.

Ben había vacilado antes de decidirse a cuál de los tres ir a ver en primer término: a Jonathan, a Barbara o a Hardy. Desde el comienzo era evidente que se trataría de experiencias desagradables, por el mero hecho del ambiente en que estas personas se movían. Eran integrantes de categorías inferiores, personas en las que no se había logrado la igualdad con el tipo ideal de un miembro de la Sociedad Libre. Y si bien en su Estado todos los hombres eran libres y tenían iguales derechos, muchos miraban a las clases inferiores con desprecio, con lástima, con repugnancia, aunque también sentían vestigios de celos porque también se podía ser un ciudadano sin estar siempre aseado y peinado, vestido con toda pulcritud, sin ser siempre sincero y amable. Y porque se podía ser un ciudadano sin la psico-enseñanza cotidiana, sin ejercicios de historia comparada, sin gimnasia meditativa... La excursión de Ben a esa parte de la ciudad era, pues, un tránsito a un terreno extraño, en el que se sentía inseguro y cohibido.

Lo que más le había sorprendido era la aparición de una muchacha como persona de contacto. No lograba imaginarse haber tenido jamás un contacto con un ser femenino, y mucho menos aún un contacto privado, que no sólo estaba prohibido, sino que era simplemente impensable a partir de un sentir sano. Por cierto, había oído hablar de los tiempos de la barbarie, en los que los hombres y las mujeres convivían, y había también rumores sobre cuestiones más molestas —sobre perversiones apenas imaginables e imposibles de nombrar—. Pero aun si estas historias tuvieran un fondo de verdad, se trataba de una etapa del desarrollo humano definitivamente superada, y a ningún ciudadano se le ocurriría buscar voluntariamente la compañía de un integrante del otro sexo.

Por eso, el encuentro con Barbara era la parte de su tarea que más lo atemorizaba. Sin embargo, a pesar de que en sus recuerdos nada se relacionaba con el nombre de Barbara, sentía una extraña intranquilidad desde que esas letras luminosas habían aparecido en la pantalla, y ésa era tal vez la causa por la que superó sus aversiones y decidió ir a ver primero a la muchacha.

A pesar de que quizás habría sido más revelador buscarla en su bloque de viviendas, la visita en el sitio de trabajo le parecía menos embarazosa, de modo que se anunció en la dirección de la fábrica de elaboración de material sintético en la que trabajaba Barbara. Evidentemente, allí no era común la visita de personas de las categorías medias; tal vez por eso le asignaron a Ben una moderadora como acompañante; dicha mujer parecía ocupar un puesto relativamente importante. Sin embargo parecía estar más preparada para visitas a fábricas, de modo que Ben tuvo que soportar largas conferencias sobre la fundición, disolución, sección, ebullición y endurecimiento de materiales de plástico; no pudo evaluar si la locuacidad de la mujer se debía a un genuino entusiasmo, o si se trataba de la forma habitual de recepción de visitantes. Además, apenas prestaba atención a lo que la moderadora

decía... y no sólo porque no le interesaba, sino porque la compañía de un ser femenino lo irritaba mucho más de lo que quería mostrar e incluso más de lo que quería confesarse a sí mismo. La miró de soslayo: ella llevaba un *overall* blanco, igual que los hombres, pero ¡cuán repulsivas eran las sinuosidades en su pecho, las formas redondas de las caderas y de los muslos! Hasta la voz estridente lo hacía estremecerse en secreto.

Después que se hubieron detenido un buen rato en una sección de confección de gafas para el sol, y en otra en la que se producían esponjas para el baño —Ben había desaprovechado la oportunidad para pedir que se diera prisa—, llegaron finalmente a la sala en la que se encontraba el sitio de trabajo de Barbara.

—Aquí trabajan mil ciento doce muchachas —informó la moderadora—. Es un establecimiento semiautomático; desde luego que podría computarizarse por completo, pero por ahora no tenemos puestos para aplicar la fuerza de trabajo que con ello se liberaría en esta empresa. Pero al fin y al cabo da igual de qué modo logramos nuestros objetivos, ¿verdad? —le sonrió a la espera de su aprobación, y este intento de congraciarse le resultó tan desagradable a Ben, que aceleró sus pasos para aumentar la distancia que lo separaba de ella.

Pero ella también se apresuró, arrastrando los pies, y siguió hablando ininterrumpidamente.

—Allí se recibe el material polimerizable en forma de pequeñas bolitas. Se lo introduce en el aparato de fusión.

Había en el aire un olor acre a solventes orgánicos. Los ojos de Ben lagrimeaban, sus párpados se enrojecieron. A su alrededor, ordenados en filas, había dispositivos que le parecían inexplicables y peligrosos; sintió una verdadera nostalgia al pensar por un momento en la fría claridad de su central de computadoras.

—Aquí está la cinta transportadora para la producción de botellas de plástico de tamaños 5 a 7. Allí, la masa de material sintético se aplana convirtiéndose en láminas, y allí atrás se la calienta en un campo de remolino, y aquí... —tironeó la manga de Ben— se prensan las formas en bruto. Sigue una nueva fase de calentamiento, y la forma definitiva de las botellas se obtiene por insuflación de aire...

Ben tenía la impresión de estar caminando a la deriva. Se detuvo y preguntó:

—¿Falta mucho? —Tuvo que toser y sacó un pañuelo de papel.

—Pocos pasos. En seguida entraremos en el taller de insuflación; es un trabajo de responsabilidad, un trabajo que exige concentración y delicadeza...

De pronto, la moderadora enmudeció; Ben se dio vuelta y vio que ella se había detenido, evidentemente un poco sofocada; pero luego señaló a la muchacha que estaba sentada en un trípode inmediatamente al lado de ella. Le daba la espalda, pero, al acercarse Ben, se dio la vuelta... y así fue que este encuentro, para el que se había preparado en su interior desde hacía mucho tiempo, lo cogió, sin embargo, de sorpresa, y en un primer momento se sintió tan cohibido que no pudo decir nada. Observó el delantal gris, debajo del cual apenas podía reconocerse la figura femenina,

y vio una cara pálida, un poco plana, una nariz corta, un poco combada, unos ojos cuyo color figuraba en los protocolos como verde grisáceo DIN 62/3; ahora se dio cuenta de qué significaba eso...

La moderadora ordenó a la muchacha que se levantara.

—Lo mejor será que conversemos allí en el depósito, que es más tranquilo.

Caminaron uno al lado del otro, con lo cual Ben pudo serenarse... y observar a la muchacha. De perfil resultaba bastante bonita, tal vez un poco blanda, pero eso ocurría con muchas mujeres. Tenía el pelo corto, de acuerdo a la disposición general; no obstante tenía una forma un poco singular, un tanto hirsuto..., como si se lo hubiera cortado con una tijera y no con una máquina de peinar automática. Tal vez fuera este pelo, tal vez la nariz respingona o los labios salientes, los que le conferían a la muchacha un aire un poco salvaje, por suave que fuera su aspecto general. Pero al observar a las demás personas que poblaban los sitios de trabajo, Ben debía confesarse que los rasgos de Barbara eran verdaderamente armónicos. Allí había desviaciones somáticas que le parecían directamente patológicas: dientes torcidos, piel con cicatrices, cejas que se juntaban sobre la nariz, e incluso había personas con gafas. Durante un instante tuvo la sensación de que todas estas muchachas y mujeres podrían darse la vuelta a mirarlo, levantarse lentamente de sus sitios, cerrarle el camino, arrinconarlo y hacerle algo inimaginable...

Entraron al depósito y Ben respiró con alivio.

—Puede formular sus preguntas —le dijo la moderadora, después que Ben calló un rato.

Señaló unos taburetes.

—Sentémonos —propuso.

Habíase preparado varias preguntas y comenzó a formularlas. Datos conocidos, instrucción, trayectoria laboral. Los resultados del último examen parcial, del último test psicológico. Unas preguntas sobre la Constitución, sobre los últimos programas sociales.

Había sacado su libreta y comparaba las respuestas con los datos. Casi todo era correcto, y donde no había coincidencia se trataba de cuestiones de poca importancia, pues naturalmente él estaba mejor informado que ella —al fin y al cabo tenía a su disposición todo el sistema de control, todos los datos almacenados.

En verdad, el interrogatorio no le servía más que para ganar una primera impresión, para preguntarse a sí mismo si se removía algo en sus propios recuerdos, si notaba algún signo de reconocimiento...

Jamás había visto a aquella muchacha. Hasta ahora había temido secretamente que este contacto pudiera abrir en él un abismo y que tal vez le sobrecogerían cosas del pasado que eran tan horribles que las había reprimido. Pero no fue así. No se puede reprimir nada de modo tan completo y excluyente: Barbara le era desconocida.

Y ella, ¿cómo se comportaba?

Esta pregunta era difícil de contestar, porque Ben no sabía cómo se comportan las

mujeres en general, y menos aún las de las categorías inferiores. Tales muchachas, ¿miraban siempre a los hombres como ella le miraba a él? ¿Era provocadora esa mirada? ¿O era franca? ¿Era sumisa u ocultaba el intento de lograr un secreto acuerdo?

A pesar de que no formaba parte de sus tareas, comenzó un test psicológico de asociación. La muchacha seguramente no entendía nada de eso, y tampoco la moderadora podía saber que con ese test Ben excedía sus atribuciones.

—¿Has tenido alguna vez la sensación de estar flotando?

—¿Qué sientes cuando ves una bandera sucia?

—¿Podrías manifestar odio hacia la moderadora?

—¿Serías capaz de oponerte a una orden?

Ben tomaba notas diligentemente, pero también eso era pura apariencia. Era un encubrimiento... de lo que quería preguntar realmente:

—¿Qué se te cruzó por la mente cuando me viste de pie delante de ti?

—Esta situación, ¿te hace recordar algo ya vivido?

—¿Tienes la impresión de haberme visto alguna vez?

La muchacha contestaba sin vacilar, con voz baja, pero perfectamente comprensible. Y tampoco dejó traslucir inseguridad alguna ante las últimas preguntas. Con todo, Ben seguía albergando dudas. Estos ojos verdegrisáceos lo miraban fijamente y, a pesar de que en estas circunstancias eso era completamente natural, Ben se preguntaba si las palabras no ocultaban otras, por ejemplo: sí, lo recuerdo... ¿Te acuerdas, en aquel entonces...? No puedes haberme olvidado...

La moderadora tosió ligeramente, y él se dio cuenta de que había fijado la vista en su libreta sin reconocer las cifras y palabras garabateadas. Se levantó.

—Esto es todo.

Durante un momento se enfrentaron indecisos y luego Ben le tendió la mano a Barbara, reconociendo en ese mismo instante que este comportamiento era inoportuno e inusual. Pero no podía borrar su gesto espontáneo, de modo que durante unos segundos la mano de la muchacha reposó en la suya; Ben sintió una débil presión, tibia y suave, que volvió a despertarle todas las dudas que habían quedado semidespejadas...

Se volvió de modo abrupto, sin importarle si la moderadora le seguía o no.

Tan sólo en el tren colgante halló una explicación de por qué Barbara —una extraña— podía resultarle conocida y familiar: tenía un parecido asombroso con Blondy, su muñeca para dormir.

## Catálogo de la evaluación de los puntos de calificaciones psicológicas individuales

|   | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
|---|----|----|----|---|----|----|----|
| Altruismo                               |    |    |    |   |    |    | x  |
| Amabilidad                              |    |    |    |   |    | x  |    |
| Ambición                                |    |    | x  |   |    |    |    |
| Bondad                                  |    |    |    |   |    | x  |    |
| Capacidad crítica                       | x  |    |    |   |    |    |    |
| Capacidad de adaptación                 |    |    |    | x |    |    |    |
| Capacidad de asunción de problemas      |    |    | x  |   |    |    |    |
| Capacidad de concentración              |    |    | x  |   |    |    |    |
| Capacidad de subordinación              |    |    |    |   |    |    | x  |
| Capacidad imaginativa                   |    |    | x  |   |    |    |    |
| Conciencia de la propia responsabilidad |    |    | x  |   |    |    |    |
| Constancia                              |    |    | x  |   |    |    |    |
| Disposición para arriesgarse            |    | x  |    |   |    |    |    |
| Espíritu de ahorro                      |    |    | x  |   |    |    |    |
| Espontaneidad                           |    | x  |    |   |    |    |    |
| Flexibilidad                            |    |    |    | x |    |    |    |
| Franqueza                               |    |    |    |   |    | x  |    |
| Generosidad                             |    |    | x  |   |    |    |    |
| Honestidad                              |    |    |    |   |    | x  |    |
| Humor                                   |    |    | x  |   |    |    |    |
| Ingenuidad                              |    |    |    |   | x  |    |    |
| Iniciativa                              |    | x  |    |   |    |    |    |
| Inteligencia                            |    | x  |    |   |    |    |    |
| Irritabilidad                           |    | x  |    |   |    |    |    |
| Lealtad                                 |    |    |    | x |    |    |    |
| Magnanimidad                            |    |    | x  |   |    |    |    |
| Memoria                                 |    | x  |    |   |    |    |    |
| Modestia                                |    |    |    |   |    | x  |    |
| Necesidad de protección                 |    |    |    |   |    |    | x  |
| Obediencia                              |    |    |    |   |    |    | x  |
| Orgullo                                 |    | x  |    |   |    |    |    |
| Paciencia                               |    |    |    |   | x  |    |    |
| Perseverancia                           |    | x  |    |   |    |    |    |
| Poder de captación                      |    |    |    |   | x  |    |    |
| Respeto a la autoridad                  |    |    |    |   |    |    | x  |
| Sensibilidad                            |    |    |    |   | x  |    |    |
| Sentido del deber                       |    |    |    |   |    |    | x  |
| Sumisión a las influencias externas     |    |    |    | x |    |    |    |
| Taciturnidad                            |    | x  |    |   |    |    |    |
| Tendencia a distraerse                  |    |    |    | x |    |    |    |
| Tolerancia                              | x  |    |    |   |    |    |    |
| Valentía                                |    | x  |    |   |    |    |    |
| Velocidad de agotamiento                |    |    |    |   | x  |    |    |

No era conveniente que las excursiones al barrio de las clases inferiores se sucedieran muy seguidas; hasta un investigador habría podido llamar la atención. Por eso, Ben siguió trabajando con las estadísticas, pese a que los resultados no brindaban indicaciones útiles.

Durante los segundos que la computadora necesitaba para realizar complejos análisis de relaciones, Ben cavilaba acerca de cómo podría activar los recuerdos que sin duda dormitaban en algún rincón de su cerebro. El camino oficial le estaba vedado, y los medicamentos y drogas habituales tampoco podían atravesar la barrera de su memoria; pero existía otro camino que, ciertamente, lo desviaba de los senderos de su seguridad.

El racionamiento de los medicamentos psicógenos inducía una y otra vez a algunas personas a obtenerlos por vías prohibidas. Sobre todo para las personas que trabajaban en fábricas bioquímicas y farmacéuticas, su saber profesional significaba una gran tentación. A esas personas no les resultaba difícil eludir las prohibiciones. La forma más simple era la de extraer el aditivo que provocaba malestar y abrir así el camino para tomar concentraciones más elevadas de los preparados autorizados, lo cual llevaba a diversos estados de embriaguez. Pero además, algunos bioquímicos y farmacéuticos tenían acceso a las instalaciones sintetizadoras que, a pesar de todas las medidas de seguridad, podían utilizarse de vez en cuando y durante pocos minutos para fines privados y no muy limpios. Las personas inteligentes sólo hacían uso de estas posibilidades para procurarse a sí mismas unas horas de ingravidez, de alivio, de introspección, de armonía con ellas mismas y con su mundo. No obstante, nunca faltaba gente que vendía pequeñas cantidades de aquellos productos a cambio de puntos.

Por la noche, después de cenar, Ben fue a ver a Rex Oman, quien siempre estaba informado cuando se trataba de cosas de las que era preferible no hablar en público.

Cuando Ben pasó a hablar de drogas, Rex se mostró marcadamente reservado.

—¿Para qué necesitas esas cosas? ¡No querrás contarme que de pronto tienes ganas de embriagarte! Si quieres que te ayude debes decirme de qué se trata.

Ben ya había analizado antes si convenía confiarse a Rex; pero el problema que le aquejaba era demasiado grave. Por otra parte, tampoco podía contentarlo con una excusa.

—Te lo diré —dijo Ben—, pero tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie: tengo la sensación de que en mi vida hay una época que he olvidado por completo. Y quiero averiguar lo sucedido en esa época.

—¿Y por qué no visitas a un psiquiatra? ¿Por qué no formulas un pedido de reactivación de la memoria?

—Lo he intentado, pero ha sido rechazado —contestó Ben.

—¿Tal vez un bloqueo psíquico? ¿Ya has pensado en esta posibilidad? ¿Has sido

quizá testigo de algún crimen, y quieren mantenerte alejado de recuerdos atormentadores? Eso suele suceder.

—Desde luego, también he pensado en esa posibilidad. Pero ¿de qué me sirve si quieren protegerme? En los últimos tiempos siempre me despierto en medio de la noche con fuertes palpitations y con la sensación de que ha ocurrido algo que procuro asir y que en el último momento se me escapa. Ya no aguanto esta incertidumbre. Quiero saber qué hay detrás de todo esto: no puede ser peor que mis pesadillas.

Rex meditó un momento y luego dijo:

—Quizá tengas razón. La mejor forma de superar estas cuestiones es llegar a verlas con claridad. Pero no comprendo por qué los psiquiatras no pueden hacer nada...

—¿Quieres ayudarme?

Rex miró a su alrededor y luego susurró:

—Está bien, si me prometes no decir mi nombre bajo ninguna circunstancia. Presta atención: no basta con unas pocas dosis de un fortificante para la memoria. Necesitas que un especialista se ocupe de ti...

—¿Podrías recomendarme un especialista?

—Escúchame: irás un viernes por la noche, entre las ocho y las diez, a los lavabos del estadio de bicicletas, bloque E. Te encierras en la última cabina de la izquierda e introduces tu tarjeta magnética F en una hendidura debajo de la pared lateral izquierda. Si tienes suerte, alguien correrá la pared y podrás pedir lo que necesitas. Desde luego, la cuestión no es barata.

—Pero eso significa entregarme en manos de estafadores... ¿Por qué precisamente la tarjeta de viáticos?

—Te la devolverán. Pero, si no tienes confianza, ¿cómo puedes esperarla de la otra parte? Haz lo que quieras... yo te he dado el dato. Pero no olvides lo prometido: ¡no quiero tener nada que ver, no sé nada del asunto!

Saludó a Ben apresuradamente y lo dejó solo.

Por la noche, Ben se encaminó al bloque E. El estadio estaba repleto, y los gritos de estímulo de la multitud penetraban sordos en las regiones internas de la construcción de cemento armado, en las instalaciones de calefacción y de refrigeración, en el cuarto de los generadores, en la estación emisora, en las cocinas y cantinas, en los depósitos de los aparatos gimnásticos, en las cabinas, baños y duchas, en los lavabos y urinarios...

Ben conocía bien el estadio, pero era la primera vez que estaba en esta parte interna. Era un laberinto todo gris; paredes de cemento armado, escalones de chapa estampada, pasillos interminables, apenas iluminados por la luz verdosa de las lámparas de radio, muros combados que seguían la curvatura del edificio circular,

todo lo cual generaba una perspectiva distorsionada que dificultaba encontrar el camino.

Se encontró con pocas personas. Le parecieron tan grises como los muros, como si huyeran de la luz, incorpóreas... Se sorprendió tanto más al entrar en los lavabos: aquí había casi una docena de hombres, y al querer entrar en la primera cabina de la izquierda se dio cuenta de que estaba ocupada y que había otra persona que esperaba para entrar; que detrás de ésta se había apostado una segunda persona; y que, en realidad, se trataba de una fila de espera, no tan ordenada como delante de puertas y ventanillas, pero igual de lineal y permanente. Los hombres estaban situados un poco al azar, no uno detrás de otro, pero cada uno de ellos sabía cuándo le tocaba, y también Ben notó inmediatamente que cuando intentaba colocarse en un sitio que no le correspondía surgía un murmullo, unas expresiones de enfado, unos gestos insinuados... Finalmente se situó el último, cerca de la salida, esperando junto con los demás, intentando ocultarse tras una expresión neutra de su rostro...

Miró discretamente a los otros... En aquella compañía no se sentía bien. Aquellas personas no presentaban ningún aspecto extraño ni se comportaban de modo anormal... Sin embargo, a Ben le parecía que tenían algo que esconder, que se hallaban bajo una tensión oculta; que les costaba contenerse —uno balanceaba nerviosamente su pie, otro giraba el botón de su *overall*, un tercero parpadeaba sin cesar y un cuarto mordisqueaba su labio inferior.

Entró un hombre que miró sorprendido a su alrededor... los demás adoptaron actitudes indiferentes, pero todos lo observaron por el rabillo del ojo, y Ben hizo involuntariamente lo mismo... y se dio cuenta de que, a pesar de no haber hablado con ellos ni una sola palabra, ahora formaba parte de ese grupo. Y de que si algo salía mal, si de pronto entraba precipitadamente un comando de agentes de seguridad y los detenía, él pasaría días y semanas junto a ellos sin poder demostrar que había venido por primera vez y que todavía no había ocurrido nada ilegal.

El hombre ordenó su ropa y abandonó el recinto. Y por fin se abrió la puerta de la cabina de la izquierda y entró el siguiente...

Pasó casi una hora hasta que se abrió la puerta delante de Ben; penetró en el cuarto diminuto con una sensación sumamente desagradable. Cerró bien la puerta, vaciló un instante y luego, tal como Rex se lo había recomendado, introdujo su tarjeta F de viáticos en la hendidura que efectivamente encontró en el lado izquierdo a poca distancia del suelo. Y entonces se entreabrió la pared, y como Ben no se movió, lo cogió una mano delgada y lo hizo pasar por la abertura.

Se encontraba en una pieza estrecha y casi vacía con un cielo raso inclinado; aparentemente era un nicho desocupado debajo de las gradas para el público. Cinco lámparas de radio ordenadas en serie brindaban una luz fantasmagórica que volvía aún más siniestra la figura que ahora estaba de pie delante de Ben.

—¿Qué quieres? —preguntó una voz ronca, y como Ben no respondió en seguida, la voz prosiguió diciendo—: ¿Quién te ha enviado? ¿Es la primera vez que vienes?

El hombre lo observó con desconfianza y se colocó desagradablemente cerca de Ben. Era viejo, consumido, las ropas colgaban alrededor de su cuerpo como si fuera un esqueleto. Sus ojos estaban muy hundidos en las órbitas y llenos de desconfianza.

—Di de una vez qué es lo que quieres. ¿Deseas ver colores u oír el canto de los ángeles? ¿Quieres hacer un trip al otro mundo? ¿Quieres ser durante una hora el diablo... o Dios? —Revolvió un montón de cajitas desordenadas, sacó una ampolla, levantó una jeringa...—. ¿No sabes qué elegir? ¿Quieres que te aconseje? Elige dos horas de sueños. No quedarás decepcionado...

—¿Quién eres? —preguntó Ben. Ahora se dio cuenta de que el otro tenía miedo y quería desembarazarse de él cuanto antes—. ¿Eres realmente un psicólogo? ¿O sólo eres un químico que con los desechos prepara soluciones podridas?

La mano del otro tembló.

—¿Quieres engañarme? ¿Eres del servicio de seguridad?

—¡Respóndeme! —le espetó Ben.

—¡Por la paz: en voz baja! —El viejo adoptó una actitud sumisa—. Soy psicólogo, tengo instrucción completa. Me han bajado de categoría..., no ha sido mi culpa...

—¿Puedes eliminar un bloqueo de la memoria? ¿Tienes los medios para una reactivación? No es cuestión de meditar: ¿puedes hacerlo, sí o no?

El viejo retrocedió hasta la pared.

—¡Déjame en paz! No quiero tener nada que ver con esas cosas. Tal o cual droga, algunas pastillas estimulantes: eso no le hace daño a nadie. Algunas personas la necesitan. Yo se las doy. Eso es todo... Las cuestiones políticas no me interesan; ¡no trabajo contra el Gobierno, no trabajo contra el Estado!

Ben avanzó un paso. Era la autoridad, y el otro obedecería de acuerdo... de acuerdo a lo que todos habían aprendido: a someterse a la voluntad de los superiores.

—¡No pierdas el tiempo! ¡Comienza!

—Carezco de los medios adecuados. Cómo podría...

La voz de Ben se volvió impaciente.

—¡Creo que sí los tienes! —Se acercó a la mesa, levantó algunas cajitas, sacó las ampollas, las dejó caer...

—¡Cuidado! —exclamó el viejo.

—Entonces...

Ahora se modificó la conducta del hombre.

—¡Pero te costará mucho! No te quedará mucho de tu tarjeta de viáticos.

A Ben le daba igual. Le quedaban los suficientes puntos de premio para poder permitirse una nueva tarjeta de viáticos. Dicho sea de paso, era astuto hacerse pagar con billetes; éstos podían cambiarse en todas partes por puntos, y sin que el hecho se registrara.

El viejo sacó una ampolla de una cajita, buscó la jeringa..., extrajo con ésta un líquido claro... Al inyectarle en la vena, dijo:

—Comenzará a actuar dentro de unos veinte minutos. Desaparece y procura alejarte lo más que puedas. Escóndete en algún sitio y no creas que puedes engañarme. Yo no volveré nunca más. Saldrás detrás de mí..., un minuto después.

—Dame dos ampollas más —ordenó Ben, y tendió la mano. El viejo le lanzó una mirada llena de odio, pero luego revolvió su montón de cajitas, separó dos de ellas y se las alcanzó a Ben. Juntó rápidamente las demás y las colocó en una bolsa plástica de las que se usan para transportar desechos. Se la echó a la espalda, abrió la pared y desapareció. Cuando Ben salió poco después, se topó con una docena de hombres con una expresión de desconcierto total. No miró a derecha ni izquierda y salió.

Primero, Ben no había tenido miedo a la intervención en su memoria. El método tenía una larga tradición clínica y se aplicaba a menudo en casos rutinarios en los que se trataba de despertar conocimientos olvidados. Esto a menudo evitaba largos y esforzados cursos de repetición. Con frecuencia también se realizaba una reactivación por causas médicas o psiquiátricas, y además —cosa que no todos sabían, pero que Ben conocía muy bien— era un instrumento de la jurisprudencia: por ejemplo, para corregir declaraciones testimoniales sobre sucesos ocurridos mucho tiempo atrás. Ben jamás había oído decir que este procedimiento produjera consecuencias desagradables, dolores, malestar u otras manifestaciones por el estilo. Por otra parte, ignoraba qué fármaco le había dado el psicoquímico ilegal, y por eso pensó en la posibilidad de esconderse en algún rincón apartado durante su trance, únicamente para no llamar la atención. Pero luego decidió regresar a su bloque de viviendas; podía llegar justo a tiempo antes del reposo nocturno. Al introducirse en su camarote notó que su campo visual ya estaba comenzando a reducirse, de modo que se echó vestido en la cama, y en ese momento, efectivamente, la realidad se hundió en una difusa niebla de imágenes y de personajes.

# I

*La pelea estaba en pleno apogeo. La policía había logrado despejar de manifestantes el sitio delante de la entrada a la estación de ferrocarril, pero la multitud empujaba desde atrás.*

*Como siempre, eran sólo unos pocos los que se aventuraban a recurrir a la violencia. Algunos habían intentado protegerse con cascos, con lo cual se libraban de los peligrosos golpes de palos en la cabeza. Los demás tenían pocas posibilidades. Debilitados por las heridas y aturcidos por el dolor, uno tras otro era detenidos. Se los acorralaba en algún rincón del edificio de la estación en la que había comenzado la revuelta...*

*Ben estaba de pie más atrás, donde todavía se podía respirar y desplazarse un poco. Su labio estaba sangrando; lo tocó suavemente con un pañuelo. Una manga de su chaqueta estaba semiarrancada. Habían transcurrido sólo pocos minutos..., un grupo de policías había intentado abrirse camino a través de la multitud, a lo que Ben, junto con otros, se había opuesto; pero su propósito era ridículo, contra cachiporras y látigos eléctricos.*

*El día estaba oscuro; era una mañana en que la luz solar apenas atravesaba el compacto techo de nubes. Algunos faroles del alumbrado público habían sido destruidos por pedradas, y por eso se había desconectado la red eléctrica. Por consiguiente también estaba paralizado el tránsito en un gran entorno del escenario de la revuelta.*

*Megáfonos que ladraban órdenes, gritos de la multitud, que se condensaban en un coro piafante. Luego, unos ruidos secos: granadas de gases lacrimógenos...*

*Ahora centelleaban unos reflectores que iluminaban el frente de la estación. A veces lo cruzaban sombras gigantescas. Parecía un espectáculo, un acto ritual en un escenario... Los más eran espectadores condenados a la inacción. Eso era lo que le resultaba directamente insoportable a Ben: el hecho de no poder defenderse. Miró su reloj. Eran las 9.45: de nuevo llegaría tarde a la oficina. Se dio la vuelta y se abrió paso por entre la multitud, que tenía los rostros ensombrecidos, como si no supiera lo que estaba ocurriendo.*

*Ben comenzó a correr. El banco de datos no estaba lejos. Reflexionó si le convenía accionar formalmente el reloj de control..., bastaba con introducir una ficha perforada usada. Pero luego desechó esa idea: faltaría la impresión de la fecha en su tarjeta identificatoria, y de todos modos su nuevo retraso no pasaría inadvertido.*

*Antes de entrar a los cuartos de trabajo pasó por el lavabo e intentó asearse. El labio estaba un poco hinchado, y creía sentir un enorme chichón, pero el espejo le convenció de que la cuestión no era tan grave ni mucho menos. Se tocó con un pañuelo húmedo, luego se lavó la cara y las manos, se peinó... Finalmente se cubrió su chaqueta desgarrada con su ropa de trabajo.*

No se había engañado. Al pasar por el despacho de su jefe, Sam Borowski, éste lo miró a través de las paredes de vidrio.

—¿Qué le ha pasado esta vez? ¿Una visita urgente al médico? ¿Un control de documentación? ¿Una congestión de tráfico?

—Lo ha adivinado: ¡una congestión de tráfico! —respondió Ben con tozudez—. Seguramente habrá oído que ha habido disturbios. Desde hace dos horas no circula ningún tren rápido.

—Pero también sé que usted vive a menos de diez minutos de aquí y que por lo tanto no tiene por qué usar el tren... —Hizo un gesto de rechazo cuando Ben quiso interrumpirlo—. Desde luego, usted puede citarme media docena de motivos de por qué ha llegado tarde. Lo único extraño es que eso no les suceda a sus colegas. Le toca siempre a usted. ¡Por favor, comience a trabajar!

Ben se tragó la respuesta que querría haberle dado. Abandonó el despacho sin saludar a Sam.

No se dirigió en absoluto hacia su oficina, sino que fue directamente a la sala de cálculo. Como lo esperaba, sus amigos estaban reunidos en un sector de la sala que estaba separado por una serie de compartimientos, de modo que quedaba fuera del campo visual del jefe.

—¿Has participado, Ben?

—¡Santo cielo, te han pillado!

—¡Cuéntanos!

—Hablad en voz baja —pidió Ben—; he vuelto a causar una mala impresión. Pero no puedo quedarme sentado mientras afuera se está luchando.

Los demás lo rodearon impacientes:

—No te hagas el interesante. ¿Qué ha ocurrido?

Ben informó de prisa... El origen de los disturbios partió de las taquillas de la estación del ferrocarril suburbano. Las habían automatizado poco tiempo atrás, acoplándolas al sistema automático central. Como muchas otras veces, había habido una avería, y en esta oportunidad se había producido en un momento especialmente desagradable: a la hora en que los habitantes de los suburbios estaban en viaje hacia sus lugares de trabajo. Alguien había colocado mal su tarjeta, tal vez con el borde rojo hacia delante o con la superficie imantada hacia abajo... Entonces se había autoaccionado una conmutación de clausura: ya no podían moverse los molinetes, nadie podía avanzar hacia los andenes. La gente se agolpó delante de las taquillas; eran cada vez más, y poco a poco hicieron sentir sus protestas; como otras tantas veces, se manifestaban en contra de la computarización de la ciudad, que había comenzado poco tiempo atrás. Y luego comenzaron a volar las primeras piedras...

Un colega dio una señal, se sintieron pasos, todos se distribuyeron rápidamente en los pupitres, en los cuartos de microfilmes, en los puestos de las fotocopiadoras automáticas...

—¿De nuevo están realizando una asamblea? —preguntó Borowski—. Por favor, señores, comiencen a trabajar. Saben que justo en estos días estamos retrasados en nuestros plazos. Espero que cada cual colabore lo más posible.

Se separaron de mala gana y se distribuyeron en sus puestos. Después de sonar el primer timbre del mediodía ya se habían juntado de nuevo.

—Acaba de llegar una noticia: ¡han detenido a cincuenta personas! —Era François el que había entrado corriendo con esta información. Extrajo una radio a transistores plana del bolsillo de su abrigo, la encendió y subió un poco el volumen. Pudieron escuchar el informativo, en el que, con tono tranquilizador, se leían textos nada tranquilizadores:

«...Entre las diez de la noche y las seis de la mañana queda prohibido detenerse en las calles... y por eso se ha propuesto que se juzgue de modo sumario a los culpables cogidos in flagranti al ocasionar daños materiales...»

—¿Sabéis qué significa esto? ¡El estado de excepción!

—Hardy tiene razón —exclamó Edwige, la única programadora femenina—. ¡Os lo había predicho hace una semana!

Hardy se acercó a la ventana y con un pequeño salto se sentó en el alféizar.

—¡Gritos de Casandra y lamentaciones! Ésa es toda nuestra contribución. Estamos aquí sentados en nuestras oficinas, contentos de que algo nos saque de nuestra rutina diaria, a pesar de que nos sucede lo mismo que a los demás. No somos mandamás apoltronados en sillones de cuero... Somos unos perritos falderos que tenemos que defender nuestra libertad del mismo modo que los demás mortales.

—¿Qué quieres hacer? ¿Te parece prudente armar una gresca con los cascos negros?

—¡Prudente, prudente! ¿No hay que obedecer alguna vez a una voz interior, ponerse al servicio de una cosa importante, sin comenzar poniendo reparos?

Jonathan intentó dominar con la voz el barullo de los demás. Su posición era privilegiada, pues no sólo era matemático sino también psicólogo. Sus observaciones siempre tenían sentido.

—No veo que haya una contradicción. ¿Por qué no puede lucharse por una cosa importante sin dejar de ser prudente?

—¿Y qué es lo que propones?

—Hay algo que me llama la atención —opinó Jonathan—. Acordaos de cuál ha sido el origen de los disturbios de hoy.

—¿Te refieres a las aglomeraciones en la estación?

—¿Por qué las hubo? Están relacionadas con el sistema de control electrónico. Un pequeño defecto, una perturbación enorme. Hoy no ha sido más que una casualidad. ¿No sería posible activar un poco esta casualidad? ¿Y quién mejor que los especialistas para hacerlo?

Callaron pensativos. Luego, uno de ellos dijo con admiración:

—¡Vaya! Creo que eso es bastante cierto.

Debatieron un rato. Billetes preparados, relojes paralizados, instrumentos mal calibrados..., efectivamente, todo eso era relativamente fácil de lograrse. Y sabían qué había que hacer. El sistema electrónico era relativamente sensible: pequeñas desviaciones en los formatos, cortes insignificantes en las tarjetas, una imantación borroneada... y ya quedan detenidas las instalaciones. Se discutieron cada vez más ideas. Las máquinas automáticas de dinero en las tiendas, la regulación de los semáforos, de la distribución de agua, de la red eléctrica..., había calefacciones a distancia y aire acondicionado que se regulaba desde centrales, había medios de comunicación de noticias, teléfonos y videófonos, correo neumático y transmisión de imágenes de fibra de vidrio, dirigidos desde centrales... y todo ello funcionaba con ayuda de tarjetas perforadas, de tarjetas magnéticas, de cintas magnéticas, con ayuda de sistemas de procesamiento de datos, con ayuda de programas... Y la elaboración de esos sistemas..., ésa era la tarea de ellos y de muchos colegas en este y en otros institutos. De pronto se dieron cuenta del poder inherente al status de un programador.

—Ahora lo comprendéis: si queremos, todo el sistema se derrumba —dijo Jonathan—. Sólo es necesario que nos pongamos de acuerdo. Debemos convencer al mayor número posible de colegas de que no deben participar sin oponer resistencia. Al fin y al cabo están perdiendo su propia libertad. Primero debimos elaborar sistemas de bancos de datos, luego se trató de la difusión y selección de noticias... y, ¿qué es eso sino la censura? Y finalmente se agregó la vigilancia: ¡nos hemos convertido en espías! ¡Y ahora se añade la computarización de la ciudad! ¿Qué es eso sino un instrumento de la represión?

Se oyeron algunos aplausos, pero luego los contuvieron. Al fin de cuentas no se hallaban en un local de votación, sino en una sala de cálculos, y por añadidura en una gubernamental.

—A partir de muchas charlas con colegas —dijo Edwige— sé que hay muchos que no quieren doblegarse. Quien piense un poco se da cuenta de lo que pasa. Debemos contactar con ellos, debemos llevarlos a que todos realicen acciones conjuntas.

—Edwige tiene razón —opinó Ben—. Propongo que cada cual busque en el círculo de sus conocidos a las personas a quienes podamos confiar nuestro plan.

—¿Y cuánto tardaremos? ¿Semanas o meses? ¡Es muy difícil sacar de su letargo a un número elevado de personas! Bien..., reconozco que debemos intentarlo. Pero ¿no haremos más que eso?

—Es casi imposible mantener en secreto una actividad en la que participen muchas personas —dijo Jonathan—. No creo que la cuestión sea viable si participa un gran número de correligionarios. Pensad en lo que os he dicho: nuestro saber y la posibilidad de intervención que nos da nuestra labor nos otorgan un poder que apenas podemos vislumbrar nosotros mismos. Podemos ejercerlo también en un grupo reducido; eso me parece más razonable.

—Soy de la misma opinión —afirmó François—; estoy a favor de que no se ponga en el secreto a nadie más. Y que, en cambio, comencemos inmediatamente. Propongo que empleemos esta tarde para seleccionar todas las posibilidades de una intervención. Que cada cual anote lo que se le ocurra; nos encontraremos al atardecer y analizaremos cuáles son las propuestas más útiles y por dónde comenzaremos.

—De acuerdo —dijo Ben—, y lo mejor será que ahora vayamos a comer para no llamar la atención.

Quedaron en encontrarse a las ocho de la tarde en la cantina sita al lado de la cancha de bolos —un sitio popular entre los integrantes del banco de datos—; hoy había allí pocas personas; los acontecimientos políticos habían convulsionado a todos, de modo que Ben y sus amigos eran los únicos visitantes de la cantina.

Al poco tiempo había un montón de hojas con notas en la mesa; contenían todas las propuestas para sabotear el sistema de máquinas automáticas. De nuevo se sorprendieron de la multiplicidad de posibilidades de una intervención perturbadora. Acabaron hablando muy apasionados, pero sin dejar de ser realistas. La discusión parecía más bien un complicado discurso científico, y no la preparación de medidas revolucionarias.

Al final podían exhibir una lista notable; era bastante más que una enumeración. Todos habían puesto sus conocimientos a disposición de la causa, con lo cual había surgido una serie de datos que se consideraban ultrasecretos, tales como códigos para descifrar material vedado, directivas internas para averiguar datos no destinados a la opinión pública, etc. Además había muchas indicaciones prácticas respecto de cómo dejar fuera de servicio las máquinas automáticas periféricas, es decir, por ejemplo, autómatas de pago y de cobro, seguros de entradas y de ascensores, teletipos y estaciones de visión de datos para la comunicación general. Naturalmente, aún no poseían todos los conocimientos necesarios para concretar sus ideas, pero lo que faltaba podría conseguirse...

Ben dobló cuidadosamente las hojas con las anotaciones y las introdujo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Aún deberemos ocuparnos un tiempo en esto —dijo— hasta que hayamos probado y verificado todo. Lo mejor será comenzar con acciones perturbadoras menores... para comprobar si la cosa marcha según lo esperado.

—Y entretanto nos prepararemos para el gran golpe —completó François—. Eso será el signo para la rebelión.

Jonathan asintió:

—Y esta vez tenemos una auténtica posibilidad..., pues paralizaremos todos los medios de información y vehículos utilizados por la policía.

Un ruido en el altoparlante, y luego una voz:

—Señor Ben Erman al videófono. Señor Ben Erman al videófono.

Jonathan se dirigió a Ben:

—¿Quién sabe que estás aquí?

*Ben se encogió de hombros.*

—No se lo he dicho a nadie.

—Está bien, márchate —le exhortó François—, pero ten cuidado.

*Ben se levantó y abandonó la cantina. La cabina del videófono estaba afuera, al final del pasillo. Al entrar, Ben se dio cuenta de que estaba conectada la pantalla; la recorría constantemente la frase: «Espere, por favor.»*

*Los demás se habían intranquilizado un poco. Interrumpieron su conversación; estaban esperando a Ben.*

*Y luego aquellos que estaban sentados más adelante y, por tanto, más cerca de la entrada abierta a la caja de la escalera, aguzaron irritados el oído, y después también lo oyeron los demás: pasos ruidosos de pesadas botas de cuero. En menos de tres segundos los rodeó un doble círculo de hombres uniformados. Todos tenían el mismo aspecto: en una mano la porra, en la otra el látigo de alto voltaje.*

*Finalmente atravesó las filas un hombre pequeño e insignificante de civil, y todos se asustaron: el jefe del servicio secreto, quien aparecía a veces en las revistas y programas de televisión. Era, sin embargo, una cara difícilmente olvidable para quien no tenía la conciencia muy limpia...*

—Creo que ya basta —dijo. Fue parándose delante de cada uno y examinándolo con la mirada—. Así que queréis golpear donde más duele. Creo que os daréis cuenta de cuán infantiles han sido vuestras ideas. ¡Quedáis detenidos!

*Un minuto después, la pieza había quedado vacía.*

La mañana siguiente transcurrió como en sueños para Ben. Le parecía que aún no se había despertado, que se encontraba en un tiempo imaginario, en un espacio imaginario que separaba el reino de los sueños de la realidad.

El timbre de las seis de la mañana lo había arrancado de un mundo que ahora de pronto había vuelto a ganar existencia. Ese mundo no le parecía verdadero, pero había sido extraído de algún dominio y ahora ya no podía borrarse. ¿Era verdad o sueño? ¿Era una porción de pasado o un extracto de esos mundos paralelos de los que había oído hablar en las clases de física? El límite entre la inexistencia, la posibilidad y el mundo real se había difuminado, y cabía la duda de si alguna vez podría volver a trazar fronteras nítidas.

Sin embargo, Ben había comprobado con alivio que la operación no le había acarreado malos efectos secundarios o posteriores. Evidentemente había pasado una noche tranquila, sin darles a los demás un indicio de que no había tenido un sueño normal, sino que había realizado una excursión a lo inconcebible. Y si ahora realizaba sus rutinas y obligaciones de modo ensoñado y mecánico, si se lavaba y se peinaba, comía y bebía, practicaba los ejercicios gimnásticos y participaba en el coro hablado, había sin embargo otra cara de su conciencia, una cara que a duras penas lograba dominar toda esa vorágine de novedades que lo había inundado en brevísimo tiempo.

Hacia el mediodía ya se había dominado notablemente, y a las catorce estaba sentado con aspecto tranquilo delante de su pantalla y activaba la conexión con la unidad de trabajo.

Los caracteres habituales tardaron un tiempo desacostumbrado en aparecer en la pantalla. Desacostumbrado: se trataba de fracciones de segundo, pero el tiempo era largo en relación a la velocidad de los procesos de remisión y llamada. Echó un primer vistazo al tiempo de control..., no se había anotado el valor del día anterior, pero estaba seguro de que faltaban por lo menos diez minutos. Alguien había estado en su sitio de trabajo y había llamado el contenido de los datos del análisis de Ben. ¿Con qué objeto? ¿Y quién había sido? ¿Había llegado el momento temido: el de su desenmascaramiento? ¿Se había revelado su juego, habían descubierto sus manejos?

Salvo algunas irregularidades que sólo podía notar él como especialista, nada señalaba la intromisión. Podía haber sido un jefe, un controlador, un colega... Claro que el motivo también podía ser un manejo descuidado del aparato antiestático de un integrante del equipo de limpieza o del equipo de reparaciones que repasaba las instalaciones de noche. Pero por mucho que le habría gustado hacer valer aquellas posibilidades, Ben sabía perfectamente que no podía accederse al material de datos sin un conocimiento del código.

Cualquiera fuera la causa, en este momento no podía averiguarla, de modo que llamó una vez más los datos de Hardy Weman, número identificadorio 14-5566850-19 W. Y también observó la serie de fotos de Weman, que se renovaban todos los años.

Esta cara no era simpática; parecía ser joven, pero observándola más de cerca mostraba una expresión resignada, como se la encuentra sólo entre los viejos poco antes de su ordenamiento en la categoría Z, la de la nihilación. Tenía los cabellos negros, el mentón un poco bajo..., era un gesto de desprecio que había ido grabándose año a año con fuerza cada vez mayor.

Ben miró la hora: aún era temprano —las catorce y veinte—, de modo que decidió espontáneamente buscar a Hardy ese mismo día. Ya no estaba seguro de durante cuánto tiempo podría proseguir sus averiguaciones sin ser molestado.

## **Carta doctrinaria sobre el problema de la formación de los jóvenes**

En la época arcaica se presenta una falta de responsabilidad social especialmente pronunciada en la cría y en el cuidado de la descendencia. Los hechos de consecuencias más graves eran los siguientes:

- a) Se dejaba librada la cuestión de la descendencia a la iniciativa privada.
- b) El número de los hijos producidos dependía de influencias y decisiones casuales.
- c) Cualquier persona podía intervenir por propia voluntad en el proceso de multiplicación.
- d) No había ninguna consideración de circunstancias de salud hereditarias.
- e) No había leyes de selección genética.
- f) El cuidado de los lactantes y de los párvulos se dejaba a cargo de la pareja de progenitores.
- g) De este modo, los primeros intentos de instrucción y educación se dejaban al arbitrio inexperto de personas privadas.
- h) Aun en el estadio de alumnos, los niños quedaban librados a las nocivas influencias de la familia.
- i) La formación se realizaba siguiendo criterios de metas individualistas, no orientadas socialmente.

El predominio de enfermedades genéticamente condicionadas de índole física y psíquica, pero sobre todo la amplia dispersión incontrolable de características, hacía que la composición del material humano apareciera como sumamente inadecuado para la unión social. La consecuencia de ello era una situación de desequilibrio entre los deseos individuales y los deberes sociales pretendidos, que llevaba a frustraciones y agresiones. Así, la libertad del individuo se veía peligrosamente limitada; resultaba imposible un tránsito al grado de organización social inmediatamente superior. Por consiguiente, la Sociedad Libre ha tenido que desarrollar métodos totalmente nuevos de producción y cuidado de la descendencia.

Sólo se admiten para la procreación parejas calificadas de progenitores. Su disposición genética debe hallarse dentro de un margen de dispersión de  $\pm 2,5\%$ . Como norma hay que tomar el espectro de cualidades del ciudadano promedio representativo. El cigoto permanece durante seis semanas en el vientre materno, tras lo cual se lo expulsa mediante un *shock* hormonal. La maduración posterior ocurre en la incubadora. Durante las posteriores fases de desarrollo decamensual se introducen por lo menos tres tests intermedios para la adecuación genética.

El cuidado de los lactantes hasta el segundo año de vida se realiza en un ambiente esterilizado y exclusivamente mediante máquinas automáticas. Para la activación de las capacidades motoras y sensuales se aplica un programa de estímulos táctiles, auditivos, visuales y de otro tipo.

A partir del tercer año de vida, se reúne a los niños en divisiones escolares; personal especializado cuida de ellos según planes docentes establecidos. De este modo, el ciudadano en desarrollo aprende hasta su vigésimo segundo año de vida todos los modos de comportamiento que lo calificará para ser miembro pleno de la Sociedad Libre. Para fases posteriores de planificación se prevé la computadorización total.

De acuerdo a los acontecimientos biológicos, durante esa fase de maduración el individuo se halla en un estado psicológico especial que lo diferencia del adulto. Está caracterizado sobre todo por la disposición a asimilar cualquier tipo de información, por una mayor disposición al riesgo, por una menor capacidad de concentración, por una acrecentada preferencia por el pensamiento no convencional, por la aplicación de modos lúdicos de comportamiento aun en el dominio de tareas positivas. Como en esa fase los individuos son receptivos y abiertos al aprendizaje, hay que formarlos en todas las calificaciones sociales de terapia ocupacional y pseudoocupacional. Mientras que el hombre de la época arcaica arrastraba estos modelos infantiles de conducta al estadio adulto —con lo cual la sociedad se convertía en un crisol de opiniones y tendencias contradictorias—, el ciudadano de la Sociedad Libre alcanza un estadio de madurez auténtica, en el que ya no se adecua a la recepción de nuevas informaciones y a la adopción de nuevos modos de comportamiento, precondition ésta para una adaptación óptima y permanente al esquema de acción social existente. La adecuación al estadio adulto se realiza mediante un tratamiento hormonal semestral. Al final se realiza un *shock* adicional de memoria, que extingue en el ciudadano adulto de la Sociedad Libre el recuerdo de la fase de maduración y de aprendizaje,

recuerdo que no intervendría en su vida futura más que como factor de perturbación.

Como una infiltración de los modos característicos de pensamiento y de conducta de los niños jóvenes sería nociva para el estado de los adultos, la presencia de aquéllos debe limitarse a áreas cerradas. Toda comunicación entre esas áreas y el dominio exterior está totalmente prohibida y se elimina mediante controles automáticos.

## 9

Ben se había preparado bien para interrogar a Hardy; esta vez no se dejaría sorprender. Sabía dónde trabajaba Hardy: formaba parte de un equipo de limpieza encargado de quitar el polvo de las cañerías, tuberías y cables de fibra de vidrio. Su ámbito de trabajo era la cara oculta de las máquinas, aquella parte que trabajaba de modo totalmente automático y que se autodirigía. Aquí, los hombres resultaban superfluos, al menos en posiciones dirigentes. Lo único para lo que aún no se había hallado una máquina automática era aquel servicio de limpieza, que también requieren de vez en cuando las instalaciones técnicas.

Esta labor era peligrosa. Las zonas a las que tenían acceso los seres humanos estaban protegidas desde todo punto de vista —materialmente por dispositivos de seguridad, e idealmente por leyes y normas—. El cuidado de los hombres era tanto, que incluso se habían excluido destrucciones o heridas voluntarias; la pata de cada silla se habría quebrado sin consecuencias serias en caso de arrojársela a la cabeza del contrario. Hasta los cubiertos eran de plástico flexible, las paredes estaban acolchadas con gomaespuma, las cajas de enchufes sólo suministraban corriente de baja tensión. Pero, además, no había opositores: cualquier vestigio de agresión se sofocaba en su origen mediante el entrenamiento psicógeno y las medidas de prevención psiquiátrica, antes que pudiera tomar cuerpo.

Aquí, la situación era distinta... Ben lo percibió claramente al moverse en una vagoneta dirigida automáticamente por entre el entretejido de vías. Las mismas dimensiones no estaban adecuadas al ser humano: salas y túneles gigantescos, las estructuras desnudas de los puntales, ejes, tuberías..., escalones, derribos, ventanas abiertas que daban a pisos inferiores —todo eso sin pasarelas, sin luces de alerta, sin acolchonamientos—. El aire era malo; tuvo que usar su filtro respiratorio, pero al quitárselo por un momento no sintió el olor agrio de hidrocarburos oxidados, sino el de sustancias químicas desconocidas, tal vez de ozono, quizás de anhídrido cianhídrico. Sustancias dañinas, venenos... Ben se estremeció. Aquél no era un sitio para seres humanos, sino un infierno apenas apto para el mínimo existencial de las categorías más bajas.

Le habían dado un prospecto, un plano con cuya ayuda podía orientarse. De salas inmensas se pasaba cada tanto nuevamente a tubos estrechos... tenía que agacharse para esquivar los hilos de suciedad que colgaban del techo cual telarañas. Recorrió un trecho cuesta abajo y tuvo que aferrarse a los sostenes de la vagoneta. Luego, unas curvas suaves, un lecho de río subterráneo, un desagüe de sustancias químicas humeantes, y después, dos esclusas de aire, la entrada a la parte subterránea de una enorme calculadora de procesos, del dispositivo central de mandos de las funciones urbanas.

Allí, en algún sitio, debía de encontrarse Hardy... a la izquierda apareció la gigantesca pared con innumerables circuitos impresos en placas, a la derecha se

abrían los huecos de los aparatos de acondicionamiento del aire que, además del aire templado con precisión, también introducían sustancias surfactivas, que servían para la autocorrección de defectos de aislamiento que surgían de vez en cuando debido al envejecimiento del material y que antes habían constituido un serio problema.

Dos curvas más... pero entonces un grupo de hombres le cerró el camino; en las vías había una vagoneta de carga con una cruz roja de luz intermitente. El dispositivo automático desconectó el sistema de transportes antes que pudiera ocurrir un choque. Un hombre con el *overall* a rayas blancas y rojas de los asistentes sanitarios corrió hacia Ben y lo increpó:

—¡No ves la señal de alarma! ¡Despeja el camino, rápido!

Apareció un segundo hombre detrás del primero y dándole un empujón le advirtió:

—¡No, Paul! ¡Es el visitante anunciado!

Se dirigió a Ben:

—Llega demasiado tarde, a Hardy le ocurrió una desgracia. Él es a quien querías interrogar, ¿verdad?

Ben salió de la vagoneta; dos hombres se adelantaron y la sacaron de las vías. La vagoneta de carga volvió a ponerse en movimiento, y mientras pasó al lado de Ben éste contempló el rostro que había estudiado hacía apenas una hora en la pantalla: la cara fea y delgada que no parecía ni vieja ni joven, pero que aun en el desmayo expresaba un desprecio por el mundo circundante...

Ben se dirigió al hombre con el *overall* que parecía ocupar el puesto de jefe de equipo.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Acaban de encontrarlo. Pero lo examinaremos.

—Comenzad en seguida —exigió Ben.

Entretanto, de los pasillos laterales, cuyas desembocaduras no habían visto en la penumbra de franjas radioluminescentes, de los rincones y nichos, salió toda una horda de hombres de aspecto temerario, sucios y provistos de herramientas indefinibles. En algunos no podía reconocerse más que el blanco de sus ojos. Se aglomeraron y surgió un débil murmullo. Ben tenía la impresión de encontrarse en peligro, de que allí se habían acumulado emociones que en cualquier momento podrían descargarse contra él, a pesar de que no sabía por qué. Involuntariamente dio un paso a un lado y subió un escalón de la ferrovía, desde el cual tenía una visión más amplia y una mejor posibilidad para poder desaparecer en la oscuridad.

El hombre con el *overall* azul hizo una señal, y el murmullo cesó.

—¿Quién ha encontrado a Hardy? —preguntó.

—¡Yo! —Uno de los hombres se adelantó; sostenía una larga barra terminada en tres puntas y la apoyaba en el suelo como una lanza.

—¿Dónde ha sido?

—Allí, en el distribuidor. He llamado a Bill, y éste ha dado la alarma al personal

sanitario.

—¿Alguien ha visto cómo ocurrió? —El jefe del equipo miró inquisidor un rostro tras otro. Al alcanzarlos esa mirada, ninguno de ellos se movió, pero Ben tuvo la impresión de haber percibido un movimiento en la última fila, y al mirar hacia allí notó que un hombre alto y corpulento apretaba el antebrazo de otro, más pequeño, como queriendo ahogar cualquier acción que éste pudiera tener en mente.

—Eh... adelántate... ¡Sí, a ti me refiero! —Ben se dirigió al jefe—. ¡Quiero hacerte algunas preguntas!

Cuando el pequeño se acercó vacilante, Ben dijo:

—Soy un integrante del servicio de control; sabes que tienes que contestarme.

El otro asintió y bajó la mirada.

—Sé que has observado algo. ¡Dilo!

El hombrecillo meneó la cabeza. Ben esperó un rato, y luego le dijo al jefe de equipo, con una voz lo suficientemente fuerte como para que todos pudieran oírlo:

—Me lo llevaré. Y tú también vendrás conmigo y garantizarás que no haya dificultades. Supongo que sabes que estoy en contacto con la central mediante un telecomunicador.

Esta referencia surtió efecto, aunque fuera falsa; pero el respeto a las instancias superiores era algo que aquellos hombres llevaban en la sangre. Los tres hombres subieron a una vagoneta y se pusieron en movimiento, en dirección a la entrada.

Ben tenía claro que cualesquiera fueran los motivos aquel hombre no hablaría delante de sus colegas y que, sobre todo, debía alejarlo de los demás.

Tras llegar a la entrada del socavón, entraron en la cabina de vidrio del portero y Ben volvió a formular su pregunta. El hombrecillo le dirigió una mirada interrogativa al jefe de equipo, y éste asintió diciéndole:

—¡Tienes que contestar!

—Es cierto, lo he observado. No ha sido un accidente. Hardy había arrancado dos cables del carril tomacorriente. Cogiéndolos por el extremo aislante los alzó a la altura de su cabeza, y se colocó las placas de contacto en las sienes, una a la derecha, la otra a la izquierda. Fue horrible, la corriente lo sacudió, lo tironeó hacia uno y otro lado. Su rostro tenía una expresión demente. Luego cayó al suelo. —El hombre calló.

—¿Eso fue todo?

—¡Sí!

—Está bien —dijo Ben—, y ahora quiero ver a Hardy... ¿Dónde está?

Entró en la sala sanitaria junto con el jefe de equipo. Hardy yacía en una camilla; a su lado había un médico. Al ver entrar a Ben se levantó y fue a su encuentro.

—Un electroshock grave —declaró—. No comprendo cómo pudo haber ocurrido... Tiene que haber entrado en contacto simultáneo con dos conductores de electricidad.

Ben vio que Hardy tenía los ojos abiertos, pero yacía inmóvil, la mirada dirigida al techo.

—¿Está consciente?

—Está despierto —confirmó el médico—. Si la tensión hubiera afectado a otras partes del cuerpo, quizás sólo estaría paralizado, y eso podría arreglarse. Pero ha atacado su cerebro. Sí, está despierto. Pero ¿estará consciente? ¿Reconoce qué sucede a su alrededor? ¿Tiene recuerdos? ¿Quién lo sabe?

Ben se acercó calladamente al lecho y se inclinó sobre el accidentado. Al ingresar en el campo visual de Hardy, éste de pronto se rebeló y gritó:

—¡No sé nada, vete! No sé nada, nada, nada. No sé nada...

El médico apartó a Ben, pero los gritos continuaron.

—¿De qué se trata? —preguntó el médico.

—De momento ni yo mismo lo sé —respondió Ben. Se despidió y cogió el ascensor. Éste lo elevó al espacio vital seguro de la Sociedad Libre.

## **Anotaciones sobre el simposio “Orden y antiorden”**

Prólogo para la terminación de conceptos.

Orden: legalidad, regularidad

Antiorden: azar, caos, entropía

Antítesis: orden - caos

información - redundancia

determinación-indeterminación.

El acontecer en el macrocosmos en que vive el hombre está dictado por relaciones de orden. La única fuente de indeterminación es el microcosmos (procesos cuánticos), cuyas consecuencias en la estructura social pueden darse sólo según el modelo del reforzador de cuantos. Por esto se entiende un ordenamiento que transforma un microacontecimiento en un macroacontecimiento. Un ejemplo de ello es el sistema de amplificación que vuelve audibles o visibles los impulsos captados por los tubos de numeración. También se producen efectos de esta índole en organismos biológicos, por ejemplo, por cambios casuales en los genes que provocan mutaciones. Tales procesos intervienen en el acontecer cerebral, y llevan a reacciones espontáneas, a ocurrencias imprevisibles, a decisiones ilógicas, etc.

En situaciones geológicas, biológicas o sociológicas primarias, los acontecimientos casuales pueden llevar a veces a modificaciones que dan por resultado mejoras en relación al sistema ecológico del ambiente. Una vez que éste haya alcanzado un grado de organización superior, las influencias del azar tienen siempre una tendencia destructiva. Por tanto, en un estado social perfecto toda modificación inducida por el azar tiene que expresarse necesariamente en una reducción de la funcionalidad.

En un mundo controlado por los hombres no hay lugar para el azar. Nuestra tarea es excluirlo. Nuestro mundo debe ser controlado por entero y dirigido en todos sus aspectos. Las influencias del azar en el ámbito de la técnica llevan a accidentes, la espontaneidad en el ámbito social conlleva perturbaciones. Los grupos profesionales cuya tarea se basa en la producción de ideas y fantasías son elementos destructivos en la estructura social; la actividad de los inventores, reformadores, artistas y escritores actúa negativamente sobre la tranquilidad de los ciudadanos; por eso, estas profesiones se eliminan de las listas oficiales.

En el ámbito técnico, la aplicación de generadores de casualidades se permite sólo con un permiso especial, y sobre todo para objetivos de simulación y de investigación. Una vez superada la fase transitoria, el azar destructivo se elimina por completo de la estructura de acción del Estado social. Así, con un corte total entre el micro y el macrocosmos se logra un estado de orden perfecto.

El encuentro con Hardy había agitado a Ben mucho más de lo que quería confesarse. También había sido distinto que con Barbara, con la que se había encontrado cara a cara totalmente desprevenido. De Hardy se había ocupado mucho más detenidamente, pero además no era un extraño, por haber cumplido un importante papel en el sueño de Ben. Pero el Hardy de su sueño, ¿era aquel Hardy que ahora yacía en algún hospital porque quería borrar sus recuerdos antes de encontrarse con Ben? Si bien Ben era consciente de que había algún acontecimiento en el que estaban entremezclados él y sus tres contactos, de ningún modo era ya un hecho que todo tuviera que ver con algo sucedido realmente. Había visto a las personas actuantes tan sólo vagamente, como si fueran esquemas, centros de acción que se corporeizaban, tal vez al azar, en personas cualesquiera que en ese momento cumplían un papel importante en sus pensamientos.

Pero, sea como fuere, Ben estaba seguro de que el pasado se le había revelado de modo parcial, y se propuso aplicarse ya esa misma noche la segunda ampolla. Antes de hacer cola para la cena, su vecino de celda le hizo notar que había llegado una llamada para él. Entró en la cabina videofónica más cercana y marcó el número indicado. La pantalla se encendió, pero permaneció vacía.

—Es hermoso que nos hayamos reencontrado. Quiero verte...

Ben reconoció la voz inmediatamente, pese a que no citó su nombre: Barbara.

—Hola, ¿aún estás ahí? ¿Me escuchas?

—Sí —contestó Ben.

—Oye, ¿podemos encontrarnos esta noche? —Ella no aguardó la respuesta—. Te espero a las diecinueve treinta en la estación terminal del Metro, sector urbano oeste. ¿Has entendido? ¡A las diecinueve treinta!

La pantalla se oscureció, y Ben tuvo la impresión de que lo habían cogido por sorpresa. A pesar de todas las dudas, desde el primer momento era un hecho que aceptaría la invitación. Pese a todo su rechazo hacia la idea de encontrarse con una muchacha, prevaleció su curiosidad. Ésa era la confirmación: Barbara sabía algo acerca de su pasado. ¡Hoy lo averiguaría!

Al bajar del Metro repleto lloviznaba, y rápidamente se colocó su máscara respiratoria. Dejó pasar el grueso de viajeros a su lado y luego miró en torno suyo por la estación abandonada. Durante un minuto pensó que tendría que volver a su casa sin haber logrado su propósito; luego, de entre las sombras surgió una figura. Era Barbara. Lo cogió de la mano y lo arrastró junto a ella. Se mantuvieron en la sombra. A pesar de que en este barrio no eran, quizás, nada extrañas tales transgresiones, no quería que por nada del mundo lo vieran con una muchacha. La niebla satisfacía ese deseo, además de que las máscaras respiratorias y los abrigos contra la lluvia ocultaban a las personas escondidas en ellos en un anonimato uniforme.

Barbara lo llevó a un edificio. Esperaron unos segundos hasta que no hubo nadie cerca; luego entraron en el ascensor. Ben observó que Barbara marcó una extraña combinación de números, oprimiendo algunas teclas repetidas veces, como si hubiera más de los doce pisos a los que se podía llegar en ascensor. Tanto más se sorprendió de que ese pensamiento absurdo se correspondiera con la realidad. En la pantalla de cristal líquido aparecían brevemente los números de pisos ulteriores: 13, 14, 15... ¿Tal vez cuartos de maquinarias, entrepisos para recambios, terreno prohibido? La serie de números continuó, y el ascensor se detuvo tan sólo en el 76. Debía de encontrarse en uno de aquellos edificios-torre que en algunos sitios de la ciudad se elevaban a alturas desconocidas; las partes superiores de los mismos no podían verse jamás, por estar siempre ocultas en la niebla.

Salieron a un pasillo, y la sorpresa de Ben se volvió incredulidad: aquí había una sala con paredes cubiertas de espejos y de mármol, el piso estaba cubierto de gruesas alfombras, en el techo había un retículo de lámparas detrás de vidrio pulido. Barbara siguió arrastrándolo:

—No debemos detenernos aquí demasiado tiempo.

Llegaron a una puerta, y Barbara introdujo un pedazo de papel metalizado en la ranura para la tarjeta identificatoria. Aguzó el oído..., retiró rápidamente la hoja y apretó una tecla.

—¿Qué estás haciendo?

—Hoy este piso está vacío. Una amiga mía trabaja aquí de sirvienta. Ella me ha dado el dato. Me ha costado diez puntos.

—Pero ¿dónde estamos?

Habían entrado en un piso tan lujoso como el pasillo, con un techo muy alto, habitaciones enormes, en los que se necesitaban veinte pasos para ir de una pared a la otra.

—¿No lo sabías? Ésta es la vivienda de un integrante de la categoría B.

Se acercaron a un ventanal; la vista era fascinante. Se encontraban muy por encima del mar de nubes, en una zona de aire apenas turbado por sustancias en suspensión. Sobre ellos, la bóveda de un cielo azul oscuro; en el oeste había unas

nubes ampliamente extendidas en el horizonte e iluminadas desde abajo en tonos rosado-rojizos. En las profundidades ondeaba el mar gris del *smog*.

—No está mal vivir aquí, ¿verdad? —Barbara se había acercado mucho a Ben, y éste retrocedió involuntariamente—. ¿Qué te sucede? ¿No estás contento de que estemos nuevamente juntos?

—Oye, Barbara, no sé si soy el que esperabas. Parece haber una relación entre nosotros dos, pero no la conozco. Mis recuerdos... he olvidado todo.

—¿Olvidar? ¿Quién no quisiera olvidar? Pero ven, aprovechemos el tiempo.

Se acercó a un armario, lo abrió, y apareció toda una batería de botellas de todos los tamaños y colores, como presentada por fantasmal mano. Barbara sacó dos vasos y los llenó. Le tendió uno a Ben.

—¡Bebe! ¡Deja de pensar!

Alzó el vaso tocando el de Ben. Los cristales muy delgados tintinearón, y era como si algo se despertara en el recuerdo de Ben; esta vez no era un sueño, sino un signo auténtico de cosas pasadas... pero esta impresión se esfumó tan de prisa como había surgido. Ben bebió el líquido, cuyo gusto era un poco dulzón, un poco acre y un poco narcótico —debía de tratarse de sustancias químicas concentradas...

—¿No iremos a... no podremos...?

Barbara tocó los labios de Ben con la punta de sus dedos:

—No te preocupes..., todo está en orden.

Barbara entró en una habitación vecina por una puerta que habían abierto en la pared, con forma de arco de medio punto, y desapareció en un rincón. Ben se acercó lentamente y observó la estancia, cubierta de una alfombra gruesa y lanuda; los hilos torcidos formaban como un césped, en el que se hundían los pies. A la derecha se prolongaba el ventanal, y debajo del mismo había un inmenso lecho, por lo menos seis veces mayor que el de su celda.

Oyó un ruido tras de sí, se dio la vuelta y vio a Barbara. La muchacha se había cambiado. Llevaba un vestido que la envolvía desde los hombros hasta los pies, que llegaba hasta el piso y rozaba la alfombra, y sólo después Ben se dio cuenta de que era semitransparente... Por primera vez vio el cuerpo de una mujer, y lo que vio superaba con mucho todas las muñecas que había tenido hasta ese momento.

Con gran sorpresa suya, no se presentó la sensación de repulsión, de asco, que siempre le habían provocado fantasías de esta índole. Lo que quedó era una excitación verdaderamente extática que lo sobrecogió, un vértigo entre el júbilo y la timidez mortal, entre el deseo y el temor.

—¡Ven, ven! —susurró Barbara. Se acostó en la cama, estirándose.

—Quería preguntarte... debemos... —Ben ya no lograba hablar coherentemente.

—No necesitas preguntarme nada. Todo ha pasado, y está bien que así sea. Estamos juntos, y no deseo más... ¡Ven!

Lo arrastró hacia el lecho, y lo que entonces sucedió, ocurrió de modo tan natural que Ben después no pudo recordar los detalles. Todo lo que le quedó fue el

sentimiento de una felicidad indescriptible, y ese sentimiento prevaleció, con mucho, ante el surgir de la vergüenza de haberse dejado arrastrar a perversiones terribles, a cosas que pertenecían a las desviaciones más viles imaginables.

Ben regresó tan sólo a la mañana siguiente a su bloque de viviendas. Había pasado toda la noche en casa ajena y durante ese lapso había violado toda una docena de leyes, normas y reglas tácitas. En el último momento, cuando ya comenzaba a clarear, se habían vestido de prisa, abandonando el piso y bajando con el ascensor... La cotidianeidad los asaltó con la niebla y con el olor acidulado de los gases de escape. Se separaron en silencio.

Por lo que Ben podía juzgar, no sería fácil demostrar dónde había pasado la noche: podía pensar una excusa con toda tranquilidad. Pues un hecho sería inevitable: la justificación de una ausencia antirreglamentaria durante las horas de la noche. Eso no sólo provocaba una pérdida de puntos, sino que solía ser motivo de investigación. Se puso contento de no encontrarse con nadie al entrar en el edificio. Se dirigió al salón de gimnasia y de allí al pequeño cuarto en la que se guardaban los instrumentos de *fitness*. Cerró la puerta tras de sí y extrajo el sobre de celofán en el que solía guardar su marca identificatoria. Arrancó la parte delantera transparente —era del mismo tamaño que la tarjeta— y la frotó con toda su fuerza contra la masa de plástico del revestimiento del suelo. Los diminutos pelillos de polvo que se adherían al celofán le demostraban que éste se había cargado con electricidad. Luego lo introdujo en la ranura de la puerta. Tenía la esperanza de que resultaran dañadas las conexiones MOS, sensibles a la carga eléctrica. Y halló satisfecha esa esperanza al extraer la hoja e introducir en vez de ella su tarjeta identificatoria: la puerta no se abrió.

Esperó hasta oír pasos en la sala de gimnasia, y entonces golpeó la puerta:

—¡Estoy encerrado, se ha roto el cerrojo!

Pasó un buen rato hasta que pudieron sacarlo. Luego fue a ver primero al moderador, a quien le informó lo ocurrido. Declaró haber estado encerrado toda la noche y pidió que lo librasen de la enseñanza matutina. Tuvo que esperar hasta que llegó un especialista de la sección reparaciones, y luego pudo retirarse, obteniendo incluso permiso para permanecer toda la mañana en su celda.

Era una hermosa sensación la de repantigarse en la cama mientras sabía que los demás estaban en las salas de clase y de gimnasia. En realidad debería haber tenido mala conciencia... nunca habría pensado de sí mismo que podría sobreponerse tan frívolamente a las normas que hasta ahora habían regido su vida. Pero, cualquiera fuera el motivo, se sentía magníficamente bien, y no era el agradable cansancio el que le satisfacía, sino que además sentía fuerzas insospechadas en su interior: verdaderas ganas de no evadir los problemas.

En esas circunstancias le resultaba casi imposible pasar toda la mañana inactivo. Con firme decisión descendió a la planta baja, al recinto sanitario, y se hizo entregar pastillas para dormir. Sin ser advertido pudo guardarse una jeringa... cinco minutos después estaba acostado de nuevo en su camarote, a la espera de las imágenes

oníricas que se producirían a consecuencia de la activación del material memorístico sepultado.

## II

Las calles estaban vacías y reinaba un silencio mortal. El ferrocarril expreso había suspendido sus servicios; estaba prohibido el tránsito de taxis. En cambio patrullaban la ciudad jeeps ocupados por policías, y de vez en cuando un carro de asalto rodaba por el asfalto.

Ben se movía de puerta en puerta. Se detenía en cada esquina, cerciorándose de que no había peligro. Luego desapareció en un pasillo. En el patio del fondo había una imprenta anticuada; allí confeccionaban sus octavillas. No se atrevían a hacer mucho más.

De su grupo habían quedado pocos, entre ellos Jonathan, Hardy, Edwige y François. Los demás no querían saber nada de actividades subversivas desde su salida de la cárcel.

Sólo Ben había conservado su puesto en el banco central de datos. Como por un milagro se había salvado de ser detenido, y hasta el día de hoy seguía sin saber quién lo había llamado. ¿Había sido una casualidad, o habían querido alertarlo? Al advertir la presencia de los policías desde la cabina de vidrio, se había agachado y luego había desaparecido por la puerta trasera; en el bolsillo de su chaqueta estaban los papeles con la lista de los métodos de sabotaje y por tanto la demostración palpable de las intenciones subversivas del grupo. Ésa era la causa por la cual no los habían retenido mucho tiempo. Pero de este modo Ben se convirtió en un outsider. Era el hombre más importante, el que podía seguir los hechos desde dentro, por así decir; y si debía realizarse alguna de las acciones planeadas, sería él quien pondría los dedos en las teclas... Y, sin embargo, no estaba satisfecho con su situación. Porque, pese a que no se lo hacían notar, había caído una sombra de sospecha sobre él: había algunos que sospechaban que era un traidor, él que había informado los propósitos del grupo y el sitio del encuentro.

Estaban sentados en el cuarto del fondo, cuyo acceso era ocultado desde fuera por un armario. Allí estaban medianamente seguros.

Esbozaron el texto para su nueva octavilla. Hardy anotó las frases en una hoja de papel, y los demás le ayudaron a pulirlas. Pero a todos ellos les quedaba claro cuán desesperada era su situación.

—Creo que lo que estamos haciendo no tiene sentido —dijo Edwige—. Mirad esto: estamos invitando a resistir. ¿Quién es lo suficientemente tonto para resistir hoy día? Cada cual sabe a lo que se arriesga: a la cárcel, al campo disciplinario...

—¿Acaso quieres desertar? —preguntó François indignado.

—No —respondió Edwige—, pero si no se nos ocurre algo más eficaz que frases piadosas, podemos cerrar el negocio.

—No creas que puedes desprenderte tan fácilmente de nosotros —exclamó François—. Tú misma sabes que...

—Deja en paz a Edwige —interrumpió Jonathan—. No está diciendo más que lo

que todos pensamos.

*Hardy apartó su hoja de notas y colocó el lápiz encima de ella.*

*—Y tú, ¿qué propones? ¿Tienes alguna idea mejor?*

*Jonathan meneó la cabeza.*

*—Quizá sí —dijo.*

*—Pues no te hagas sacar palabra por palabra —le apremió François.*

*—Prestad atención —Jonathan bajó el tono de voz, como si temiera ser espiado—. Se me ha cruzado una idea por la cabeza... y si tuviera razón, realmente sería la clave para resolver nuestro problema.*

*Hizo otra pausa.*

*—¿Sabéis qué es una destrucción estratégica? Ese medio se ha aplicado en todas las guerras, y precisamente siempre que las tropas han debido retirarse. Se trataba de destruir instalaciones técnicas importantes que no debían caer en manos del enemigo. Me pregunto si el gobierno no habrá previsto nada para un caso semejante.*

*—¿Qué quieres decir con eso?*

*—¿Si no ha previsto... en qué sentido? ¿Qué se destruiría?*

*Jonathan dijo con voz más segura:*

*—Estoy convencido de que en las unidades más importantes de la computadora central se han introducido frases que la hacen estallar. Y sin duda existe un código que sólo conocen las personas más importantes en la cumbre, por medio del cual esas frases pueden accionarse. Hay una cosa evidente: a ningún precio permitirían que el sistema de computadoras, con todos los datos almacenados y con los innumerables programas sobre los que se basa su poder, cayera en otras manos. ¿Comprendéis lo que quiero decir?*

*Ahora todos hablaban al mismo tiempo, volvía a perfilarse una esperanza en su estado de ánimo. Poco después llegaron al punto decisivo: ¿cómo accederían a ese código?*

*—¿Ya te lo has preguntado? —cuestionó François.*

*—Sí —contestó Jonathan—. Si hay alguien que pueda conseguir el código, ese alguien es Ben.*

*Ben ya había visto venir una propuesta de esa índole, y sin embargo, lo cogió por sorpresa... Todos lo miraban. ¿Era una petición, una exigencia, un desafío?*

*—Sabéis que hago todo lo posible —dijo vacilante—, pero en este caso no veo ninguna posibilidad...*

*—Tienes una posibilidad —dijo Jonathan— y se llama Barbara Boulanger.*

*—No entiendo —musitó Ben.*

*—Bien... Habrás observado que Barbara está interesada en ti. Y Barbara es asistente de dirección. ¿Sabes sumar dos más dos?*

*Ben meneó la cabeza:*

*—No tengo nada con Barbara... Es una muchacha bonita, pero no me interesa...*

*—De ahora en adelante te interesará —dijo Jonathan con dureza—. Creo que nos*

hemos entendido.

*Ben ya no oyó lo que siguieron discutiendo esa noche. Estaba pensando en Barbara... Jonathan era un psicólogo, y tal vez observara mejor que los demás. Si Ben la traía a la memoria... realmente había ciertos síntomas... Y una cosa era innegable: Barbara era verdaderamente una chica notable; además de bonita era simpática...*

*¿Unir lo agradable con lo útil? Ben jamás había pensado en algo así. Debo hacerlo, debo hacerlo, susurraba una voz en su interior. Y bien... ¿qué otra alternativa le quedaba?*

*Algunos encuentros casuales, unas palabras amistosas...*

*Todo había resultado sorprendentemente simple. Jonathan entendía de sentimientos humanos.*

*Una comida conjunta en la cantina, un encuentro en uno de los pocos bares que cerraban tarde.*

*Un poco después, Barbara lo invitó a su casa. Tenía un apartamento agradable en uno de los inmensos bloques de viviendas destinados a los empleados superiores del banco de datos. Su puesto de asistente de dirección le ofrecía muchas posibilidades de las que otros carecían.*

*Estaban tendidos juntos en el ancho sofá. Ahora que Barbara había perdido su timidez inicial, evidenciaba una notable necesidad de cariño, y a Ben le gustaba este juego. Al principio se había preguntado si tendría las cualidades histriónicas suficientes para poder hacer el papel de enamorado, pero eso pronto se había vuelto innecesario: había dejado de tener que actuar, se había enamorado de verdad. Y por eso había evitado hablar más de lo indispensable acerca del banco de datos, interrogarla y tantearla. Pero sus amigos se volvían cada día más impacientes.*

*Ben se soltó de los brazos de ella y encendió un cigarrillo.*

*—¿Qué es lo que piensas sobre nuestro trabajo? —le preguntó—. ¿No tienes miedo de que te vean conmigo? Los más me consideran un perturbador del orden público.*

*—Ya lo sé —contestó Barbara—, y tal vez sea justamente eso lo que me haya hecho fijarme en ti. Eres distinto de los demás: no tan sumiso y entregado.*

*—¿Y tú? Tú eres como ellos: te sometes a las reglas, haces lo que se te ordena y así contribuyes a sojuzgar a los hombres. ¿Has pensado alguna vez en hacer algo tú también?*

*Barbara se incorporó, se apoyó en el codo y lo miró con cariño.*

*—¿Y quién te dice que no estoy dispuesta a hacer algo? ¿Crees que ha sido una casualidad que en aquel entonces te salvaras de ser detenido?*

*Ben se sobresaltó.*

*—¿Fuiste tú? ¿Tú me llamaste?*

—Sí —contestó la muchacha—, no podía tolerar que te metieran en la cárcel. Creo que ya en aquel entonces estaba enamorada de ti. —Intentó atraer a Ben hacia ella, pero éste se quedó rígido.

—¿Y dejaste que los otros corrieran hacia su perdición? —Su voz sonaba tensa de indignación—. ¡Sólo pensaste en ti misma, te daba igual de qué se trataba!

Esa reacción tomó por sorpresa a Barbara.

—¡No seas injusto! —exclamó—. Mi intención fue buena. Al fin y al cabo te he ahorrado algunas cosas... ¡Por eso no debes enfadarte conmigo!

—Óyeme, Barbara —dijo Ben—, sabes cuánto te quiero. Pero ¿qué sentido tiene todo eso ahora, en esta situación? Hoy día la libertad no es más que una palabra en el papel. En realidad estamos entregados a un sistema que nos sojuzga sin miramientos... con el único fin de que unas pocas personas en la cumbre estén bien. Si queremos esperar algo del futuro debemos emprender acciones. Por ahora debemos dejar un poco de lado nuestra felicidad personal y luchar por la comunidad. A fin de cuentas lo hacemos por nosotros mismos.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó Barbara rápidamente.

—Hay una posibilidad... —Ben la informó, rápida y precipitadamente, como si se tratara de recuperar el tiempo perdido, acerca del código secreto—. No cabe duda de que tu jefe lo conoce —dijo—. No debes hacer más que conseguir ese código. Tienes acceso al escritorio de tu jefe, a su cuaderno de notas, a sus actas. Sólo debes buscarlo. Y hablarme cuando lo hayas encontrado. Eso es todo. ¿Lo harás?

Barbara estaba hundida en las almohadas. Durante la exposición de Ben había permanecido callada. Su rostro, circundado por su largo pelo rubio, tenía un extraño aspecto desvalido. Tampoco dijo nada cuando Ben calló, pero se apretó apasionadamente contra él cuando se inclinó sobre ella y le besó la frente, las mejillas y la boca.

—¿Lo harás, Barbara? —preguntó Ben una vez más.

—Sí —era apenas perceptible—, sí, Ben, por ti haría cualquier cosa. Lo intentaré.

Ahora tenía el código. Barbara no le había informado con detalle de qué modo lo había encontrado. Parecía no querer recordarlo. Y cuando se amaron, Barbara lo hizo con tal intensidad de sentimientos que Ben casi se asustó, pues esta vez ella no parecía feliz, sino más bien desesperada.

Y tampoco para Ben fue una experiencia gozosa. Susurró palabras cariñosas, le pintó un futuro color de rosa, pero en secreto se preguntaba si se concretaría aunque no fuera más que una mínima parte de todo aquello...

Luego se despidió de prisa... tan de prisa que lindó con la rudeza.

Sus amigos lo esperaban. Lo miraban con ojos hambrientos... Así le pareció.

Ben intentó saborear durante unos segundos la sensación de orgullo, pero luego

se dio cuenta de que era muy distinto de lo que había creído.

—¡Aquí está! —dijo y tiró la hoja en la que estaban garrapateadas unas letras y unos números.

—Tú mismo debes digitar el código —dijo Hardy.

—¿Yo mismo? —replicó Ben.

—¿Quién sino tú?

—No logro hacerme una clara idea de la destrucción. Quizás salte por los aires yo mismo —dijo Ben.

—¿No quieres asumir el riesgo? —preguntó François.

—¿No podrías utilizar una estación periférica de datos? —preguntó Hardy.

Ben meditó un rato, y luego dijo:

—Eso sería difícil... Mi puesto de trabajo está en el centro, y no tengo acceso a otras instalaciones de entrada. Pero hay otra posibilidad: establecer un programa que dé la orden de destrucción al final. Entretanto podré abandonar el edificio.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó François.

—Lo mejor será que lo hagas mañana mismo —dijo Hardy—, antes de que pase alguna otra cosa. —Se dirigió a Ben—: ¿Estás seguro de que Barbara no dirá nada?

Ben asintió:

—No nos traicionará.

—Hay otra cosa más... —dijo Jonathan lentamente—. Seguramente no se te habrá pasado por alto que Barbara se hallará en la central... digo... mientras...

—Dispondré que esa tarde no esté en la central —dijo Ben.

Todos lo miraron fijamente.

—¡No harás eso! —dijo Hardy—. Ella podría sospechar que algo ha de ocurrir. Podría flaquear... ¡No, Ben, no debes alertarla!

—Lo que dice Hardy es cierto —confirmó Jonathan. Y era como una sentencia de muerte.

—De acuerdo —dijo Ben.

Esa noche no pudo dormir. Durante los últimos años había realizado numerosos actos de sabotaje, y jamás lo habían torturado oscuros presentimientos, jamás había tenido dudas ni miedo. Esta vez no era así. No podía dar con el motivo, pues no se trataba de dinamitar una casa; más bien explotarían algunos circuitos pequeños, que convertirían conexiones bien establecidas en un caos de lata y alambre. Y eso era todo. Circuitos interrumpidos, almacenes de datos destruidos... ¿qué importaba?

Pero también sabía perfectamente que el sistema central de cálculo era otra cosa: era el cerebro de un sistema gigantesco, y de él dependían casi todas las máquinas del país, desde las centrales de energía hasta el último teléfono. ¿Qué sucedería si moría el cerebro? ¿Se detendrían las instalaciones periféricas? ¿O continuarían ciertos procesos... irrefrenados? ¿En las centrales nucleares, en las

*fábricas de armas, en las refinerías...? No pudo responderse su pregunta. Pero tampoco podía echarse atrás.*

*Y luego pensó en Barbara. Podría haber pasado la noche con ella, pero no se había sentido capaz de hacerlo. ¿Y ahora, qué?*

*Al día siguiente, en la oficina, trató de mostrarse tan tranquilo como siempre, con un comportamiento no más llamativo, pero tampoco menos llamativo que los demás días.*

*No perdió el tiempo. Se sentó en su pupitre y dio las instrucciones para el programa que había preparado. Digitó el código que aparecería más adelante y dio la instrucción para el comienzo. Ahora ya no podía detenerse.*

*Antes de abandonar el edificio entró en una cabina de videófono público. Tapó el ojo televisivo con una mano, mientras que con la otra marcó el número de Barbara. Esperó... luego oyó la voz de ella.*

*—Creo que sabes quién está hablando. Recuerda: una vez me avisaste. Hoy te aviso yo a ti. ¡Abandona inmediatamente el edificio! Procura alejarte lo más posible. ¡Adiós!*

*Había corrido un riesgo, y había actuado en contra del consejo de sus amigos. Pero no había tenido otra opción.*

*De día podían circular taxis. Ya no había muchos, pero quien lo pedía a tiempo podía conseguir uno. En uno de ellos, Hardy estaba esperando a Ben, a una calle de distancia. Salieron inmediatamente, alejándose de la central en línea recta. Pero no llegaron muy lejos, porque el conductor se atenía rigurosamente a la velocidad máxima de treinta kilómetros por hora. Sólo los vehículos policiales podían ir más de prisa.*

*Veinticinco minutos después percibieron la primera señal de su acción: se habían apagado las luces de los semáforos. Dos minutos después sintieron algunas explosiones, y luego refulgió un rayo, más brillante que mil soles. No les afectó directamente; el taxista frenó en seco y el vehículo chocó con un golpe sordo contra el cordón de la acera.*

*Y luego vieron el enorme hongo de humo que se alzaba en el otro extremo de la ciudad, donde estaba el campo de ensayo de los reactores; el hongo se elevó hasta el techo de nubes. Unos segundos después comenzó la verdadera ola de destrucción: estallaban los vidrios, se derrumbaban los muros de las casas, volaban los techos. Las personas corrían por las calles, se echaban en los nichos, buscaban abrigo en las entradas de las casas..., pero de todos modos las alcanzaban los trozos de piedras que se precipitaban a tierra. De pronto se vieron envueltos en velos de polvo que impedían la respiración. La ciudad se hundió bajo un manto de oscuridad.*

Las escenas que había evocado en Ben el compuesto químico no eran menos movidas que las del primer sueño. Pero era como si se hubiese acostumbrado: ahora se enfrentaba mucho más fríamente a sus vivencias y lograba analizarlas con sobriedad. Aún no podía decidir qué cosas se fundaban en hechos reales y cuáles no, pero lo reforzaron en su intención de ir al fondo de la cuestión y no dejarse desconcertar por nada. Esa misma tarde iría a ver a la tercera persona de su lista: a Jonathan Vauman.

Al caminar por el pasillo poco antes de las dos, Oswaldo Efman salió como por casualidad del despacho de Ben, quien tuvo la leve impresión de que no era una casualidad.

Oswaldo le puso su brazo en el hombro:

—Tengo una buena noticia para ti: puedes comenzar hoy mismo en la sección para programación psicológica.

—Oh, no pensé que sería posible tan pronto. Ni siquiera he realizado el curso...

—¡Qué significa un curso! Te familiarizarás rápidamente con el trabajo. Te enviaré a Gunda, ella podrá ayudarte en la mudanza.

—Todavía no he concluido mi nuevo caso... —dijo Ben.

—No te preocupes. No es importante. Podrá resolverlo tu sucesor.

—¿Quién será mi sucesor?

—Por ahora no tenemos a nadie, pero no hay prisa.

—De todos modos no quiero dejar mi trabajo sin terminar. Es cuestión de pocos días.

Oswaldo se alejó un paso de Ben. Siempre amable, pero con cierta determinación en la voz, le dijo:

—Quiero que comiences inmediatamente tu nuevo trabajo. —Lo saludó y volvió a su despacho.

Pocos minutos después apareció Gunda. Hasta ahora la había visto siempre de lejos y apenas había hablado con ella. Esta vez la miró con otros ojos. Era bonita. Sus rasgos eran más armónicos que los de Barbara. Su piel era aterciopelada y de color marrón claro, y tenía cabellos negros. Se sentó en el pupitre delante de él; parecía que más bien quería mirarlo antes que ayudarlo. ¿O quería observarlo con detalle?

Ben juntó las pocas cosas que le pertenecían y las puso en una carpeta.

—Podemos salir —dijo.

—¿No quieres devolver los datos al almacén principal? —Gunda le sonrió y bamboleó las piernas.

¿Era un consejo amistoso? ¿Era una orden? De todos modos, así lo exigían las normas, y Ben tenía que proceder tal cual Gunda había dicho.

La miró inquisidoramente, y ella le devolvió la mirada.

Ben conmutó la llave principal en rojo y tecleó unos signos en el teletipo. En

principio habrían bastado unas pocas indicaciones, pero Ben hizo algo más: ordenó algunas directrices, recodificó algunos datos, y lo realizó tan de prisa que alguien que no fuera un programador muy experimentado apenas podría seguirlo. Por el rabillo del ojo miró una y otra vez a Gunda, que aparecía un poco irritada.

Podía arriesgarse: entre algunas órdenes inocuas definió un nuevo código e introdujo una restricción para la evocación de los datos. Las líneas se borraban en cuanto aparecían en la pantalla; se trataba de combinaciones de símbolos muy poco usadas, y esperaba que Gunda no las conociera.

Se levantó:

—Estoy listo. ¿Me muestras mi nuevo sitio de trabajo?

—Con gusto. Debemos subir un piso, ¡ven!

El nuevo despacho se distinguía muy poco del anterior, y sin embargo, un iniciado podía percibir la mayor competencia a partir de la mesa adicional, del escritorio pulido y de la silla tapizada.

Ben sacó su bloc de notas del bolsillo y le adjuntó un lápiz de metal.

—Ya está —dijo.

—Por ahora no se te dará un nuevo encargo —declaró Gunda—. ¿Te apetece tomar un té mentolado conmigo?

Ben miró nuevamente a la muchacha, exteriormente simpático, pero interiormente vigilante. ¿Qué quería de él? ¿Qué significaba ese inesperado gesto amistoso? ¿Debía vigilar a Ben? ¿Debía tenderle una trampa? ¿Podía seguir creyendo Ben que lo extraordinario de su último encargo se le había escapado a las instancias superiores, o intentaban privarlo de toda influencia de modo inadvertido?

—Me gustaría tomar té contigo —dijo y le sonrió a Gunda—, pero temo que eso provocaría habladurías entre tus colegas.

Evidentemente, su traslado había despertado la curiosidad de los demás; ya habían pasado varias veces discretamente por delante de su oficina, y ahora se acercaban tres hombres para saludarlo. Se encogió de hombros como lamentándose, y, para satisfacción suya, Gunda le correspondió:

—Qué lástima..., pero volveremos a vernos pronto.

Quedaba claro que Ben debía dedicarle ahora unos minutos a sus visitantes, pero tenía la intención de despacharlos pronto, cosa que logró. Por fin se quedó sentado ante su escritorio sin ser molestado y conmutó la llave de funcionamiento. No era necesario familiarizarse especialmente con el sistema; era el mismo que aquel en el que había estado trabajando hasta ese momento; sólo que la capacidad de la que ahora disponía era un poco mayor.

Tecleó el nuevo número de código e intentó evocar su programa anterior. Y, en efecto, su truco había funcionado: volvieron a aparecer los datos anteriores en la pantalla, esos datos de los que se había ocupado más intensamente que de ningún otro. Ése era su caso, el caso inherente a su persona, y no permitiría que nadie se lo disputara.

El siguiente paso fundamental a realizar era visitar a Jonathan. En las circunstancias dadas ya no podía arriesgarse a visitarlo durante el horario de trabajo. Debía emplear la noche, y esperaba que aun así creerían que se trataba de una misión oficial.

Durante la tarde se ocupó de los datos de Jonathan, y lo que comprobó no auguraba buenas perspectivas de éxito. Pero debía intentarlo.

## **Extracto de la lista de medidas de protección y de seguridad**

Referido a generadores de casualidades

Los generadores de casualidades pueden considerarse fuentes de acontecimientos imprevistos. Éstos no siguen leyes absolutas sino probabilísticas y por tanto no satisfacen los requisitos de la seguridad estricta. Elevan la entropía del mundo, oponiéndose así a la meta general de la transición a un estado de mayor orden. Sobre todo en su aplicación a objetivos científicos, técnicos y estéticos, llevan al surgimiento de ideas no convencionales y por tanto actúan de modo negativo en el equilibrio social.

La ciencia muestra que los generadores de casualidades aparecen también en el mundo físico y en el biológico, donde en general trabajan en el sentido de reforzadores de cuantos. También hay una fuente de procesos entrópicos que conllevan una tendencia al caos (muerte térmica). Por consiguiente, el objetivo de la investigación debe ser el desarrollo de medidas para la contención de procesos casuales no intencionales y para la eliminación de los generadores de casualidades en nuestra época.

Hasta ahora también solía darse la aplicación dirigida de procesos estocásticos en el Estado social, por ejemplo para lograr una justa distribución de privilegios, productos escasos, propiedades genéticas, etc. Pero de ningún modo se justifica la peligrosa aplicación de generadores de casualidades en estos casos. La meta de una serie de trabajos de investigación es hallar un modo por el que tales procesos de distribución dependan de las cualidades psicológicas de los receptores. Mientras no se disponga de una regulación de este tipo deberá emprenderse la distribución según tablas de números al azar. Como su empleo también es muy delicado, dichas tablas quedan incluidas en la cláusula de secreto y serán accesibles únicamente al núcleo de personas de las clases A y B.

En dominios especiales de la estructura social, los generadores de casualidades parecían hasta ahora imprescindibles, por ejemplo en juegos y sorteos (dados de juego y máquinas de lotería). Ese procedimiento implica algunos riesgos; así resulta posible que logren ventajas algunas personas que no se hayan empleado a fondo en el servicio al Estado. Por eso, últimamente

los premios de juegos y de la lotería se reparten de un modo que toma en cuenta los méritos de los participantes. Este método introduce un reforzador psicológico en la estructura de acción, llevando así a una intensificación de los esfuerzos en el sentido de los intereses estatales.

Ya por tercera vez en los últimos días, Ben se dirigió al noroeste de la ciudad, a aquel sector en el que vivían los integrantes de las categorías más bajas. A primera vista no se distinguía de otros barrios: había los mismos monobloques de doce pisos con hogares para dormir y para vivir, con salas de clase, de gimnasia, comedores y salones de esparcimiento; pero observando más de cerca se percibía un halo de abandono: en las aceras había desperdicios, las cintas transportadoras estaban sucias, las pasarelas eran pegajosas al tacto. Y la gente estaba vestida con desaliño y parecía no darle mucha importancia a si su *overall* era demasiado grande o demasiado pequeño, a si estaba sucio o roto. Pero lo que más solía asustar a Ben era la diversidad de los rostros, la desarmonía de los rasgos, las desviaciones de la imagen normal de un miembro sano de la Sociedad Libre.

Ben halló sin dificultad el bloque de viviendas de Jonathan. Tampoco había impedimentos; sin embargo, sabía que dejaba una huella: se registraba toda marcación de la tarjeta de viáticos F, en cada portón debía introducir su tarjeta identificatoria, aunque la barrera se deslizaba instantáneamente a un lado, los impulsos emitidos ya habían llegado a la central y almacenados en su historial. Pero Ben ya se había resignado a que de todos modos sus actos no podrían permanecer ocultos, y en consecuencia prefería concluir rápidamente sus últimas averiguaciones, antes que borrar sus huellas.

Llegado a la celda de Jonathan constató que la cortina estaba abierta... la celda estaba vacía.

Se dirigió a un hombre que se estaba restregando las manos sucias con un pañuelo de papel —era un espectáculo repugnante.

—Estoy buscando a Jonathan Vauman. ¿Puedes decirme dónde está?

El hombre se dio la vuelta como si tuviera que quejarse por una interrupción.

—Déjame en paz, ¿qué tengo que ver con Jonathan?

Ben buscó a otra persona a quien preguntar. Notó que lo estaban observando desde un camarote; la cortina estaba semiabierta; allí había un hombre sentado que dejaba bambolear sus piernas.

—¿Sabes dónde está Jonathan?

—¡No tengo nada que ver con él! No te puedo dar información alguna, lo lamento. —Encogió las piernas de modo abrupto, se retiró a su celda y cerró la cortina.

Ben se detuvo un rato sin saber qué hacer; luego decidió ir a ver al moderador.

Lo encontró en una cabina de vidrio en un extremo del salón, subió una escalera y volvió a preguntar por Jonathan Vauman.

—¿Qué quieres de Jonathan? —preguntó el moderador; su desconfianza era patente.

—Quiero visitarlo, ¿hay algo que objetar?

—Oye —dijo el moderador—, te aconsejo que desaparezcas. Si no, haré verificar tus documentos. ¿Puedes explicarme de dónde vienes?

A Ben no le quedó más alternativa que identificarse.

—Estoy aquí en funciones, por encargo de la sección. ¡Ahora dime de una vez qué pasa con Jonathan!

La conducta del moderador cambió en el acto:

—Disculpe... no podía saber... a Jonathan lo han venido a buscar hace dos días. Psicosis aguda. Jamás estuvo del todo sano y a menudo hemos tenido problemas con él.

—¿Qué tipo de problemas?

—En fin, disgustos, irritaciones..., ¿qué quiere que le diga? Pregúnteselo a los médicos. Ellos saben más que yo.

Era visible que no estaba dispuesto a dar más explicaciones. Escribió unas letras y números en un papel y se lo alcanzó a Ben: la dirección de una clínica.

Ben le dio las gracias y se fue.

Tuvo que identificarse una vez más; allí no tenía ninguna posibilidad de entrar como visitante inofensivo. Luego pasó un rato hasta que apareció un psiquiatra dispuesto a conducirlo adonde estaba Jonathan. Fueron hasta el ascensor, bajaron unos pisos, luego un larguísimo pasillo. A derecha e izquierda, puertas con ventanas de vidrio redondas. Los cristales brillaban con un color de cobre; evidentemente, permitían la visión en un solo sentido. Ben intentó mirar hacia el interior de las piezas, pero no pudo reconocer nada. Y luego se asustó al reconocer pegado a uno de estos cristales un rostro, más bien una mueca, una nariz chata y ancha y ojos que miraban al vacío...

—Hemos llegado —anunció el psiquiatra. Primero echó una mirada escrutadora a través de la ventana, luego introdujo la tarjeta-llave: la puerta se abrió. Entraron.

Ben apenas reconoció a Jonathan, a quien había examinado detenidamente en las fotos. El hombre estaba acurrucado en un rincón de la pieza; sus miembros se contraían convulsivamente. Tenía la cabeza gacha.

—No servirá de nada —dijo el médico.

Jonathan pareció estar escuchando, alzó la cabeza... Su mirada rozó al médico, luego a Ben... De pronto se levantó, se plantó ante Ben, lo cogió por el cuello de la camisa, lo tironeó...

—Podría haberme dado cuenta... Esto te lo debo a ti..., ¡traidor!

El psiquiatra le dirigió a Ben una mirada significativa, como queriendo decirle: ¡ya lo ves!

—Tú tienes la culpa de que nos hayan descubierto. Y con semejantes cobardes queríamos hacer una revolución. —Seguía asiendo el cuello de Ben, quien lo rechazaba indeciso.

—El hombre está totalmente perturbado. No sabe lo que dice —dijo el psiquiatra.

—Nos tienes a todos sobre la conciencia: a mí y a Barbara y a Hardy. ¡Y ahora te

has arreglado con éstos! —Se apartó de Ben y señaló al médico—: ¿Sabe siquiera que has formado parte del grupo? ¿Cuánto te han dado por eso? —Jonathan hablaba con dificultad. Era como si le fuera tan difícil controlar los labios y la lengua como los demás miembros, que se contraían y se convulsionaban. Ben intentó interrumpir la verborragia de Jonathan:

—Debo formularte unas preguntas. Por favor, cállate. ¿Puedes entenderme?

Jonathan se abalanzó de nuevo sobre Ben y gritó; con el esfuerzo, su voz jadeante se convirtió en un graznido:

—¡Traidor! ¡Cobarde! ¡Cerdo!

Ben no había podido suponer que le esperaba esto. Esta escena era más que desagradable y podía desencadenar la catástrofe que veía acercarse irremediamente. Bastaba con que el médico prestara atención y analizara las acusaciones de Jonathan...

—¡Alucinaciones, fantasías de un demente! —Ahora el médico ayudó a Ben, apartando a Jonathan; no le costó un gran esfuerzo, el enfermo había consumido sus últimas energías. Cuando, después de salir, Ben y su acompañante miraron por la ventana, Jonathan había vuelto a sentarse en el rincón y a mirar fijamente el suelo.

Este episodio había tensado los nervios de Ben. El psiquiatra lo notó y le ofreció unas psico-gotas:

—No se preocupe. Estos tipos maniaco-depresivos se forjan un mundo imaginario y extraviado del que no logran salir. Incluyen en su fantasía a las personas de su entorno y se ven amenazados por todas partes. Es un grave *shock* depresivo con paranoia.

Ben se sacudió la angustia de encima.

—Realmente no se puede hacer nada. Vayámonos.

En un vagón del Metro, camino de su casa, dos cosas le llamaron la atención: el médico no había Preguntado en ningún momento qué era lo que Ben perseguía con sus averiguaciones. Y además, Jonathan era un caso incurable... si el estado en que se encontraba era realmente una enfermedad natural. Pero en ese caso —y eso era lo que le llamaba la atención a Ben— no se habrían tomado el trabajo de cuidarlo en una celda. Le habría tocado la nihilación temprana.

Era un viaje largo. Ben no se había fijado en lo que pasaba a su alrededor y se sobresaltó cuando las ruedas del vagón rechinaron al entrar en una curva. Se dio cuenta de que estaba solo en el vagón. Afuera era de noche y sólo se veía danzar de vez en cuando la fila de luces de las lámparas radiofluorescentes que retrocedían un poco para luego volver a surgir saltarinas...

Vio las luces de una estación. Ben tendría que haber bajado, pero sorprendido vio que el tren siguió sin detenerse. Se levantó, dirigióse a la puerta y buscó un tablero de llaves, pero el Metro funcionaba totalmente automatizado y no había ni llaves de luz ni interruptores, ni siquiera un freno de emergencia.

Pasó volando una segunda estación, luego otra curva... una leve desaceleración

en un trecho en subida, luego un descenso más veloz... El tren entró en una curva cerrada; la fuerza centrífuga apretó a Ben contra la pared. Rechinaron los frenos y se detuvo; la puerta se abrió... Afuera había otra estación, pero sin letrero, sin indicación del sitio. En la pared había carteles anticuados; debajo de ellos, bancos de madera de los que se desprendía la pintura. Al salir al andén, Ben notó que sus pies se hundían en polvo. Debía de tratarse de una estación del Metro no cerrada de una época que Ben no conocía más que por las clases de historia. Volvió a inflamarse su interés y se acercó a la pared con los carteles. Los caracteres estaban amarillentos y eran apenas legibles. En cambio seguían bastante bien conservadas algunas ilustraciones, pero Ben no lograba explicarse por qué se había colocado imágenes de este tipo en una estación de Metro: una bebida espumante dentro de vasos, un vehículo con ruedas de goma y un techo combado hasta las ruedas, personas con ropas de colores que viajaban con esquíes por una pista nevada, etcétera. Y luego se estremeció. En cuatro hojas más pequeñas reconoció los retratos de Barbara, Hardy, Jonathan y... el suyo. Trató de quitarles el polvo y de descifrar los epígrafes... En los anticuados caracteres pudo leer: ORDEN DE CAPTURA... DELITO DE SUBVERSIÓN... PELIGROSOS, PORTAN ARMAS... COMUNICAR A LA POLICÍA...

Ben creyó oír un ruido y se dio la vuelta... una sombra detrás de una columna.

Hasta ese momento, la situación ya le había resultado bastante siniestra, pero ahora sintió un miedo atroz. Se le había secado la boca; humedeció nerviosamente sus labios con la lengua. Se dio vuelta e intentó reconocer algo en el turbio crepúsculo... Detrás de él, un ruido. Pasos. De entre las sombras salió una figura; Ben no se había equivocado. Nuevos pasos; miró hacia la izquierda, y también allí había aparecido alguien. Ahora llegaban, de todas partes, hombres envueltos en oscuros impermeables, con los rostros cubiertos.

—¿Sabes quiénes somos? ¿Nos reconoces?

—No —contestó Ben y carraspeó, dado que tenía dificultades para hablar.

Sintió un doloroso empujón en las costillas.

—Esto te ayudará a recordar.

—No sé... ¿quiénes sois? —Ben intentó retroceder, pero se había cerrado el círculo.

—¡No nos gusta que te metas en nuestros asuntos! ¡Parece que te causa placer entregar a los demás! ¡Ya te lo quitaremos de la cabeza! —Estrecharon aún más el círculo a su alrededor, cogieron los brazos de Ben por detrás y se los apretaron. Intentó liberarse de la presa, pero los otros disponían de una fuerza brutal ante la cual Ben se hallaba indefenso. El hombre de pie delante de Ben le metió la mano en el bolsillo y extrajo el sobre de identificación. Sacó la tarjeta identificatoria, la observó detenidamente durante un instante y luego la depositó en un recipiente chato que le alcanzaron de detrás. Resonó un suave zumbido, tras lo cual el hombre volvió a sacar la tarjeta, la introdujo en el sobre y éste en el bolsillo de Ben.

—Ésta es nuestra primera y última amenaza —dijo una voz cerca de su oído. Alguien lo había cogido por la nuca, de modo que ni siquiera podía girar la cabeza—. ¡No hagas investigaciones, o te irá mal!

Se abrió el círculo alrededor de Ben; pero seguía sintiendo las manos ajenas en sus brazos y en la nuca. Luego le dieron un doloroso empujón y cayó al interior del vagón de Metro. Se cerraron las puertas y el arranque brusco lo tiró sobre el asiento. El tren completó la circunferencia antes iniciada y volvió a entrar en el túnel. En la siguiente estación paró como correspondía; Ben se levantó de prisa y salió corriendo.

Llegó sin ser molestado a su bloque de viviendas, poco antes del comienzo del reposo nocturno.

Se echó en la cama y tan sólo entonces sintió malestares y que le dolía la cabeza. Tomó dos calmantes. Poco a poco fue relajándose.

Un rato después se levantó y sacó la ampolla y la jeringa del escondite debajo de la rosca de la lámpara. Tenía que llegar al fondo del enigma: por todos los medios.

### III

*Las explosiones atronaban día y noche. Las ruinas de la ciudad eran arrasadas sistemáticamente. Detrás de los comandos dinamiteros venían las excavadoras y aplanadoras. Allí se crearía una nueva ciudad luminosa, limpia y sana... así se decía.*

*Vivían cinco personas en el sótano de una casa semidestruida. Parecía haber servido de almacén; habían encontrado unos sacos con algodón que se habían salvado del incendio que allí había hecho estragos. Con esos sacos se habían hecho unos lechos provisionales; durante las noches hacía mucho frío, y ya ni se podía hablar de calefacción alguna. Unas velas les servían de fuente de luz. Y los alimentos los buscaban en breves incursiones a través del terreno contaminado por la radiactividad.*

*Sólo quedaban cinco del antiguo grupo. En general estaban sentados sin moverse y envueltos en mantas viejas, dormitando ensimismados. Rara vez surgía una conversación, que solía desembocar en pelea. Todos ellos estaban heridos, enfermos, contaminados por las radiaciones y con los nervios agotados.*

*Ya habían tenido que cambiar varias veces de habitáculo. Los equipos de sanidad recorrían calle tras calle, y les precedía una cadena de policías y de militares. Porque de ningún modo se había olvidado lo que había ocurrido antes de la catástrofe. El aparato a transistores con el que podían escuchar la única emisora dentro de cuyo alcance se hallaban transmitía listas enteras de nombres: de personas buscadas. Los nombres de ellos estaban incluidos.*

*—Alguien nos ha delatado —dijo Hardy. Se quitó las mantas y recorrió la habitación nervioso—. De otro modo no puedo explicármelo. Si no es así, ¿cómo podrían tener nuestros nombres? —Le lanzó una mirada enfadada a Ben.*

*—Intenta dominarte —le espetó Jonathan—. ¿Qué sentido tiene cavilar sobre los acontecimientos pasados? Estamos todos juntos en un atolladero.*

*Hardy hizo un gesto de rechazo, como si quisiera borrar las palabras de Jonathan. Se plantó delante de Ben y dijo:*

*—Confíésalo: ¡no has guardado el secreto! Has alertado a Barbara, y así los jefes pudieron salvarse del atentado.*

*—Eso es un sinsentido —se defendió Ben—. Entonces podrían haber impedido toda la destrucción. ¿Acaso lo han hecho?*

*—Quizá no querían impedirlo —dijo Hardy—. Quizás les vino muy bien.*

*Edwige intervino:*

*—¡Pero tenemos un nuevo gobierno!*

*Hardy parecía querer pegarle:*

*—¡Justamente! —gritó—. Nuestro plan era tan bonito: queríamos formar nosotros el nuevo gobierno. ¡Hasta habíamos repartido los puestos! Y ¿qué ha ocurrido? No sabemos quién gobierna ahora, pero de acuerdo a cómo se están*

comportando los nuevos jefes, son mucho peores que los anteriores.

—No necesitas gritarme de ese modo —dijo Edwige.

—¡No discutáis! —advirtió Jonathan—. Eso no nos ayuda para nada. Ahora interesa sobre todo salvar nuestras vidas. Quién sabe... tal vez aún tengamos posibilidades.

—Eres un optimista incorregible —dijo Edwige—. ¿Crees de verdad que alguna vez podremos salir de esta porquería? ¿Qué podemos hacer? No nos queda más remedio que esperar hasta que finalmente nos encuentren.

—Tenéis razón: aparentemente, nada ha cambiado. —Jonathan se levantó y se restregó las manos húmedas—. El tono del nuevo gobierno apenas se distingue del que conocíamos de antes. Pero quizás eso mismo encierre nuestra alternativa. Si aquí realmente se construye un nuevo Estado, también habrá de instalarse el antiguo sistema de computadoras. Y en eso seguimos siendo expertos. Y Ben sigue conservando los papeles, el resumen de los métodos que hacen peligrar el sistema. Podéis decir lo que queráis; yo estoy seguro de que llegará el día en que volveremos a aplicarlos.

Se había incorporado, haciéndole recordar a Ben a un profeta que ve el futuro a través del espacio y el tiempo. Pero no había tal profeta, ni había seguridad. Todo lo que había eran probabilidades, y muy exiguas. Sí, Ben seguía teniendo las anotaciones; estaban en el bolsillo de su chaqueta... involuntariamente las tocó con la mano y sintió crepitar el papel. Pero ¿seguían teniendo valor alguno?

Sintieron el ruido de pasos que bajaban por la escalera; era François, que había estado haciendo guardia.

—Creo que ahora se dedicarán a nuestra calle.

Hardy, apoyado contra la pared y agotado, se dio la vuelta. Tenía fiebre; sus ojos parecían titilar:

—Me iré, ¡aquí estamos en una ratonera!

—¡Quédate aquí! —le ordenó Jonathan, pero Hardy ya estaba corriendo escaleras arriba..., oyeron el ruido de sus pasos en la acera cubierta de escombros de muros y de hollín...

—Si nos quedamos, estamos perdidos —dijo Ben.

—Estoy cansada de ir huyendo de un sitio a otro. Estoy indescriptiblemente cansada. No puedo más. —Edwige se recostó en el lecho y cerró los ojos.

Jonathan la rozó con una mirada de desprecio. Luego dijo:

—¿Os hacéis cargo de lo que significa que nos encuentren? —Miró a los demás, pero no obtuvo respuesta—. No es imposible que estén informados de que somos los causantes de la catástrofe —prosiguió Jonathan. Se dirigió brevemente a Ben; pero éste tampoco reaccionó—. También es posible que figuremos en sus listas negras como tantos otros. Pero si caemos en sus manos no podremos ocultar nada. Tienen métodos para hacer hablar a la gente. Sólo necesitan coger a uno...

Apartó la manga de su abrigo y miró la hora. Cuando se disponía a seguir

hablando oyeron una breve ráfaga de ametralladora a mediana distancia. En aquel momento todos pensaron en lo mismo: Hardy.

—¡Debemos salir! —susurró François.

Ben se sentó en un saco con acentuada tranquilidad:

—Debemos esperar la noche. Después intentaremos huir. Pero esta vez la cosa tiene mal aspecto. El círculo alrededor de esta zona está cerrándose. No nos queda otro remedio: tenemos que tratar de atravesar la cadena y de llegar al otro lado del frente.

François lo miró fijamente:

—¿Y crees que tenemos posibilidades...?

Jonathan hizo un gesto indefinido con la mano.

—Apenas las tenemos —dijo—. Es un último intento desesperado; no más que eso. Y para que no nos delatemos mutuamente propongo una medida especial. —Se levantó, caminó hasta un rincón de la pieza, en el que había colocado unas pocas cosas que le habían quedado: un bolso, un paquete envuelto en papel de diario, una corta barra de hierro que en caso de necesidad podría utilizarse como arma. Abrió el cartón, sacó un sobre alargado y un recipiente plástico con algunas ampollas. El sobre contenía una jeringa y unas agujas. Cogió una de ellas y la enroscó en la jeringa—. Esta es una sustancia que extingue la memoria —dijo—. Conserva todas las capacidades necesarias para la vida; en cambio olvidaremos todo lo que hemos hecho durante los últimos meses y años: los acontecimientos y las personas implicadas en ellos.

Se detuvo un momento y aguzó el oído... sintieron un débil traqueteo y estrépito. Los comandos de limpieza iban acercándose.

—Creo que no nos queda mucho tiempo —observó Jonathan—. Descubrid vuestros brazos; cada cual recibirá su dosis, y no ahorraré... Pasarán años y quizás décadas hasta que vuelvan a surgir los recuerdos.

—Y ¿cuánto tiempo... —preguntó François vacilante—, cuánto tiempo pasará hasta que el líquido surta su efecto?

—Unas dos o tres horas —contestó Jonathan—. Ahora comienza a caer la noche; nos separaremos. Cada cual intentará atravesar solo los cordones. No todos podremos salvarnos: alguno que otro caerá en manos de la policía. Pero cuando comiencen los interrogatorios, nadie podrá declarar nada.

Callaban. Tal vez le dieran crédito a las palabras de Jonathan, pero tal vez simplemente estuvieran demasiado cansados para objetarlas. Se acercaron a él, que les inyectó el preparado. Tampoco pasaron por alto a Edwige: François le descubrió el brazo a la muchacha que yacía apática en su lecho, y Jonathan se arrodilló al lado de ella. Finalmente se inyectó el líquido a sí mismo. Luego se levantó y dijo en voz baja:

—¡Que os vaya bien!

Ya no volvieron a mirarse. Uno tras otro fueron deslizándose hacia la escalera y

desapareciendo en el crepúsculo. Sólo Edwige se quedó acostada con total pasividad.

Al llegar arriba, Ben se detuvo un momento... alcanzó a oír los pasos contenidos de François, quien había salido delante de él. En realidad da igual en qué dirección camine, se dijo Ben. Sin vacilar un instante trepó a un muro en el lado izquierdo y aterrizó en los escombros de un techo derrumbado; siguió caminando por entre las piedras. Trataba de hallar un escondite. Y tenía que ser uno ingenioso, pues en caso contrario lo hallarían los especialistas con sus detectores de infrarrojo. Sin rumbo fijo exploró unas habitaciones y unos nichos semiderruidos. En un momento intentó llegar a un recinto subterráneo a través de una ventana, pero entonces los ladrillos comenzaron a deslizarse y Ben se volvió. Se detuvo, escuchó atentamente... oyó ruidos aquí, allí, cada vez más cercanos. Palabras que surgían de un altavoz: «... exhortamos a que todos se rindan. Sin asistencia médica estáis perdidos. Abandonad vuestros escondites, alzad los brazos, salid lentamente...»

Ben se dio la vuelta y salió corriendo. Una y otra vez tenía que saltar sobre restos de muros y vigas. Intentaba no hacer ruido, pero en esas circunstancias era casi imposible. El paisaje era cada vez más extravagante. Las casas parecían cortadas con una hoja de afeitar; algunas partes estaban intactas y se veía el interior de las habitaciones con muebles y con cortinas; a veces también se veían personas momificadas; otras zonas habían sido devastadas y reducidas a polvo.

Al entrar por un portal en un estrecho desfiladero entre dos ruinas sobresalientes, Ben pisó un pedazo de lata, tropezó y se cayó con gran estrépito. En ese instante lo iluminó un reflector, luego otro, y otro más... Ben intentaba esconderse como un animal ahuyentado en los rincones oscuros y en sombras, pero la luz lo cegaba y tenía la sensación de estar indefenso en un pedestal...

Seguidamente halló un pasillo estrecho que había quedado entre un muro y un vagón de Metro volcado; allí se introdujo a la fuerza.

Pasos detrás de él... ahora estaban pisándole los talones.

Pasos desde delante.

Intentó desviarse una vez más hacia un lado, encontró un corto trecho de calle cubierta, aparentemente el resto de una arcada. Se introdujo corriendo, y entonces notó con espanto que se había metido en un atolladero: no había salida.

—¡Ríndete! ¡Sal con las manos en alto! —grito una voz amplificadora por un megáfono.

Ben yacía inmóvil en un rincón. Jadeaba por el esfuerzo realizado; oprimió su mano contra el pecho dolorido... y sintió un crepitar: sus anotaciones. Tuvo un acceso de calor hirviente. Nadie había pensado en ellas, ni siquiera Jonathan. Si lo apresaban, este papel sería la demostración de su culpabilidad. Miró en derredor como un animal salvaje atrapado en una trampa.

¿Dónde podía hacer desaparecer los papeles?

En las paredes no había más que mampostería, un marco de ventana caído... Delante de él, una boca de incendio.

*Volvió a escuchar pasos que se acercaban.*

*—¡Alto, deteneos o disparo! —Ben lo gritó con todas sus fuerzas y esperaba poder ganar así unos segundos.*

*Con manos temblorosas desenroscó la tapa de la boca de incendio. Sacó los papeles de su bolsillo y los dobló cuantas veces pudo. Los metió debajo de la terminal de empalme y volvió a colocar la tapa. Luego salió corriendo, intentó cruzar el camino y ocultarse en la sombra del otro lado... un golpe en el hombro lo tiró al suelo, y tan sólo después, tres ruidos chasqueantes.*

*Oscureció alrededor de él. Todavía sintió que se acercaban unos pasos; de pronto, el silencio, un mundo sin luz, sin sonido, sin suelo debajo de los pies. Y luego cayó, acelerándose constantemente, en un profundo vacío.*

Ben sintió nuevamente la reactivación de los contenidos de la memoria, sepultados mucho tiempo atrás como un sueño confuso. Pero esta vez fue distinto. Se dio cuenta de que a veces estaba próximo a despertarse: quizás el fármaco ya no tuviera una acción tan fuerte, o tal vez él ya no fuera tan sensible a los efectos. Se revolvió en la cama, durante unos segundos volvía a situarse en el presente, sin abrir los ojos... temía que entonces se redenslizara por completo hacia la realidad, y luego ya no sabía dónde estaba...

Y después se despertó definitivamente, de pronto, a causa de alguna vivencia onírica alarmante que ya no podía recordar; fue arrancado de su estado de ensoñación... y miró fijamente un rostro de rasgos raramente inexpresivos y pelo enredado que formaba en las sienes unos mechones revueltos: ¡Hardy!

Apenas tuvo tiempo de constatar que aún se encontraba en su camarote, que Hardy estaba arrodillado al lado de su almohada, con un objeto cilíndrico en la mano. Oyó que Hardy susurraba: «¡Qué bien que hables dormido! ¡Sigue durmiendo!» Ben sintió un líquido fresco de olor penetrante en la cara, una lluvia de aerosol del cilindro, y casi inmediatamente volvió a caer en el sueño, o en la inconsciencia...

Al despertar no sabía cuánto tiempo atrás había ocurrido ese suceso que recordó inmediatamente y con total nitidez. Y en ese momento recordó también aquel acontecimiento en su sueño ante el que su yo había reaccionado como una señal... Era el punto del que se tendía un puente hacia el presente, el episodio que había esperado desde el comienzo. Era el recuerdo de las anotaciones...

¿Qué había dicho Hardy: que Ben hablaba en sueños? Sintió un violento escalofrío. Si había hablado en sueños sobre las anotaciones y sobre el escondite que ahora conocía, eso implicaba que Hardy ahora estaba informado...

Ahora Ben estaba completamente despabilado y concentrado. Notó que todavía estaba vestido y que sólo debía ponerse la chaqueta. Se peinó de prisa, luego espizó por la cortina. El reloj grande en el frente indicaba las nueve y diez... aparentemente aún no habían notado que Ben no se había levantado; desde abajo no se lo vería mientras siguiera acostado. Desde luego, si ahora se levantaba lo verían inmediatamente, pero en este momento eso le daba igual. Y quizás hasta había un camino para no ser reconocido. Con un salto salió del camarote, oprimió un pañuelo de papel contra su cara y salió corriendo de la sala lo más rápidamente posible. Superó la barrera con un salto que lo habría honrado en el campo de deportes. Ahora no le prestó mayor atención.

Tenía la esperanza de que su posición de investigador le permitiría pedir, en caso de urgencia, un coche flotante individual. Corrió hasta el videófono más cercano, introdujo su tarjeta identificatoria y dictó su pedido. Dos minutos después, el vehículo automático estaba parado junto a él a un lado de la calle. Lo montó de un salto, conmutó la dirección y el vehículo se elevó en el aire, a mayor altura que los

demás, incluso por encima de los vagones flotantes del tren público. Por un momento se asustó al oír una sirena, pero luego recordó que era su propio vehículo que se abría camino con señales fónicas y luminosas.

Hardy seguramente lo aventajaba en algunas horas, pero los transportes públicos implicaban un viaje prolongado. En ello Ben cifraba sus esperanzas.

Al llegar finalmente a las afueras de la ciudad, allí donde se había conservado el último resto del Viejo Mundo para que se lo visitara, Ben dirigió el coche flotante a una de las torres panorámicas. Desde ese punto elevado tenía una buena visión de las instalaciones históricas.

Apretó un botón que hacía volver el vehículo a la cochera, salió y se mezcló entre la masa de gente para las que hoy había visitas guiadas. Era una fiesta para todos los afectados, y no sólo porque se libraban de la eterna rutina de la gimnasia, de las clases y del entrenamiento psíquico, sino también porque el espanto siempre contiene un matiz de placer... Allí no sólo se veían los muros de la ciudad derruida, tal cual la habían dejado las detonaciones de la década anterior; también se veían los cuerpos de los infelices que habían muerto en aquel entonces, tan vivos como si hubiera sucedido tan sólo ayer, porque se los había envuelto en resina de poliéster. Y, a pesar de que muchos presentaban horribles heridas, podía reconocerse claramente que estos hombres habían adelgazado hasta convertirse casi en esqueletos, que habían pasado hambre hasta la desesperación y que las enfermedades los habían consumido... Había sido la hora de la muerte de una sociedad que ya no podía continuar viviendo, y que se había administrado de modo tal que la situación alcanzada la llevaba al aniquilamiento. Para los integrantes de la Sociedad Libre, estas cosas eran inconcebibles, y cuando se las narraba en clase, muchos de ellos carecían de la fantasía necesaria para creerlas verdaderas. Aquí encontraban las pruebas. Y se agolpaban en las torres panorámicas, en las galerías, en los pasillos que atravesaban el terreno, separados de las ruinas sólo por paredes de vidrio blindado; se amontonaban delante de los catalejos colocados allí cada cinco metros y con los cuales podían verse con aumento las partes inaccesibles...

En ese momento, a Ben todo eso no le importaba. Viajó en ascensor hasta el primer piso, a la antesala del salón de reunión, donde se daban explicaciones mediante magnetófonos y altavoces. Frente a la entrada al ascensor había un pasillo a través del cual se llegaba directamente a la parte vieja. Se dirigió hacia allí sin dilación; una multitud de visitantes le cerraba el camino, y mientras se abría paso le pareció oír un débil tintineo que era casi ahogado por las voces de la multitud. Aceleró sus pasos empujando a la gente desconsideradamente a un lado y constató con un vistazo que había sido roto un vidrio... Allí estaba la boca de incendio con la tapa desenroscada sobre el piso... Ben había llegado tarde, pero Hardy no podía estar muy lejos, y si bien parecía imposible, Ben no quería darse por vencido; debía encontrar a Hardy. Siguió caminando a lo largo del pasillo, que no tenía otras salidas; luego subió unos escalones por la escalera que llevaba al piso superior; desde allí

tenía una buena visión general de la sala. Y en efecto —le pareció casi un milagro— vio a Hardy en medio de la multitud que se dirigía hacia la puerta de la galería panorámica de la derecha. Hardy se había delatado a sí mismo; mientras que los demás hacían cola tranquilos, él corría por entre la gente que cerca de las paredes no estaba tan apretada como en el centro del pasillo, y por eso desde arriba se lo veía como un punto veloz en medio de un lento oleaje.

Ben comenzó a perseguirlo, temeroso de perderlo de vista; pese a que procuraba no chocar con la gente, dejaba una ola de perplejidad tras de sí. Hardy lo vio sólo en el último momento, introduciéndose entonces sin consideración alguna en medio de la mayor aglomeración. Pero avanzaba cada vez más lentamente, y Ben iba acercándose. Al poco tiempo lo tenía al alcance de la mano. Ben lo cogió de detrás por un dobladillo del *overall* y lo retuvo. En medio del gentío se colocó al lado de Hardy y fue palpándole los bolsillos, lo cual era bastante difícil, porque aquél se defendía todo lo que la situación le permitía. Con una movilidad limitada y apretujados por todas partes comenzaron una lucha silenciosa y encarnizada, en la que Ben al principio no pudo lograr éxito alguno. Pero finalmente le llamó la atención que Hardy oprimiera un brazo contra el pecho, y entonces se le reveló que había colocado los papeles en la solapa de la chaqueta. Ben le arrancó desconsideradamente los botones. A pesar de que Hardy ahora se defendía como si estuviera en juego su vida, Ben se dio cuenta de que era más fuerte, y finalmente le arrebató triunfante los papeles, arrugados, con varios cortes, pero, por lo demás, indemnes. En ese momento se apartó de Hardy, y pronto se vieron separados por la multitud, fueron empujados a través de la barrera con el aparato de numeración, Hardy se alejaba cada vez más de Ben y éste finalmente lo perdió de vista.

Había sido una lucha desesperada en medio de cientos de personas, y sin embargo, casi nadie la había advertido.

Ben seguía en medio de los racimos de gente, empujado junto con los demás a través de los pasillos y escaleras; al divisar una salida a su derecha se retiró rápida e inadvertidamente. Corrió hasta la salida siguiente, abandonó el edificio y caminó de prisa, pero sin llamar la atención, hasta la parada más cercana del tren colgante.

Ni siquiera tuvo que hacer una cola larga; el lujo de un viaje cómodo con vista aérea de la ciudad costaba muchos puntos. Pero Ben ya no tenía motivos para ser tacaño con sus puntos, y un viaje en paz en la cabina individual le resultaba importante. Apenas lo habían perdido de vista las personas que esperaban las cabinas siguientes extrajo los papeles del bolsillo, los alisó y trató de entender de qué se trataba. Porque eso no era de ningún modo simple; en general se trataba de símbolos y datos, y sólo unas pocas palabras escritas a mano insinuaban el significado oculto. Pero luego, al ver unas series de códigos que le eran familiares, ya no tuvo dificultades excesivas para descifrar los signos. ¡Conque éste era el tesoro oculto del

grupo de conspiradores! A primera vista no era algo de gran valor, sino más bien una colección de trucos e instrucciones para daños materiales. Y todas se referían al sistema estatal de computadoras. Se trataba de instrucciones para lograr acceder a programas ajenos y a partes bloqueadas del almacén de datos mediante trucos de conmutación; para evitar el recuento y la evaluación del tiempo de cálculo; para provocar cortocircuitos en programas almacenados y rutinarios, de modo que no pueda utilizárselos; para desvelar códigos que protejan datos secretos; para preparar tarjetas magnéticas a fin de entrar en zonas prohibidas; para falsificar cartas de la red eléctrica; para burlar las instalaciones de control; para dañar o destruir aparatos o partes de aparatos... todo eso parecía un poco pueril, parecían medios para ser empleados por jóvenes rebeldes y no por revolucionarios serios. Pero mirándola más de cerca, la cuestión era distinta. El entero funcionamiento de la máquina del Estado dependía de este sistema de computadoras, de sus innumerables instalaciones en el centro y en la periferia, de los programas, de las rutinas, de los ficheros y de los datos. El sistema tenía múltiples seguros y parecía estar a cubierto de perturbaciones de todo tipo. Pero el propio Ben había descubierto en el curso de su trabajo tal o cual debilidad; si lo hubiera querido, podría haberle dado un mal uso al sistema en alguna oportunidad. Naturalmente, no lo había hecho. Pero en manos de un grupo de personas que aplicaran ese saber sin miramientos, estos conocimientos podían convertirse en un arma temible. La destrucción de diversas funciones de control originaría un caos inimaginable, y la paralización de programas de compensación y de reparaciones podría impedir que se restableciera la situación normal antes que se encontraran las causas. Este sistema que unía en un destino común a hombres y autómatas era, sin embargo, tan esencial para la conservación del orden, para el aprovisionamiento, para el funcionamiento del servicio de noticias, de transportes y de vehículos y para muchas otras cosas, que una falla que no pudiera solucionarse en poco tiempo pronto habría hecho peligrar la vida de millones de personas. A medida que Ben estudiaba los papeles se volvía cada vez más pensativo. No le interesaba una guerra privada contra el Estado, pero este documento podría ayudarle decisivamente a resolver sus problemas y a protegerse mejor a sí mismo.

## Acerca de la aplicación de calculadoras digitales

Disponemos en las computadoras de un instrumento que, por su organización, es un medio de ordenamiento y destrucción de información. Sobre todo las siguientes medidas están ligadas a procesos automatizables y computadorizables generadores de orden:

dirigir

planificar

programar

organizar

clasificar

registrar

conducir

manejar

calcular

formalizar

cuantificar.

Como el logro de la situación de máximo orden posible es el objetivo principal del Estado, a las computadoras les corresponde un papel privilegiado en la consecución de esta meta.

En los tiempos arcaicos no se comprendían ni se aprovechaban las posibilidades especiales que al respecto ofrecen las computadoras. Se utilizaban calculadoras que en vez de consolidar la situación llevaban a un aumento de los factores de inseguridad. Esto se refiere sobre todo a los métodos interactivos, en los que se conecta el cerebro humano con la lógica de cálculo. Puesto que en esto las decisiones intuitivas y espontáneas aparecen como factores de perturbación, se arribaba a resultados imprevisibles: es el ejemplo clásico de la aplicación equivocada de medios que en sí son útiles. Los casos concretos se encuentran sobre todo en el ámbito de la ciencia y técnica, que en aquel entonces brotaban incontroladas, así como en la aplicación de las computadoras para fines artísticos (artes gráficas de computadora - arte de computadora).

El ejemplo histórico muestra que las consecuencias negativas del uso de computadoras aparecen toda vez que se someten a influencias humanas espontáneas. De ello resulta la necesidad de una progresiva independización de las instalaciones elaboradoras de información. La meta final de este desarrollo es un sistema en el que una red de grandes computadoras centrales, calculadoras de procesos y bancos de datos, trabaje sola, de acuerdo a los programas legislativos y sobre la base de datos registrados automáticamente.

La premisa debe ser la regla de que hay que aplicar la computadora siempre de modo que sirva al hombre del mejor modo posible: Por su precisión infalible está predestinada a ser el instrumento de dirección y conducción del Estado. Así se eliminan las medidas arbitrarias, que se daban a menudo en los sistemas políticos arcaicos.

Los programas superiores según los cuales opera el sistema de computadores contienen todos los artículos de la Ley Fundamental con todos sus apéndices y complementos. Para lograr una adecuación completa a las exigencias de cada caso, las calculadoras de procesos instaladas como centros periféricos deben poseer un conocimiento exacto de la situación social, y sobre todo de las respectivas necesidades sociales, psicológicas y médicas de la población. Conforme a ello, el sistema social se estructura con vistas a su vigilancia y a su control. Las revisiones médicas y los tests psicológicos se complementan con una red abundante de aparatos de medición óptica y acústica. La primera fase de la evaluación se realiza en las unidades periféricas; se eliminan los datos sobre modos de comportamiento promedio, mientras que los que indican desviaciones se envían al análisis central.

Por lo tanto, la computadora juega un papel primordial en el sistema hombre/técnica: asume las funciones de anteriores gobiernos humanos, cumpliéndolas de modo ideal, sin las imperfecciones de aquéllos. Es el instrumento perfecto de gobierno —desinteresado, inagotable, incansable— al servicio del hombre.

Ben esperaba la tarde ansioso. Estaba ávido de probar algunos de los trucos en su terminal, trucos que afectaban el trabajo con la computadora central. Entretanto viajó sin rumbo por la ciudad empleando los más variados medios de transporte, bajó, visitó un restaurante automático y una sala de juegos, se hizo hacer un masaje facial y la manicura... y también en todas estas actividades lo benefició el saber extraído de las notas: en vez de su tarjeta identificatoria introducía papel metalizado en las ranuras, y sin embargo, se abría la barrera y obtenía bonos para su tratamiento por los robots en la peluquería; trazó circunferencias alrededor de algunos de los recuadros de su tarjeta magnética con su lápiz de metal, y las barreras se abrían sin que se encendiera la luz amarilla del registrador; y pulso determinada combinación de números en el teclado de un vehículo flotante, y se dio cuenta de que podía abandonar a voluntad las normas de la red de tránsito, superando la velocidad normal y probablemente también los límites de las zonas prohibidas... por ahora se guardaba bien de realizar todas estas posibilidades, dado que no tenía ningunas ganas de llamar la atención. Pero estos meros intentos demostraban que el contenido de las anotaciones seguía siendo aplicable. Ben era ahora el hombre más poderoso del Estado.

Catorce horas. Apenas se abrió la entrada al centro de control, Ben corrió hacia el ascensor y viajó hasta el piso de su nuevo sitio de trabajo... Dos minutos después había conectado la estación de visión de datos. Ordenadamente marcó su número de identificación.

Pensó brevemente dónde podía esconder los papeles. Debía impedir que los demás los vieran. Finalmente abrió un cajón debajo de la tabla de su pupitre y sujetó los papeles, uno al lado del otro, con cinta adhesiva. Cuando entrara alguna persona no tenía más que cerrar el cajón.

Fue abordando sistemáticamente cada uno de los problemas: el evitar el control horario, el acceso a material secreto, el bloqueo de ciertas llamadas, programas y aplicaciones... No todo resultaba según lo esperado; evidentemente habían seguido desarrollando el sistema. Pero en general no le resultaba difícil lograr la adaptación a la nueva situación. Si bien algunos códigos o símbolos ya no eran correctos, Ben sabía por cuáles había que reemplazarlos... los principios fundamentales de los métodos recomendados seguían siendo válidos.

Desde luego, estaba ansioso por hacer uso de esas posibilidades, por informarse de cosas que hasta ahora le habían estado vedadas, por analizar las actas de sus colegas y jefes, de Oswald y de Gunda, y por buscar más datos sobre sí mismo... Pero de momento le interesaba más que nada aprender a dominar el instrumento que había obtenido tan inesperadamente...

Aproximadamente una hora después oyó pasos, e inmediatamente hizo desaparecer las anotaciones, apagó la pantalla y pulsó unas órdenes inofensivas en la

teletipo.

—Como siempre, el investigador modelo —Gunda se sentó con su postura ya habitual en el pupitre, justo encima del cajón con los papeles secretos... un poco provocativamente, le pareció a Ben. Se preguntó si también haría esas escenas con otros colegas. Pero tal vez éstos no lo notaban, o sólo les resultaba desagradable, como antes a él. Pero ahora había aprendido a mirar a las mujeres desde un punto de vista totalmente distinto. Las observaba atentamente y ya no rehuía la mirada. Ella tenía buen aspecto y, como tantas otras veces, le hacía recordar a su muñeca Blacky. Pero las proporciones de su figura superaban en mucho las de la muñeca, y de pronto Ben volvió a sentir la tensión que ya conocía de anteriores encuentros con Gunda, aunque esta vez no experimentaba rechazo alguno... al contrario: era —y Ben se lo autoconfesaba sin reservas— ese innegable deseo corporal.

Quizás la expresión de su rostro había delatado demasiado, pues Gunda de pronto se levantó y se le acercó tanto que lo rozó.

Ben puso su mano en el muslo de ella y la atrajo aún más.

—Intento familiarizarme con la nueva instalación —dijo.

—Dejemos de jugar al escondite —dijo Gunda de pronto, con un nuevo tono de voz. Acercó un segundo banquito, y se sentó al lado de Ben. Miró a su alrededor y luego susurró—: Estás en peligro. Deberías haberlo notado. Pero tal vez no lo tengas claro..., ¡quiero ayudarte!

—¿Qué quieres decir con eso? —Ben no tenía la intención de contarle sus secretos a Gunda. De pronto volvía a ser prudente—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo quieres ayudarme?

—¡Qué pregunta! No has de tener miedo de mí... estoy de tu lado. Y puedo demostrártelo. Te diré algo que muy pocos saben. ¿Alguna vez has pensado sobre el hecho de que en nuestro Estado hay personas que no están conformes con el sistema? ¿Grupos ilegales, organizaciones subversivas? En pocas palabras: pertenezco a una organización de ese tipo.

—¿Y por qué me lo dices?

—Está claro: porque eres uno de los nuestros.

—¡Eso es una tontería! ¡No sé nada de una organización subversiva!

—No sabes nada porque has estado bajo un bloqueo psíquico. Pero durante los últimos días debes de haber notado que no eres el miembro inofensivo, débil, promedio de la Sociedad Libre. ¿Crees que no sé que te has encontrado con Hardy, con Jonathan y con Barbara? Y bien, ellos también integran mi grupo.

—Con ninguno de ellos he hablado acerca de una organización clandestina o cosa semejante.

—¡Claro que no! Todos ellos tenían estrictas normas de conducta para el caso de que se personara un investigador. Y tú has ido como investigador. No te conocen como miembro, puesto que en los últimos años ya no has participado... en los años en que yo me incorporé. Pero antes habías participado cumpliendo un papel

destacado. Muchos conocen tu nombre y han oído hablar de lo que has hecho. Desde hace años esperan que algún día reaparezcas... que vuelvan a surgir tus recuerdos. Y he sido yo quien te ha observado y te ha ayudado a reencontrarte contigo mismo.

Ben intentó armonizar lo que Gunda le decía con sus conocimientos incompletos. Algunas cosas parecían plausibles. Seguía teniendo cierta desconfianza, pero por otra parte se le estaba despertando la esperanza de hallar la solución del enigma que lo envolvía.

—Tal vez debería explicarte qué ha ocurrido en estos días y qué hay detrás de todo ello.

Gunda sacó su cajita de pastillas, le ofreció un caramelo de *fitness* a Ben y tomó uno ella misma. Siguió hablando con voz apenas audible:

—Hace unos días te descubrió un integrante de nuestro grupo. Nos pareció casi ridículo: justamente el investigador modelo, el fiel servidor Benedikt Erman. Pero eso, naturalmente, significaba también que habían logrado tu perfecta «conversión». No ha sido ése el caso de algunos a los que habían cogido como a ti. Me designaron para que te observara. Sí, quizás no lo creas, pero también tenemos integrantes entre las categorías superiores. De ese modo se vuelven posibles algunas cosas que a personas de tu posición les parecen un milagro. En resumidas cuentas: por algunos indicios he notado que tus trabas psíquicas comenzaban a desaparecer.

—¿Y por qué no me has dicho simplemente la verdad?

—Podrías haberme creído, o no. La iniciativa debía partir de ti mismo, de tu propio impulso. Pero podíamos incitarte a ello, y eso es lo que hemos hecho. Creo que ahora te estás dando cuenta... —Había notado que Ben parpadeaba pensativamente—. Te hemos confrontado contigo mismo. No habrás pensado que el sistema cometa semejante error. No; para ello hicieron falta algunas intervenciones. Pero lo más importante es que ha surtido efecto. Podrás imaginarte que después no hemos dejado de observarte; siempre había alguien de nosotros detrás de ti. También hemos hecho que pudieras emprender una reactivación. Eso, igualmente, debería haberte hecho sospechar. No creerás en serio que un bioquímico ilegal que trabaja en el fondo de un lavabo de hombres posea los medios para una reactivación...

—Pero esa reactivación no se ha logrado en un cien por ciento —objetó Ben—. Cierto que me volví consciente de una serie de cosas, pero muchas de ellas eran contradictorias, poco claras, inverosímiles...

—No podía ser de otro modo —contestó Gunda—. Para una verdadera reactivación se necesitan cosas mucho más fuertes que unas pocas sustancias químicas. ¿Has asistido a alguna reactivación? Con una sonda de neuronas se va localizando un plano tras otro. Se estimula cada plano de forma selectiva, con descargas eléctricas exactamente dosificadas. Los preparados farmacéuticos sólo sirven de apoyo. Todo eso no era posible en tu caso. Te hemos suministrado el mejor medio a nuestro alcance, pero naturalmente no puede actuar de modo integral. Es decir, que no sólo ejerce su influencia sobre las partes bloqueadas del cerebro, sobre

la información sepultada, sino que actúa sobre todo el almacén de asociaciones, con lo cual vuelven a tu conciencia, además de la materia mnemónica relevante, una serie de imágenes que en realidad no tienen nada que ver con el asunto. Por tanto son, en cierto modo, sueños que acompañan la verdadera reactivación.

—¿Y qué hay de verdadero en todo eso?

—No sé qué efectos ha tenido el fármaco ni qué vivencias oníricas has experimentado. Pero voy a decirte gustosa qué es lo verdadero: que en un sistema como éste vuelven a juntarse una y otra vez grupos de personas que no se resignan a la dictadura de las computadoras. Tú has pertenecido a un grupo tal, igual que Hardy, Jonathan y Barbara...

—Lo he vivido en sueños... —susurro Ben.

—¿A qué te refieres? —Gunda se detuvo un momento—. ¿Ahora lo recuerdas? ¿Qué es lo que has vivido en tus sueños?

—Sí, es posible. —Ben se pasó la mano por la frente, como si quisiera borrar pensamientos intranquilizadores—. Está bien. Tal vez sea tal cual lo estás diciendo. Quizás todas esas cosas sigan en algún sitio de mi persona... He visto, vivido, algunas de ellas. De acuerdo: si es así, nada puede modificarse al respecto. Pero ¿qué ha de suceder ahora?

—Pero ¿puedes dudarlo un instante? ¡Volverás a asociarte a nosotros! Puedes ocupar un puesto dirigente. Trabajaremos juntos..., ¿no te gustaría? —Gunda volvió a acercarse mucho a Ben. Pero a éste ahora lo movían otros pensamientos.

—Todo eso suena muy lógico. Pero ¿no lo estás viendo sólo desde tu óptica personal? Para mí, estas cosas han quedado muy atrás. Y, aunque fueran verdaderas, ¿qué es lo que significan para mí? ¿Cómo se te ocurre revelármelas?

—¡Pero, Ben! —lo cogió del brazo—. Ahora no puedes sino trabajar con nosotros. Sabes que las personas en este Estado no viven sólo con limitaciones corporales, sino también psíquicas. Se les ha reducido su panorama. Se ha reprimido toda una escala de impulsos naturales, incluso con la completa extinción de algunos de ellos. ¿Crees que los hombres se someten espontáneamente y sin rechistar a todas las órdenes? ¿Aceptas que se separen hombres y mujeres sólo porque quiera controlarse tal o cual dato genético abstracto? ¡Las cosas más naturales del mundo son condenadas como perversiones! Y es justo al revés: ¡la pervertida es la sociedad en la que vivimos! —Gunda hablaba con un odio cada vez mayor. Había subido el tono de voz, pero ahora intentaba volver a dominarse—. Nos dicen que todos tenemos los mismos derechos y que se han borrado las diferencias entre ricos y pobres. Entretanto, tú mismo te has enterado de que eso no es cierto. Has visto las habitaciones de los integrantes de las categorías más elevadas. Todo lo que nos dicen es mentira. A fin de cuentas sólo interesa que unos pocos lleven una vida de lujos y abundancia a costa de los demás. ¿Y tú me preguntas por qué debes incorporarte a nuestro grupo? Hay unas pocas personas en las que el estrechamiento del horizonte psicológico no sirve de nada. Tú y yo pertenecemos a esa clase de personas. Y quien

ve con ojos abiertos lo que ocurre no puede vivir como los demás. Quien haya conservado la mínima chispa de iniciativa propia estará dispuesto a hacer todo lo que esté a su alcance en contra del sistema.

—Está bien. Supongamos que colabore con tu grupo. ¿Qué tendría que hacer? ¿De qué modo queréis emprender algo en contra de este Estado? Sabes tan bien como yo que todo está perfectamente organizado, dirigido y controlado. ¿Qué pueden hacer unas pocas personas, por inteligentes y activas que sean?

Gunda lo miró con una expresión que él no pudo explicarse del todo. Desde luego, estaba excitada, debía de ser un momento importante en la vida de ella, pero ahora se había agregado algo más, una expresión de hambre, de avidez, y Ben aguardaba ansioso la respuesta; quizá se enteraría de más cosas de las que Gunda quería revelar.

—Muy simple, Ben. Hay un medio. Y tú nos ayudarás a usarlo. ¿Sabes a qué me refiero? A los papeles, a las anotaciones... Sí, nos hemos enterado de que hay una sola persona que conoce el escondite, y tú eres esa persona. Por eso ahora eres tan importante para nosotros. Dame los papeles, debes dármelos ahora, y todo saldrá bien.

—¿Y cuál es el objetivo? ¿Para qué queréis aplicar esos métodos?

Gunda meneó la cabeza, como si se espantara ante tanta incomprensión.

—¿No queda claro? Perturbaremos este sistema, lo destruiremos. Provocaremos un caos, y sabes que ahora estamos en condiciones de hacerlo. ¿Dónde tienes los papeles?

—No te he preguntado por las medidas; conozco bien el sistema central de dirección y de control, y sé qué es lo que se puede hacer para provocar determinados efectos. Te he preguntado por vuestra meta. ¿Qué es lo que hemos de cambiar? ¿Tenéis algún objetivo concreto?

Gunda estaba perpleja:

—¡Desde luego, la destrucción de este sistema! Nosotros asumiremos la dirección. Libraremos a los hombres. Ben, imagínate cómo cambiará este mundo para nosotros. Seremos nosotros mismos los que viviremos en los rascacielos..., bien arriba, por sobre la ciudad, por encima de todos los demás. Podríamos estar juntos, Ben, ¡nosotros dos!, elegir alguno de esos pisos lujosos y llevar una vida despreocupada... ¿Qué te parece? ¿No sería maravilloso?

¡Sería maravilloso! Ben se imaginó cómo se sentiría si tuviera el espacio suficiente para vivir bien, si viviera en medio del aire sano, con suficientes alimentos y con abundancia de agua límpida. Se imaginó una vida en la que no hubiera un horario fijo, sin colas delante de los comedores, sin uniformes, sin noticias del día ni explicaciones de los programas políticos. Sin gimnasia, sin entrenamiento psíquico, sin clases de historia comparada. Sin oficinas, sin controles, sin limitaciones...

Tendría que haber carecido de fantasía para no quedar impresionado por las imágenes pintadas por Gunda. Y la propia Gunda: la conocía poco, pero ¿hacía falta

más? Siempre había dormido con su muñeca, y una sola vez había tenido a una muchacha real: Barbara. ¿No daba igual con quién compartiría su vida? Y Gunda no sólo era bonita; también parecía ser inteligente..., muy distinta de las personas que Ben solía tratar. Quizás todo eso no fuera una ilusión. Una vida libre de preocupaciones, una existencia libre, como en vacaciones permanentes, mucho más atractiva que los pueblos de vacaciones...

Pero había algo más. A pesar de que no había vuelto a su pasado ni mucho menos, a pesar de que aún no tenía claro qué era verdad y qué sueño, una cosa había vuelto a revitalizarse en él, algo que jamás había formulado con palabras, que tampoco era tan fácil de expresar y de describir como un medio más agradable, pero que era mucho más importante y verdadero: era el objetivo al que se había consagrado. De nuevo lo sabía y deseaba alcanzarlo. Y era, además, incompatible con todo aquello con que Gunda había intentado seducirlo.

Se incorporó rígido; la mano de Gunda se deslizó de su brazo.

—No —dijo—. Lo he pensado: no participaré. Es mi última palabra.

Gunda se levantó como si la hubiera alcanzado el golpe de un látigo. En su rostro aparecía una sorpresa ilimitada.

—¿Cómo? ¿No quieres participar? ¿Tienes miedo, o eres demasiado haragán o demasiado tonto? ¡Está bien, déjalo! Que los demás hagan el trabajo pesado, para todos, y también para ti. ¡Pero danos las anotaciones! ¡Dánoslas! ¿Dónde las tienes?

Se aferró a Ben, se dirigió a sus notas, las revolvió, corrió hacia la puerta del armario, la abrió violentamente... Parecía estar próxima a un ataque de histeria. Ben se acercó rápidamente a ella, la cogió fuertemente de los brazos, de modo que no pudiera moverse.

—¡Estás loca! ¡Cállate! Los demás se darán cuenta. ¡Domínate! —Esperó a que Gunda abandonara su estado de excitación. Luego dijo—: Creo que no queda nada por decirnos. ¡Sal de aquí! —Ella dejó que Ben la empujara hasta la puerta de su despacho. Él dio media vuelta y ella siguió caminando con pasos rígidos, como una marioneta.

Ben tardó un rato hasta digerir todo lo que acababa de escuchar. De ningún modo estaba seguro de todo lo que Gunda había dicho, pero algunas cosas indicaban que así era y coincidían con sus recuerdos. Pero sobre todo sabía que otras personas también habían reconocido la importancia del documento y que tratarían de apoderarse de él de cualquier manera. Lo pensó brevemente, luego hizo que un generador de casualidades le proveyera de un nuevo número de código, lo aseguró mediante un truco que había aprendido hacia sólo una hora y con esto se reservó una sección de almacenamiento al que nadie tendría acceso, a no ser que destruyera los datos. Allí almacenó todas las indicaciones y números contenidos en las anotaciones. Verificó una vez más que las podía evocar con el número de código que había aprendido de memoria...

Luego desprendió los papeles de la tabla a la que los había adherido, y los quemó.

## **Minuta sobre la aplicación de la elaboración de datos en el campo social**

La precondition decisiva para la aplicación de la elaboración automática de datos en sociología es una relación equilibrada entre el mejoramiento de la provisión social mediante una elaboración más abarcadura de la información, por un lado, y la protección de la información intercambiada en la comunicación entre el socioentrenador y el ciudadano, por el otro.

La computadora debe ser exclusivamente un instrumento del socio y psicoentrenador, con la idea de lograr la mejor concreción posible del servicio al paciente y a la comunidad en la estructuración de modos de comportamiento psicológicos y sociales.

El objetivo final del desarrollo debe ser una captación y elaboración total de la información; para ello, el ciudadano debe cumplir también, en el marco de sus actividades diarias, con su deber informativo; otros medios para la obtención de datos son las pruebas y los tests, algunos de los cuales se aplican de forma declarada y otros (para conservar la espontaneidad) de forma enmascarada. El material de datos psicológicos, junto con los resultados corrientes de las revisiones médicas, brindan una imagen abarcadora de la personalidad. De acuerdo al principio de la identidad entre Estado y ciudadano, no hay una esfera privada ni un derecho al secreto frente a las autoridades de captación de datos. Según los fundamentos positivistas de la información, la personalidad no es más que la suma de todos los datos individuales medibles. Sólo puede cumplimentarse el derecho del ciudadano a la protección y a la seguridad cuando hay una total transparencia de la estructura de la personalidad. Por tanto, el deber a la revelación ha sido incorporado como constituyente integral al párrafo 1 de la Ley Fundamental.

Ben empleó el resto de su horario de trabajo en realizar algunas modificaciones en su propia acta almacenada electrónicamente. Sobre todo intervino en los últimos registros, borrando todo lo que pudiera provocar sospechas. Vio perplejo qué saber especializado y fundamentado había en los métodos que había conocido por las anotaciones. Debía ser el saber de especialistas. Y tenían que haber empleado mucho tiempo y esfuerzos en descubrir todas estas debilidades del sistema y volverlas utilizables. Y también reconoció que había una gran debilidad justamente en la exclusividad con que el Estado se apoyaba en la elaboración de datos. Pues con la intervención en los datos también se borraba una parte de la realidad. Era posible modificar el pasado a posteriori: lo único que hacía falta era borrar el contenido de algunas secciones del almacén e introducir otros datos... y de pronto vio con claridad que este principio podía aplicarse en un sentido mucho más amplio: junto con los modernos métodos psicológicos hasta podían cambiarse, arreglar, corregirse a posteriori las vidas de los hombres...

Ahora ya no dudaba de que aplicaría el arma que había caído en sus manos. Sí, era un arma, y quedaba claro que con este *know how* podía lograrse mucho más que con explosivos, y que la información era un medio mucho más eficaz para modificar el mundo que las herramientas o las armas...

Naturalmente debía cerciorarse de algunos puntos. ¿En qué medida Gunda le había informado correctamente, en qué puntos le había engañado?

Ahora tenía acceso a innumerables datos que hasta ahora le habían estado vedados, y era lógico que Ben los analizara y verificara sus indicios... Pero ¿podía darle esto la seguridad requerida? ¿No podía haberlos manipulado ya otra persona, falseándolos en un sentido que se contrapusiera a toda intención discrepante?

El mejor método para averiguar la verdad seguía siendo el convencerse personalmente...

Después de la jornada de trabajo se dirigió a la casa de Barbara. Era la única de la que podía esperar información. Viajó hasta la entrada de su bloque de viviendas y la hizo llamar desde allí.

Un minuto después ya había llegado.

—Ben, ¡tenía tantas ganas de que volviéramos a vernos! Pero no me atrevía...

Ben puso un brazo en el hombro de ella y luego lo retiró, porque temía las miradas de los demás.

—Ven —la exhortó.

—Hoy, el piso en la torre está ocupado —dijo Barbara—. Quise esperar hasta que se desocupara otra... Te habría llamado... Por el momento no sé adónde podríamos ir.

—Oye, Barbara, quiero hablar contigo. Debes contestarme algunas preguntas. ¿Quieres hacerlo?

—Sí, con gusto —dijo Barbara, mientras pensaba—. Sé de un escondite; unas amigas a veces lo han usado. No es tan lujoso como aquella vivienda, ¿eso no te molestará?

—Me da lo mismo —dijo Ben—. Óyeme, Barbara, sólo quiero saber algunas cosas acerca de esa organización subversiva.

—¿Qué organización subversiva? Ven, tenemos que cruzar. No está lejos. Es un depósito de ropas de trabajo. Lo atraviesa una calefacción de aire caliente; no hace tanto frío.

—Es importante, Barbara: debes decirme todo lo que sabes. ¿Qué tienes que ver con esa organización?

—No sé a qué te refieres. Jamás he oído nada de una organización subversiva. ¡Deja de hacer esas preguntas tontas y ven!

Ben se detuvo, y cuando ella quiso seguir caminando, se le puso delante.

—Barbara —dijo ahora con tono de súplica—, por favor, dime la verdad. Me he enterado hoy... de lo tuyo, de Jonathan y de Hardy. Puedes hablarme con confianza. Ahora formo parte de vuestro grupo. ¡No te hagas rogar tanto!

Ahora cambió la expresión de Barbara; sus rasgos se endurecieron:

—¡Debes de estar loco, Ben! Hablas de una organización clandestina. ¡Déjame tranquila con semejantes necedades! ¿O participas en alguna de ellas? Mira: no quiero tener nada que ver con eso. —Se apoyó un poco en Ben, y éste se apartó.

—¿Eso es todo lo que me tienes que decir?

—¡Sí!

Ben se dio la vuelta y se fue sin saludar a la muchacha.

Utilizó el Metro para volver a su casa. Procuró no viajar en un coche vacío, pues aún tenía muy presente su aventura del día anterior. Sobre eso Gunda no había dado ninguna explicación, y aunque así lo hubiese hecho, habría tenido tan poco valor como lo que le había contado esta tarde. Ben creía que Barbara había dicho la verdad. Era impensable que pudiera actuar tan bien. Y además no habría tenido sentido. En esas circunstancias debería haber reaccionado de otro modo... En fin, tal vez todavía lo descubriera, tal vez no. Pero en realidad eso ahora no era tan importante. Pues iba creciendo en él su voluntad de hacer lo que se había propuesto.

Al entrar en el dormitorio notó una aglomeración de gente, y luego vio que se concentraba delante de su camarote. Presintió una conexión con los acontecimientos en los que estaba envuelto, y trató de ocultarse entre la multitud. Poco a poco se fue acercando y vio que habían vaciado su camarote. No sólo la manta, la almohada, la sábana y el colchón yacían en el suelo; también habían arrancado el armario, Blondy estaba tirada; habían cortado el forro y brotaban copos de bolas de espuma; también su colchón estaba hecho pedazos, incluso habían roto su radioreceptor. No pensó ni un segundo acerca de la intención de todo eso, dio media vuelta y caminó hasta el

ascensor.

Al detenerse una cabina y abrirse la puerta, entró, a pesar de que ya estaba muy llena, y se apretujó entre los demás hombres.

—¿Es éste?

Desde el fondo, una voz femenina contestó:

—Sí.

Miró a la derecha y reconoció a Gunda, que se había ocultado detrás de una máscara respiratoria.

De pronto sintió que lo agarraban, se introdujeron dedos en sus bolsillos, le abrieron el *overall*, le palparon el forro.

—¡No encuentro nada!

—¡Seguid, tiene que tenerlos encima!

Le arrancaron la ropa del cuerpo, le quitaron los zapatos, investigaron cada centímetro cuadrado. Ben estaba desnudo entre ellos; un par de manos fuertes lo sujetaban.

—¡Nada! —dijo un hombre y se dirigió a Gunda.

La cara de la mujer denotaba furia.

—¡Di dónde los has escondido! ¡Vamos, dilo!

Ben callaba.

—¿Le pegamos? —Uno de ellos lo cogió por el cuello y le dobló la cabeza hacia arriba.

Gunda vaciló un momento; luego dijo:

—Dejadlo. No tenemos tiempo.

La luz indicadora mostraba que habían llegado al sótano. Una vez abierta la puerta le dieron una patada a Ben y tiraron su ropa detrás de él. La puerta se cerró y Ben perdió de vista la cabina.

Volvió a vestirse de prisa. Su ropa tenía algunos tajos, y tuvo que esforzarse por taparlos. Tenía la sensación de que ya no le quedaba mucho tiempo y subió las escaleras corriendo.

**DOCUMENTO SECRETO    ¡GUARDAR BAJO LLAVE!**

**Tabla de números casuales**

|       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |       |
|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|
| 72137 | 73850 | 32733 | 35321 | 80647 | 39713 | 61060 | 57865 | 88049 | 20557 | 43375 | 50914 | 83628 | 73935 | 72502 | 48174 | 62551 | 88122 | 22378 | 96488 |
| 40254 | 60099 | 50584 | 10991 | 57642 | 19101 | 30613 | 01549 | 98531 | 83936 | 45842 | 78222 | 88481 | 44933 | 12839 | 20750 | 74116 | 58973 | 99018 | 22769 |
| 48083 | 50731 | 81250 | 57995 | 41487 | 29534 | 08059 | 22945 | 72193 | 36077 | 82577 | 16210 | 76092 | 87730 | 90049 | 02115 | 37096 | 20505 | 91937 | 69776 |
| 16602 | 26772 | 89693 | 92558 | 38394 | 84119 | 68486 | 17622 | 30953 | 78267 | 31568 | 58297 | 88922 | 50436 | 86135 | 42726 | 54307 | 29170 | 13045 | 65527 |
| 29910 | 56490 | 47184 | 79775 | 09779 | 06718 | 45822 | 17643 | 63252 | 00232 | 98059 | 90786 | 95246 | 15280 | 61692 | 45137 | 17539 | 81799 | 64780 |       |
| 77708 | 83761 | 89238 | 86521 | 82711 | 79266 | 47763 | 26173 | 36183 | 65869 | 64356 | 91271 | 49296 | 89354 | 29005 | 69792 | 01480 | 51557 | 70728 | 35862 |
| 90715 | 65115 | 12870 | 89922 | 24926 | 44062 | 94898 | 97561 | 96490 | 35454 | 51623 | 96381 | 11055 | 32951 | 28363 | 16451 | 87912 | 66404 | 76254 | 75495 |
| 79666 | 48119 | 38525 | 82189 | 34921 | 49838 | 47558 | 92343 | 47408 | 99542 | 44247 | 12762 | 54468 | 74321 | 36224 | 88619 | 16238 | 25374 | 13553 | 28345 |
| 83294 | 49751 | 76235 | 55814 | 29900 | 03796 | 73326 | 94291 | 10739 | 36087 | 32326 | 62225 | 72447 | 77804 | 67045 | 27552 | 72367 | 34001 | 63792 | 66764 |
| 44422 | 78305 | 76369 | 20601 | 39701 | 80769 | 17322 | 78280 | 42376 | 64899 | 62390 | 68375 | 42921 | 28545 | 33167 | 85710 | 11035 | 40171 | 04810 | 69848 |
| 12601 | 54432 | 65017 | 91131 | 50515 | 97477 | 80691 | 31834 | 32401 | 11994 | 97820 | 06683 | 27477 | 61364 | 22681 | 02280 | 53815 | 47479 | 44017 | 37563 |
| 65684 | 73689 | 24910 | 25488 | 23699 | 86413 | 19085 | 49355 | 24358 | 02915 | 81553 | 92012 | 50435 | 73014 | 90290 | 86827 | 81430 | 45597 | 82296 | 28947 |
| 18363 | 66515 | 23098 | 22384 | 87756 | 66396 | 63646 | 50663 | 98099 | 67895 | 92022 | 48494 | 95974 | 33534 | 94857 | 71126 | 71770 | 16092 | 03942 | 90161 |
| 00491 | 53688 | 72033 | 68063 | 86104 | 04119 | 65831 | 30304 | 39202 | 82110 | 82254 | 03669 | 03281 | 11513 | 36336 | 98297 | 48100 | 71594 | 52667 |       |
| 02878 | 83197 | 94318 | 47901 | 85252 | 91224 | 32939 | 75043 | 40325 | 53252 | 18175 | 09457 | 83810 | 46392 | 02705 | 85591 | 33192 | 65127 | 80852 | 42030 |
| 79920 | 22780 | 43100 | 83886 | 26378 | 66010 | 00020 | 80666 | 66861 | 17820 | 50756 | 80608 | 35695 | 72641 | 26306 | 76298 | 32532 | 22644 | 96853 | 18610 |
| 97556 | 54260 | 42361 | 12741 | 56996 | 48177 | 85725 | 36666 | 45531 | 85243 | 12710 | 60264 | 74650 | 91226 | 08152 | 32147 | 17457 | 56298 | 48964 | 64733 |
| 79435 | 52143 | 12322 | 12564 | 04314 | 98550 | 58315 | 78036 | 24355 | 85822 | 44424 | 88508 | 06190 | 74060 | 93206 | 92840 | 44833 | 81146 | 64060 | 62975 |
| 93903 | 78220 | 09178 | 38766 | 58996 | 78675 | 11648 | 96220 | 54127 | 24804 | 24729 | 66501 | 74157 | 42246 | 41688 | 72835 | 87258 | 89384 | 11251 | 34329 |
| 40758 | 50961 | 90230 | 72006 | 24268 | 77817 | 10524 | 60304 | 79352 | 31942 | 85419 | 93017 | 28087 | 78323 | 77109 | 56832 | 78400 | 24190 | 37978 | 85863 |
| 53841 | 28758 | 93442 | 42983 | 25254 | 96396 | 16570 | 89358 | 36619 | 72838 | 10933 | 99964 | 13468 | 17211 | 48046 | 51122 | 92668 | 96750 | 11130 | 06275 |
| 07826 | 78473 | 17708 | 50059 | 33584 | 52451 | 11575 | 53992 | 83223 | 58546 | 45559 | 71671 | 53603 | 24491 | 57570 | 90789 | 32932 | 67449 | 05115 | 45941 |
| 40645 | 27009 | 16341 | 05870 | 42604 | 79895 | 08720 | 13175 | 85573 | 38051 | 38391 | 92039 | 71664 | 40219 | 97707 | 93975 | 66981 | 19556 | 24805 | 51689 |
| 82966 | 14127 | 94390 | 07039 | 39152 | 10357 | 94612 | 56748 | 75428 | 28101 | 38543 | 54214 | 48928 | 32818 | 51983 | 87363 | 15094 | 29529 | 87305 | 01361 |
| 60147 | 99378 | 58310 | 34655 | 48242 | 58056 | 30544 | 01680 | 08322 | 70476 | 44242 | 54227 | 28598 | 94422 | 29361 | 20359 | 48577 | 05971 | 92373 | 22765 |
| 61557 | 43927 | 11643 | 65522 | 76713 | 95782 | 34956 | 67384 | 47654 | 64999 | 11468 | 74140 | 81386 | 94127 | 67342 | 38010 | 92522 | 57728 | 39432 | 27914 |
| 71522 | 16545 | 68464 | 62540 | 76143 | 06328 | 94718 | 58404 | 84099 | 73641 | 52165 | 54336 | 89196 | 40042 | 37889 | 00030 | 58033 | 50082 | 94988 | 62152 |
| 05366 | 66273 | 49518 | 25415 | 20346 | 22719 | 18255 | 47688 | 78478 | 61742 | 83093 | 77038 | 55399 | 67893 | 89597 | 86050 | 98059 | 35757 | 49479 | 63531 |
| 72668 | 62720 | 08971 | 97908 | 15905 | 86615 | 97559 | 68107 | 10649 | 30976 | 66455 | 90708 | 08450 | 50129 | 17795 | 55604 | 51222 | 17900 | 55553 | 02989 |
| 81497 | 78491 | 83680 | 86319 | 81223 | 19735 | 72708 | 82599 | 26127 | 29660 | 30790 | 65154 | 19582 | 20942 | 81439 | 83917 | 90452 | 64753 | 99645 | 19799 |
| 66170 | 68781 | 91423 | 86549 | 09295 | 51327 | 41022 | 76893 | 29200 | 82747 | 97297 | 74420 | 16783 | 93471 | 89056 | 56413 | 77817 | 10655 | 52915 | 68198 |
| 23361 | 60672 | 52451 | 03774 | 05365 | 94880 | 70978 | 57385 | 70532 | 46078 | 87300 | 53319 | 90155 | 03154 | 20301 | 47831 | 86797 | 11284 | 49160 | 79852 |
| 53608 | 59581 | 70966 | 24937 | 65559 | 98856 | 19207 | 41684 | 20288 | 19783 | 82215 | 35810 | 99852 | 43795 | 21590 | 96315 | 55657 | 76473 | 08217 | 46810 |
| 24079 | 01177 | 02686 | 35515 | 24819 | 73382 | 50172 | 23114 | 28745 | 12349 | 35844 | 63265 | 26451 | 06986 | 09707 | 99251 | 06260 | 74779 | 96285 | 31989 |
| 60495 | 87947 | 20592 | 01917 | 59595 | 55083 | 43112 | 94833 | 72864 | 82845 | 53473 | 06308 | 56778 | 30474 | 57277 | 23425 | 27602 | 47759 | 18422 | 56074 |
| 93550 | 48308 | 20282 | 82711 | 74402 | 51335 | 64031 | 41740 | 68880 | 69373 | 73674 | 97914 | 77969 | 47280 | 71804 | 74587 | 70563 | 77813 | 50242 | 60398 |
| 16280 | 03381 | 09798 | 89487 | 33632 | 47073 | 92357 | 38870 | 73784 | 95862 | 83923 | 90790 | 49474 | 11901 | 90322 | 80254 | 99606 | 17019 | 17892 | 70813 |
| 32968 | 72831 | 55156 | 80166 | 91599 | 09471 | 78945 | 42580 | 86605 | 97758 | 88206 | 54199 | 41327 | 01170 | 21745 | 71318 | 07978 | 35440 | 26128 | 10545 |
| 80722 | 21328 | 19977 | 82161 | 29365 | 62151 | 48030 | 05125 | 70865 | 72154 | 86385 | 39490 | 57482 | 32921 | 33795 | 43155 | 30432 | 48384 | 85430 | 51828 |
| 67362 | 87389 | 95959 | 96456 | 70498 | 40173 | 80016 | 81500 | 48061 | 25583 | 74101 | 87573 | 01556 | 89183 | 64830 | 16779 | 35724 | 82103 | 61858 | 20209 |
| 83452 | 92994 | 85019 | 57720 | 36951 | 03383 | 34265 | 65728 | 89776 | 04006 | 06080 | 84076 | 12445 | 47416 | 83620 | 59165 | 97420 | 23889 | 74515 | 55211 |
| 61138 | 41624 | 94768 | 53124 | 96920 | 04777 | 82534 | 76336 | 21108 | 42302 | 75406 | 21054 | 80132 | 67719 | 72562 | 58360 | 57384 | 65406 | 63818 | 17048 |
| 83805 | 28803 | 63272 | 65480 | 08764 | 16379 | 72055 | 61148 | 82780 | 89111 | 53131 | 57879 | 39099 | 42715 | 24830 | 60045 | 23250 | 30847 | 46816 | 17817 |
| 59782 | 50488 | 77081 | 10166 | 86577 | 26581 | 26999 | 96204 | 20431 | 30114 | 23035 | 30380 | 76272 | 60343 | 57573 | 42402 | 47962 | 21439 | 54684 | 97568 |
| 09627 | 26695 | 79373 | 09119 | 79765 | 99918 | 01628 | 47335 | 17893 | 53176 | 07436 | 14799 | 78197 | 48601 | 97557 | 63918 | 20530 | 61965 | 69344 | 71964 |
| 20180 | 60603 | 71684 | 34875 | 60617 | 77991 | 86322 | 27390 | 73634 | 73494 | 21527 | 93579 | 20049 | 85866 | 25102 | 64733 | 93872 | 72699 | 78520 | 43340 |
| 84375 | 15463 | 49139 | 17369 | 71179 | 77472 | 96230 | 19521 | 67354 | 41883 | 58939 | 36222 | 43935 | 35272 | 47817 | 90267 | 91434 | 85453 | 84477 | 03559 |
| 67163 | 48629 | 25607 | 27003 | 09721 | 70206 | 10497 | 83617 | 39178 | 45062 | 63903 | 33852 | 14903 | 38998 | 60027 | 41702 | 78189 | 28598 | 12707 | 91101 |
| 49380 | 42273 | 95895 | 32621 | 60848 | 67721 | 69712 | 33438 | 89908 | 88620 | 80646 | 47857 | 80021 | 50560 | 67414 | 44379 | 40278 | 85984 | 71604 | 05691 |
| 85013 | 02278 | 53110 | 33235 | 62849 | 53799 | 51375 | 42451 | 79889 | 68096 | 80857 | 91046 | 95340 | 70209 | 23825 | 46031 | 45306 | 64478 | 31460 | 61653 |
| 46598 | 51980 | 02957 | 56574 | 18672 | 02994 | 39990 | 02489 | 53079 | 72789 | 22662 | 30359 | 38220 | 13972 | 86115 | 17196 | 24589 | 26020 | 66299 | 50962 |
| 52928 | 68296 | 15570 | 31407 | 54968 | 78749 | 16135 | 82797 | 31296 | 93268 | 10101 | 96616 | 82618 | 85756 | 51156 | 74037 | 12501 | 94162 | 42006 | 99213 |
| 09403 | 50848 | 71068 | 31308 | 35677 | 49048 | 10870 | 72107 | 11580 | 61176 | 33345 | 58717 | 07896 | 74065 | 53886 | 05051 | 78702 | 13102 | 74818 | 20992 |
| 20328 | 72163 | 66728 | 81091 | 52307 | 78952 | 80261 | 11207 | 73065 | 46286 | 57057 | 49472 | 95241 | 84360 | 13860 | 95736 | 43637 | 60399 | 19080 | 72417 |
| 78707 | 57821 | 28410 | 64908 | 30452 | 78760 | 36880 | 02564 | 96978 | 62332 | 77521 | 92228 | 53849 | 26578 | 39954 | 86226 | 91039 | 13884 | 25376 | 60167 |
| 73597 | 94657 | 72927 | 48459 | 61325 | 50908 | 25601 | 30038 | 78786 | 65197 | 65283 | 18169 | 72867 | 53931 | 47906 | 90501 | 27533 | 69944 | 68875 | 31568 |
| 07446 | 66408 | 19958 | 65159 | 11338 | 39231 | 72802 | 70630 | 87336 | 16385 | 32784 | 38073 | 87910 | 89260 | 66444 | 15979 | 83489 | 76952 | 50065 | 89540 |
| 47870 | 55448 | 14158 | 83541 | 58729 | 42430 | 42234 | 04905 | 83274 | 22459 | 75032 | 93544 | 10482 | 34277 | 46177 | 01081 | 87748 | 09012 | 39805 | 35950 |
| 84289 | 35824 | 35508 | 49401 | 36478 | 30248 | 41771 | 61398 | 98154 | 61644 | 12405 | 45037 | 68034 | 98561 | 46747 | 30655 | 41878 | 93610 | 61745 | 97827 |
| 52704 | 71441 | 50581 | 65679 | 37597 | 17182 | 60733 | 11765 | 09293 | 70078 | 40751 | 85048 | 80277 | 82450 | 69003 | 18682 |       |       |       |       |

Afuera había comenzado a oscurecer; como siempre, había niebla sucia en las calles y las personas se habían puesto sus filtros respiratorios.

Ben no perdió tiempo en ello. Llamó un coche flotante para un viaje especial, subió y se hizo llevar a la central.

El portón estaba cerrado, pero Ben había preparado su tarjeta identificatoria, y así se abrió inmediatamente después que la introdujo en la ranura. Al cerrarse el portón detrás de él, Ben se dio la vuelta repentinamente: tenía la sensación de que con ello había ocurrido algo concluyente, definitivo. Pero después se dijo que esa impresión quizá tendría su origen en el aspecto desacostumbrado del interior del edificio; jamás lo había visto fuera de las horas de servicio, y mucho menos de noche. Sólo estaba iluminado por franjas radioluminiscentes en los techos y en las Paredes, una luz que borraba los contrastes y que hacía parecer los objetos como cubiertos de polvo.

Ben evitó usar el ascensor; prefería subir por la escalera.

Al entrar en su cuarto de trabajo se detuvo como paralizado: también por allí había pasado una jauría devastadora. Los daños en las instalaciones le afectaron más que los de su camarote: todos los revestimientos habían sido arrancados, abiertas las conexiones, había innumerables fichas en el suelo. También estaban abiertos los armarios, revueltas todas las cajas con cintas magnéticas, las cintas mismas estiradas en interminables serpentinas y amontonadas en un rincón del cuarto. Ben se dio la vuelta; esta visión no lo sorprendía del todo.

Podría haberse dirigido a cualquier otro sitio de trabajo, pero algo lo movió a ir a su antiguo nicho. Bajó dos pisos y luego caminó a lo largo del pasillo. Contaba, en cierto modo, con que también habrían registrado esta cámara, pero la halló intacta.

Entró. Sobre el pupitre había algunos lápices, un bloc de notas. En las hojas, unas palabras, datos... Eso significaba que ya habían encontrado un sustituto.

Quitó la silla del pupitre con el tablero eléctrico y se sentó. Con manos hábiles y como lo había hecho ya mil veces, estableció la conexión. La pantalla se iluminó. Apareció una frase. Luego, un número identificatorio: 33-78568700-16 R. Un nombre: el suyo. Un diagrama, una línea descendente. Una cruz que indicaba el resultado final de la imagen estadística. Y luego, en una nueva línea subrayada en rojo, la nueva clasificación: Y-.

A pesar de que Ben había contado con eso, durante unos segundos lo obnubiló el miedo. Parecía no poder respirar..., sus pulmones aspiraban jadeantes...

Luego se recuperó rápidamente. Eso, por el momento, no era lo más importante. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Había marchado hacia ese destino. Aunque no se lo había confesado, lo suponía. Y al fin y al cabo había venido aquí para ganarle la mano a la otra parte...

El sistema funcionaba, Ben tenía acceso a la calculadora, al centro de dirección, a los almacenes... Eso era lo importante.

Se había grabado nítidamente en la mente qué indicaciones debía dar ahora para atravesar las barreras en cuestión. Luego llamó el contenido de lo grabado; apareció inmediatamente en la pantalla... números sobrios, signos, palabras, que no revelaban su explosividad.

Y ahora, Ben dio la instrucción que establecía el contacto... y que llevaría la información exactamente adonde se la aprovecharía...

Unas pocas órdenes más, medidas de seguridad: este programa llegaría hasta el final, nadie podría detenerlo.

Ben movió la llave principal hacia la izquierda. La pantalla se oscureció, los indicadores del pupitre se apagaron. Ben quedaba excluido del sistema. Pero este sistema seguía vivo, y respondía a quien tuviera la clave.

Ya no le quedaba nada por hacer. Estaba exhausto, vacío. Esperó. No sabía qué, pero algo sucedería, algo sólo relacionado con él mismo, y eso era inevitable.

Al oír pasos ni siquiera se dio la vuelta. Una mano se posó en su hombro..., una voz; la de Oswaldo.

—Adiviné que te encontraría aquí.

Ben se dio la vuelta:

—¿No hay nadie más?

—¿Quién podría estar aquí? Quería hablar a solas contigo. ¿O buscas a Gunda? Acaban de detenerla. A ella y a los demás conspiradores. Has resistido la prueba y no te has aliado a ella. A ti te debemos el haber podido seguir los pasos de Gunda. Has aprobado la última parte de la prueba, y satisfecho mis expectativas. —Oswaldo cogió la mano de Ben y lo felicitó—. Ven conmigo, aquí ya no tienes nada que hacer.

Llevó a Ben a su oficina. Aquí había un nuevo *overall* limpio, ya preparado para Ben.

—Querrás asearte; allí está la puerta del lavabo. ¡Cámbiate!

Ensimismado, Ben obedeció las instrucciones. Dejó correr el agua fría por su cara, hasta que creyó poder volver a pensar con claridad.

Oswaldo lo esperaba en la antesala y le dijo que lo siguiera. Subieron con el ascensor a la azotea, donde había un taxi a turbina listo para partir. Ben jamás había volado en uno de esos vehículos...

Oswaldo se sentó al volante, y Ben a su lado. La cabina estaba revestida de vidrio. Pendía debajo de la unidad de impulso y de dirección..., se podía ver el panorama en todas las direcciones.

Oswaldo fue elevando lentamente la máquina voladora, por entre velos de niebla que a la luz de los reflectores parecían un líquido muy agitado. Se encontraban en medio de aire puro, en una zona que Ben había visto una sola vez: desde la terraza del rascacielos. ¡Cuán atrás había quedado esa escena!

Por fin, Oswaldo comenzó a hablar. Por mucha curiosidad que Ben sintiera, no había querido urgirle a que diera explicaciones. Sabía que Oswaldo comenzaría a hablar por sí mismo en el momento oportuno.

—Mira hacia abajo. Desde esta altura no se puede percibir que la Tierra está habitada. En tales regiones uno se distancia de la cotidianidad. Y cuando hay que tomar decisiones importantes es bueno ganar esa distancia.

Estaban subiendo cada vez más, a veces por entre copos de nubes blancas que estaban distribuidas en capas horizontales, como prendidas con alfileres. Al este, el sol se disponía a atravesar aquel mar de masas difusas. Creció un círculo de fuego, iluminándose; los haces de rayos amarillos parecían dispararse hacia el universo.

—Desde aquí, el mar de *smog* tiene un aspecto completamente distinto a cuando uno se encuentra inmerso en él —dijo Oswald—; es el último resto de una época histórica pasada, una época en la que el hombre destruía sistemáticamente su espacio vital. Ya había logrado un nivel técnico considerable y, sin embargo, era un tiempo de anarquía. La sensatez no se había mantenido al par de la ciencia. El hombre no estaba en condiciones de seguir las reglas de la prudencia, de someterse a un orden indispensable para la supervivencia.

Ben no dijo nada, y después de un breve intervalo, Oswald prosiguió:

—La superficie del mar de *smog* está comenzando a decrecer. Las concentraciones de desechos de petróleo, de óxidos de metal, de hollín y de suciedad están disminuyendo. Cada vez que tengo tiempo de volar a esta altura puedo convencerme de nuestros éxitos: todavía estamos padeciendo las consecuencias de una humanidad demencial, pero poco a poco las estamos superando. Estoy esperando el día en que la masa de niebla se abra y nuestra ciudad vuelva a resplandecer por primera vez a la luz incomparable del sol. —Calló nuevamente, y a Ben le pareció que Oswald trataba de ocultar su emoción. Movi6 algunas palancas—. Dirección automática. Ahora podemos charlar tranquilos. —Su voz sonaba un poco más decidida, menos pensativa—. Estoy convencido de que quieres hacer una serie de preguntas.

Ben tuvo que hacer un gran esfuerzo por liberarse del estado anímico en que había caído: una sensación de irrealidad, de aislamiento, de haber logrado un nuevo punto de vista, lejos de los problemas banales de la vida cotidiana. Con gusto habría estado dispuesto a olvidar todo lo que lo ataba a ese mundo tenebroso, a ese mundo que estaba allí abajo, en algún sitio debajo de la capa de niebla. ¿Quería indicarle Oswald una salida, alguna posibilidad insospechada, increíble, mejor? Pero luego retornó a la sobriedad, y con voz tranquila preguntó:

—¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me has traído contigo? ¿Qué significa...? Sabes a qué me refiero: a la categoría Y negativa.

—Desde luego, la nueva calificación. ¿Y qué era lo que esperabas? ¿Qué crees que sucede con las personas calificadas con Y negativa?

—Bueno..., en el mejor de los casos, una transformación psicológica, la creación de una nueva personalidad. Pero, con mayor probabilidad, la nihilación. El final temprano.

Oswald rió en voz baja:

—La categoría Y negativa no es más que un estadio de transición. Tu nueva categoría es «C». Ahora eres un integrante de la categoría C, con todos sus derechos y obligaciones.

—Pero ¿por qué...?, los resultados de la estadística..., las notas son malas, están muy por debajo del promedio.

Oswaldo volvió a reírse.

—Toda valoración es relativa. Te daré un ejemplo: ¿qué significan la actividad, la iniciativa y la creatividad para un obrero que trabaja con una cinta transportadora? Las cualidades de esta índole no hacen más que perturbar su actividad. Probando sus aptitudes, los resultados serían malos. ¿Entiendes qué quiero decir?

—Creo que sí... Te refieres a que la calificación de Y negativa supone un juicio negativo para determinadas tareas, pero que las mismas cualidades pueden ser positivas e incluso esenciales para otras.

—Exactamente —confirmó Oswaldo—, y con ello también te explico qué te ha movido durante los últimos días: tu propio destino. La cuestión es muy simple. Es muy difícil encontrar en la enorme masa de ciudadanos a aquellas personas que a causa de cambios genéticos inesperados, mutaciones, han ganado cualidades que antes les faltaban. Sabemos perfectamente que no hay tests para comprobar sin fallos tales cualidades. Porque las normas de las pruebas habituales apuntan en otra dirección, y justamente las personas inteligentes saben cómo comportarse para evidenciar cualidades «buenas» en el sentido tradicional. ¿Acaso tú mismo no has evitado de ese modo una mala calificación?

Cuando Ben lo confirmó, Oswaldo prosiguió:

—No hay mejor método para comprobar la actividad, la iniciativa y la creatividad que la de llevar al individuo en cuestión a una situación en la que está obligado a aplicar todas estas cualidades. Por tanto hemos sido nosotros los que hemos puesto en escena este juego, y debo pedirte perdón, porque te ha deparado horas difíciles. Pero también pido tu comprensión. Y ya lo ves: el método ha funcionado.

—Gunda me ha dado una explicación distinta —objetó Ben—. Me ha dicho que había sido su grupo el que me había dado la orden de investigar mi propio caso.

—Puedes olvidarte tranquilamente de Gunda —contestó Oswaldo, serio—. Durante bastante tiempo ha sido una buena colaboradora mía. Y muy agradable. En el ínterin te habrás dado cuenta de que la separación estricta entre hombres y mujeres, tal como se prescribe para las categorías inferiores, no es más que una consecuencia de nuestra táctica. Pues bien, Gunda me ha decepcionado. Durante un tiempo pensé que merecería un traslado a una categoría superior. Pero sus cualidades morales lo han impedido. Seguramente habrás notado que era una excelente actriz, y que sabía mentir con verosimilitud. Lo que te ha contado no es cierto. Lo ha inventado de cabo a rabo, sólo para conseguir las anotaciones.

—Yo también suponía que ella no decía la verdad —dijo Ben—. Pero algo de verdadero debe de haber en todo eso. ¿Qué hay de mi pasado? ¿Qué ha sucedido con

la organización subversiva a la que yo habría pertenecido? ¿Qué relación tengo con Barbara, con Hardy y con Jonathan?

La máquina voladora se había movido largo rato horizontalmente, y ahora el mar estaba debajo de ellos. A la luz del sol, que había subido, se reflejaban cien mil olas. Los reflejos dibujaban triángulos, franjas y trapecios sobre la superficie del agua. Ben jamás había podido imaginarse el mar.

Oswaldo movió una palanca en el sistema automático de dirección..., el horizonte parecía rotar como un disco giratorio, y luego, tras una amplia curva, volaron tranquila y regularmente como antes hacia el sitio del cual habían partido.

—No creerás en serio que todas esas cosas confusas oculten una semilla de verdad. Desde luego, estamos en condiciones de modificar el pasado o, mejor dicho, de modificar el recuerdo del pasado. Así ha ocurrido en tu caso. Hemos construido una porción de hechos imaginarios; debimos hacerlo, porque de tu trayectoria totalmente regular no habría surgido ninguna motivación para que actuaras. Pero puedes preguntártelo a ti mismo: en los recuerdos que parece tener de antes, ¿existe acaso el más mínimo indicio que te parezca un acontecimiento real?

—No —confesó Ben—. ¿Acontecimiento real? No, ninguno. —Evocó en su memoria las escenas e imágenes con que lo habían engañado sus vivencias oníricas... No, no contenían nada seguro, nada que reconocería como realmente vivido. Y, sin embargo, fuera de todo lo actuado o vivido había algo, absolutamente válido, algo que se había conservado, aunque no pudiera hallar su origen... Quería tratar de explicárselo a Oswaldo, pero éste siguió hablando.

—Barbara, Hardy y Jonathan son psicópatas, personas que viven en un mundo figurado, ya casi al borde del derecho a la vida. No obstante, también ellos cumplen una función en nuestra sociedad: de vez en cuando nos ayudan a encontrar a personas como tú. Los convertimos en trampas de su pasado imaginario, de un pasado del que luego se despojan como de un abrigo. Pero todo eso está terminado, y no debes dejarte engañar más.

—¿Y qué debo hacer como integrante de la categoría C?

—Gunda te ha contado que somos todos holgazanes y explotadores. Sí, has oído bien: me incluyo, pues pertenezco a la categoría A. Mi calificación de F sólo sirve de enmascaramiento. Pero Gunda no tenía razón. En realidad, cada uno de nosotros también tiene su tarea entre las clases inferiores; tiene su seudónimo, cuyo significado supera el de una mera máscara..., pues cada cual vive exactamente en el sentido de su ordenamiento oficial.

—¿Y la vivienda en la casa-torre?

—Ya lo sé..., la has visitado. Hemos preparado aquella visita para que tuvieras una idea de que también hay otros aspectos en la vida. Y bien, la pregunta es fácil de contestar. Sin embargo, debo volver un poco hacia atrás. Como sabes, y aquí puedes fiarte plenamente de las informaciones de las clases de historia, antiguamente la humanidad no sólo estaba amenazada desde fuera, sino también desde dentro. El

abuso de su libertad, una vida disoluta, una actuación contra todas las leyes de la medicina y de la psicología han hecho prevalecer cada vez más las cualidades negativas: la degeneración física y espiritual, la propensión a las enfermedades, el predominio de impulsos destructivos, un cataclismo de la ética y de las costumbres. Para la construcción de nuestra Sociedad Libre hemos tenido que hallar formas organizativas completamente nuevas. No puede admitirse que todos los seres humanos se apareen al azar ni que se multipliquen ilimitadamente. Muy pocos de entre ellos siguen teniendo un bagaje de genes completamente sano e inobjetable: su descendencia debe llenar los espacios vacíos producidos por la restricción de nacimientos. Para ello nos basamos en el sistema de los clones: de cada óvulo, mediante divisiones inducidas artificialmente, surgen varias docenas de niños. Son genéticamente idénticos y tienen las mismas cualidades positivas que sus padres. Y puedo comunicarte que, de acuerdo con nuestras investigaciones, tú también estás admitido para la donación.

Entretanto volvían a flotar sobre un mar de niebla que parecía no tener límite en ninguna dirección. Oswaldó se sentó al volante y la máquina voladora comenzó a descender lentamente.

—Desde luego, dedicamos todo nuestro cuidado a la descendencia. También en este aspecto tuvimos que tomar medidas muy distintas de las que existían anteriormente, cuando se dejaba la crianza al arbitrio del individuo. No, ahora ejercemos una asistencia que comprende al ser humano en su integridad, sin omisiones, hasta su vigésimo segundo año de vida. Hemos perfeccionado los medios de la enseñanza audiovisual y trabajamos con programas que se adecúan a cada uno hasta en los detalles más nimios. Cada cual recibe una instrucción especialmente calculada para él, de acuerdo a sus talentos e inclinaciones. Es lógico que también entrenemos las cualidades del carácter y los modos de obrar. El resultado son personas en equilibrio consigo mismas y con el medio. Las tareas que les asignamos posteriormente se corresponden con sus capacidades y preferencias. Y están dispuestas a obrar de modo correcto y a adaptarse a las necesidades del sistema. Ya no se sojuzga a nadie, ni física ni espiritualmente, ni de modo directo ni indirecto.

—Pero yo no recuerdo mi formación —dijo Ben.

—Ciertamente —confirmó Oswaldó. Entretanto se hallaba de nuevo en la masa de niebla, que aún estaba tristemente iluminada por la luz difusa de los rayos solares—. Ciertamente. También eso se basa en una medida indispensable para la existencia de una sociedad que funcione sin obstáculos. Se apoya en la diferencia entre un ser joven abierto al aprendizaje y un individuo madurado para el cual toda capacidad de aprender representa un peligro. En cuanto la formación está concluida, no necesita agregarse más información enseñada; basta con ir renovando la antigua. Por ese motivo hacemos una intervención, se trata de una electrocoagulación de un diminuto centro cerebral, que en cierto modo es el punto final de la fase de aprendizaje. Como efecto secundario de esta operación también se extingue el recuerdo de la época de

aprendizaje. Y eso incluso tiene sus aspectos positivos: se eliminan pensamientos y recuerdos perturbadores.

—¿Saben los alumnos lo que les espera? Me refiero a si se les dice que se extinguirán sus recuerdos y se eliminará su capacidad de continuar desarrollándose.

Oswaldo le dirigió a Ben una mirada escrutadora.

—Saben que han aprobado su examen y que ingresarán en la vida. Ése es un momento importante en su desarrollo, y se celebra con una fiesta y una ceremonia ritual. Eso es todo: no necesitan saber más. Y está bien que así sea.

Entretanto oscurecía a ojos vista; en esa época del año, el sol aún no tenía la intensidad suficiente para atravesar la capa de niebla hasta el fondo. Y luego aterrizaron con una suave sacudida en el techo del edificio del que habían partido.

## **Relación axiomática sobre los objetivos del desarrollo del Estado de orden**

La investigación y la ciencia son tareas características de una fase de transición en la que aún no se ha alcanzado el estado ideal ambicionado. El círculo de personas abocadas a tales tareas están fuera de la ley. Hay que reducirlo al mínimo posible. La comunicación entre este ámbito de labor y el mundo exterior está reducido al intercambio indispensable de datos técnicos.

Es tarea urgente de la comisión elaborar planes para la más rápida concreción posible de la idea del Estado de orden. Esta elaboración debe realizarse de modo que se adapte óptimamente a los lenguajes de programa y a la función de calculadoras digitales. La situación de automatización completa se logra cuando las computadoras han obtenido, bajo la forma de programas, normas completas para la transición al Estado de orden total. Entonces se vuelve superflua una ulterior aplicación de la investigación y la ciencia. Puesto que todo recuerdo de los últimos residuos de la época caótica puede provocar intranquilidad y perturbaciones, el círculo de personas en cuestión debe someterse al correspondiente bloqueo de la memoria. Luego se lo integra sin restricciones en la socioestructura de los Ciudadanos Libres. Esta medida elimina la última posibilidad de influencia de pensamientos arcaicos; el hombre habrá llegado a la meta final de su desarrollo:

EL TRABAJO MANUAL, LA PREOCUPACIÓN POR EL PAN DE CADA DÍA, PERTENECE AL PASADO. EL HOMBRE HA REENCONTRADO EL CAMINO AL PARAÍSO.

Oswaldo y Ben abandonaron el avión. Ben quería ir hacia la escalera que llevaba al ascensor, pero Oswaldo le indicó otra dirección:

—Hacia allí.

Era la entrada a un ascensor que apenas se distinguía de aquel con el que habían venido. Oswaldo accionó la instalación de llamada, y poco después se abrió la puerta corrediza. Entraron y viajaron hacia abajo.

—Te llevaré a otra parte del edificio —le anunció Oswaldo—. Por motivos comprensibles, las salas de trabajo de las tres categorías superiores están separadas de las demás. Te llevaré a tus nuevas salas.

Abandonaron el ascensor y caminaron por un pasillo. No estaba decorado, salvo con una pesada alfombra roja y una hilera de tubos luminosos que recorrían el techo formando una fantástica serpentina curvada.

Oswaldo abrió una puerta; entraron. Había una muchacha sentada delante de un instrumento automático de escritura. En la pared delante de ella había seis pantallas. Dos de ellas estaban apagadas, una mostraba la entrada principal al edificio otra el techo con la pista de aterrizaje para los aviones, y la tercera el pasillo delante de la puerta. En la cuarta podía reconocerse un despacho de moderna instalación.

La muchacha se levantó. Llevaba una corta falda roja y un suéter negro. Era rubia y estaba peinada con raya al medio. Sus cabellos le llegaban hasta los hombros.

—Ésta es Jenny, tu secretaria.

La muchacha se levantó y le dio la mano a Ben. Era indescriptiblemente bonita, más bonita que cualquier audaz fantasía femenina de Ben.

—Sigamos. Éste es tu despacho.

Oswaldo empujó a Ben a través de una puerta abierta en la pared derecha. Aparentemente se encontraban en el despacho que se veía en la cuarta pantalla.

—¿Te gusta?

El cuarto era claro y agradable. No había lujos superfluos, pero el material de los muebles, el papel pintado en las paredes, la cobertura del piso, las ventanas de la altura de un hombre..., todo eso era de una nobleza y dignidad fantásticas. Debía de ser maravilloso trabajar allí.

Oswaldo le dio un suave empujón a Ben, que se había quedado inmóvil.

—Éste es tu escritorio. Está equipado con todo lo que necesitas.

Ben creía estar soñando. Se sentó, dejando deslizar su mirada a lo largo del cuarto: había un relieve, de un metal de brillo oscuro, que mostraba una figura geométrica; una pantalla de dos metros de ancho en la pared de enfrente; varios sillones bajos y anchos y un sofá, que formaban un hexágono en un desnivel rectangular del piso; una mesa de vidrio; unas plantas exóticas en vasijas de barro colocadas en el alféizar de la ventana; y miró a través del vidrio color amarillo claro, que lo separaba del exterior. Vio un enorme patio interior en forma de hexágono

alargado... Abajo había árboles, césped, flores, y todo era iluminado por el sol, o al menos creyó que así era hasta que vio que cubría el patio una cúpula de vidrio, en cuyo centro un radiador de luz cálida difundía su resplandor sobre el jardín.

Oswaldo se sentó en una silla frente al escritorio.

—Aquí has de trabajar —repitió—. Desde luego, te darán un seudónimo y una clasificación encubridora. Todo eso te lo dirá Jenny. Tendrás una serie de obligaciones y una gran responsabilidad. Tendrás que rendir más que hasta ahora, pero se te recompensará por ello. Las personas de nuestra posición suelen necesitar de vez en cuando un descanso. Y aun en esos períodos trabajamos en favor de la sociedad. Ya te he informado de que se te ha elegido para la donación. De vez en cuando irás a vivir a uno de nuestros apartamentos que están en los rascacielos de las afueras de la ciudad. Y gozarás de la compañía de mujeres que satisfagan todas las aspiraciones, no sólo las genéticas.

Quizá fuera una casualidad que Jenny hubiese entrado al cuarto, con un bloc de notas en la mano.

—Bien, entonces por ahora puedo dejarte solo —dijo Oswaldo, y se levantó—. Ahora eres uno de los nuestros. Pero queda un pequeño detalle... casi me olvidaba: necesitamos las notas para nuestro archivo. Sabrás a qué notas me refiero. No es necesario que me las des tú mismo, basta con que me digas dónde están.

Ben había apoyado sus manos en el borde de la tabla del escritorio y palpó el material..., ¿era plástico, piedra, metal? Sintió la lisura de la mesa, una agradable sensación de inalterabilidad y solidez.

—¿No has oído, Ben? Te he pedido las anotaciones. Se trata de cosas pueriles, pero sería tonto que cayeran en manos equivocadas. ¿Dónde las tienes?

—Las he quemado —contestó Ben.

—¿Quemado? —preguntó Oswaldo. Quizá su voz fuera un poco más débil que antes—. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Qué quiero decir? Lo que estoy diciendo: las he quemado.

Oswaldo calló unos instantes. Luego, dijo:

—¿Quieres decir que las anotaciones ya no existen? ¿Lo recuerdas bien? ¿Puedes probarlo?

—¿Probarlo? —repitió Ben—. ¿Qué prueba puede haber de que los papeles están destruidos? Me he dado cuenta de que contenían cosas peligrosas, y también he notado que algunas personas los querían obtener a cualquier precio. ¿Qué podía hacer con los papeles? Los he quemado.

Oswaldo miró fijamente a Ben, y también el amable rostro de Jenny parecía endurecido.

—Tal vez sea cierto —dijo Oswaldo—. Tal vez estés diciendo la verdad. Sí, creo que es así como dices. Y, sin embargo, te pregunto por última vez, y de eso dependen muchas cosas... incluso para ti: ¿dónde están los papeles? Piénsalo bien, antes de contestarme.

Ben seguía sentado en el sillón de su escritorio; el sillón era demasiado grande para él.

—¿Qué otra cosa puedo responder? Se han quemado, convertido en cenizas, en polvo. De ahora en adelante, nadie ha de esforzarse por ellos, nadie ha de mentir y engañar para conseguirlos. Ésta es mi respuesta, te guste o no te guste.

Oswaldo asintió.

—Bien..., tiene poca importancia si realmente es así o si no me lo quieres decir. Es mucho más importante que no haya nadie que los aplique en perjuicio de la Sociedad Libre.

Ben oyó pasos, y al darse la vuelta vio que habían entrado seis hombres de la tropa de seguridad. Como los demás, vestían *overall* blanco, pero se habían puesto cascos y llevaban fundas de pistolas en los cinturones. Las correspondientes armas radiantes las llevaban en la mano, y las apuntaban hacia Ben. Y detrás de ellos había entrado alguien más: Gunda. Oswaldo se dirigió hacia ella y le dijo:

—La caza ha terminado. Ha quemado los papeles.

—¿Lo crees? —preguntó Gunda.

—Podremos comprobarlo —contestó Oswaldo—. Nuestros psicólogos realizan excelentes trabajos. Nuestros neurólogos están provistos de los mejores instrumentos. Será una tarea laboriosa y prolongada, pero la asumiremos..., no podemos arriesgarnos. Sólo entonces estaremos seguros de que esos conocimientos peligrosos no se apliquen jamás en contra nuestra.

—Debe de estar loco —susurró Gunda—. Pero esto explica por qué no lográbamos encontrarlos.

—No quería trabajar con nosotros. Le podría haber ofrecido montañas de oro.

—Ni siquiera ha intentado comprender su oportunidad.

—¿Tenía una oportunidad?

—O tiene una confianza ilimitada en su buena suerte..., tal vez crea en Dios... o no está cuerdo. No le hacían mella ni las amenazas ni las promesas. Ni siquiera pudimos asustarlo. Cuando lo asaltamos en la estación de Metro, no superó las ochenta pulsaciones por minuto.

Oswaldo se dirigió a Ben:

—Habrás notado de que ha llegado tu hora final. Casi me das pena, pues personalmente no tengo nada contra ti. Siempre me has interesado. Siempre te he observado, y creía conocerte. Por eso, ahora me resulta inexplicable que hayas quemado los papeles. Ahora podrías decírmelo: ¿qué has pensado al hacerlo?

Como ausente, Ben miraba la tabla de la mesa.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Ha perdido la razón —dijo Gunda.

—¿Dónde está la verdad en todo esto? —preguntó Ben. Su voz era inexpresiva—. ¿Soy el remanente de un tiempo antiguo, conservado durante siglos y casualmente vuelto a la vida? ¿Soy el integrante de una banda de conspiradores? ¿He participado

en una revuelta?

—No eres un héroe, si es que a eso te refieres —contestó Oswald—. Con un pequeño grupo de estudiantes de la escuela de programadores querías transformar al mundo..., eso es todo. Nada más que una puerilidad. Ni siquiera vosotros mismos debéis de haber supuesto cuán peligrosas podían ser las recetas para el sabotaje que habíais planeado. Fueron tus propios camaradas los que te provocaron un bloqueo psíquico, y por ese motivo te dejamos con vida: eras el único que sabía dónde estaban escondidos los papeles; por tanto, teníamos que eliminar también ese último peligro. Y aunque el peligro era mínimo, queríamos borrar también el último vestigio. Por eso te hemos vigilado durante años. Sabíamos que hasta el mejor bloqueo psíquico comienza a aflojarse después de algún tiempo, y que puede fomentarse ese proceso. Has reaccionado tal como esperábamos. Nos has causado muchas molestias y trastornos, pero luchabas por una causa perdida. Tenemos el mundo en nuestras manos, y está bien que así sea.

Ben se incorporó abruptamente. Los policías levantaron las armas, pero él las rechazó con un gesto casi autoritario.

—Es cierto: los papeles están destruidos. Pero he hecho lo necesario para que siguiera vivo el saber registrado en ellos. ¿Qué hora es?

Oswaldo miró sorprendido su reloj de pulsera y contestó:

—Las once pasadas. ¿A qué viene esta pregunta?

—Muy simple: en todos los centros de enseñanza y sobre todo en los de vuestras escuelas e institutos docentes, entre las diez y las once se enseña historia comparada. He hecho transmitir el contenido de los papeles a través de la red pública de comunicación. Y lo he completado con algunas explicaciones. He previsto que durante la misma emisión se registren el texto y los datos, en xerox, con tarjetas perforadas, con cintas magnéticas, auditiva y visualmente. En este minuto existen millones de reproducciones. Podréis destruir una gran parte de ellas, y probablemente la mayor parte, pero son tantas que siempre quedarán algunas. Y todo aquel que las lea tiene la consigna de aprender su contenido de memoria y de transmitirlos. No cuento con los hombres de la ciudad, a quienes habéis transformado en marionetas sin voluntad propia. Cuento con los jóvenes a quienes habéis dejado la libertad para aprender, para tener ideas y concretar objetivos. No sé cómo continuará el proceso, pero cuento firmemente con que esta ciudad no podrá seguir existiendo como hasta ahora: las personas se modificarán. Eso es todo.

Los policías tenían rostros inexpresivos, era como si todos miraran por encima o a través de las cosas. Oswald estaba apoyado en el marco de la puerta. Su cara reflejaba un terror pánico. Apenas pudo hablar para decir:

—¡Detenedlo!